

CUENTOS ESCOGIDOS

DE LOS

HERMANOS GRIMM

TRADUCIDOS DEL ALEMÁN

POR

DON JOSÉ S. VIEDMA.

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS.



MADRID

GASPAR, EDITORES.

IMPRESA Y ADMINISTRACION, TUTOR, 13.

LIBRERÍA, PRÍNCIPE, 4.





CUENTOS ESCOGIDOS

DE LOS

HERMANOS GRIMM.



CUENTOS ESCOGIDOS

DE LOS

HERMANOS GRIMM

TRADUCIDOS DEL ALEMÁN

POR

DON JOSÉ S. VIEDMA.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.



MADRID

GASPAR, EDITORES.

IMPRESA Y ADMINISTRACION, TUTOR, 13.

LIBRERIA, PRÍNCIPE, 4.



AL LECTOR.

Mi prólogo no es para los eruditos, pero pudiera muy bien serles de alguna utilidad, no obstante las humildes apariencias de este libro. Pocos han obtenido tanta popularidad en Alemania, de pocos se han multiplicado las ediciones con tanta rapidez y en tan prodigioso número de ejemplares. El resto de Europa que, no sin fundamento, supone á este país al frente de la civilización moderna, ha seguido su ejemplo, é Inglaterra en particular, posee numerosas y bellísimas ediciones de los Cuentos de los hermanos Grimm (1). En España, sin embargo, no han tenido hasta ahora la misma fortuna; apreciados por algunos inteligentes, que desconocen en su mayor parte el original y los justos títulos de sus autores para aumentar la importancia de su obra, no han sabido ó no han podido sacarlos de la categoría de Cuentos de niños, aunque muy superiores á todos los que conocemos en esta clase, y mal comprendidos (por confundirlos con otro género de literatura á que la modestia de uno de nuestros mas afamados escritores, y tal vez de los que le han seguido, ha dado la misma

(1) Las principales ediciones alemanas son: *Kinder und Hausmärchen gesammelt durch die Brüder Grimm*, Berlín, 1812-1814, 2 vol. en 16.º *Ibid.* 1818, 3 vol. 16.º Göttingen, 1837 y 1840, 2 vol. 16.º *Ibid.* 1843, 2 vol. en 14.º *Ibid.* 1850, 3 vol. 16.º *Ibid.* 1857, 2 vol. 12.º La edición popular, en un volumen en 16.º se imprimió en Berlín por séptima vez en 1847.

También son ediciones bastante notables la holandesa de Amsterdam, 1820, y las danesas de Copenhague, 1820, 1823, 1828 y 1843. En Francia se han traducido y publicado, como cuentos en 1832 y 1834; la edición de 1836 lleva el título de *Ceuvres choisies de Grimm, traduits par F. G. Gérard*, y la de 1848, *Ceuvres de la famille, par les frères Grimm, traduits de l'allemand par N. Martin et Pierre Chenevier*.

Las ediciones inglesas más conocidas son las siguientes: *German popular stories* London, 1823, 1826 y 1829, *The fairy tale, a new collection of popular tales translated for the Germans of Jacob and William Grimm*, London, 1838, *Grimm's household stories, newly translated with illustrations by Wakelind*; 2 vol. London, 1850, 8.º, 1858, 1 vol. 4.º El último cuento denominado *Hermanillo y Hermanilla* se ha publicado aparte con este título: *The charmed Roe, or the little brother and the little sister illustrated by Otto Specker*, London, 1847.

denominacion, aun cuando reclama por su índole otra clase de lectores), han pasado desapercibidas á la generalidad, á pesar de los esfuerzos que se han hecho para darles el puesto que les corresponde entre las lecturas más populares.

Algunos años de paciencia y constancia, unidos al cariño que desde un principio profesé á estos Cuentos, me han permitido comprender todo su mérito y el lugar que de derecho les pertenece, así en la biblioteca del sabio como en el albergue del humilde artesano. Honesto recreo para éste, son para aquel una fuente de útiles y profundas investigaciones, de las cuales se deducen el espíritu y carácter que dominaba á los pueblos del Norte, que en la edad media los infiltraron, como otras tantas tradiciones, en el resto de la hoy culta Europa. Los hermanos Grimm no son los autores ó inventores de estos Cuentos: háalos recogido de la boca del vulgo, los han corregido por los manuscritos de las bibliotecas que dirigian, y han sabido quitarles esa aspereza propia de las costumbres que algunos de ellos revelan, devolviéndoles la natural sencillez de los pueblos patriarcales. No podia suceder otra cosa, tratándose de hombres tan emiaentes, de sabios tan consumados que, como eruditos, catedráticos ó bibliógrafos han contribuido con sus escritos, su palabra ó sus trabajos á elevar á Alemania al grado de ilustracion y cultura en que, no sin asombro, la contemplan hoy, no sólo las demás naciones europeas, sino todas las del mundo civilizado.

Feliz yo si consigo llamar la atencion de mis compatriotas hácia este sencillo al par que profundo libro, cuya lectura les recordará otras del mismo género y no menos interesantes, propias esclusivamente de nuestro pais, mientras ésta puede decirse pertenece á toda la Europa, á todos los pueblos por cuyas venas corre, en más ó menos abundancia, la sangre latina mezclada con la germánica (1).

(1) Habia pensado poner, en lugar de este prólogo, los biográficos de los hermanos Grimm; mas después he abandonado esta idea, temeroso de que no se adaptara á todos los gustos, y convencido de que los escritos pueden encontrarse, si se toman este trabajo, en cualquiera Diccionario Biográfico.

LAS TRES HILANDERAS.

Allá en aquellos tiempos habia una jóven muy perezosa que no queria hilar. Su madre se incomodaba mucho; pero no podia hacerla trabajar. Un dia perdió la paciencia de manera que llegó á pegarla, y su hija se puso á llorar á gritos. En aquel momento pasaba por allí la reina, y oyendo los sollozos, mandó detener su coche y entró en la casa preguntando á la madre por qué pegaba á su hija con tanta crueldad, que se oian en la calle los lamentos de la niña. La mujer, avergonzada, no quiso contarla la perezosa de su hija, y la dijo:

—No puedo hacerla que suelte el huso ni un solo instante, quiere estar hilando siempre, y yo soy tan pobre que no puedo darle el lino que necesita.

—Nada me gusta tanto como la ruca, la respondió la reina; el ruido del huso me encanta, dejadme llevar á vuestra hija á mi palacio, yo tengo lino suficiente é hilará todo lo que quiera. La madre consistió en ello con el mayor placer, y la reina se llevó á la jóven.

En cuanto llegaron á palacio la condujo á tres cuartos que estaban llenos de arriba abajo de un lino muy hermoso.

Hírame todo ese lino, la dijo, y cuando esté concluido, te casaré con mi hijo mayor. No te dé cuidado de que seas pobre; tu amor al trabajo es un dote suficiente.

La jóven no contestó; pero se hallaba en su interior consternada, pues aunque hubiera trabajado trescientos años, sin dejarlo desde por la mañana hasta por la noche, no hubiera podido hilar aquellos enormes montones de estopa. Así que se quedó sola, echó á llorar, permaneció así tres dias sin trabajar nada. Al tercero, vino á visitarla la reina y se admiró de ver que no habia hecho nada; pero la jóven se escusó, alegando su disgusto por verse separada de su madre. La reina aparentó quedar satisfecha con esta excusa, pero la dijo al marcharse:

—Bien, pero mañana es necesario empezar á trabajar.

Cuando se quedó sola la jóven, no sabiendo qué hacerse, se puso á la ventana. Estando allí vió venir tres mujeres, la primera de las cuales tenia un pie muy ancho y muy largo, la segunda un labio inferior tan grande y caido que la pasaba y cubria por debajo de la barba, y la tercera el dedo pulgar muy largo y aplastado. Se colocaron delante de la ventana, dirigiendo sus miradas al interior del cuarto, y preguntaron á la jóven qué queria. Refirió-las su disgusto y ofrecieron ayudarla.

—Si nos prometes, la dijeron, convidarnos á tu boda, llamarnos primas tuyas, sin avergonzarte de nosotras, y sentarnos á tu mesa, hilaremos tu lino y concluiremos muy pronto.

—Con mucho gusto, las contestó; entrad y comenzareis en seguida.

Introdujo á estas tres estrañas mujeres é hizo un sitio en el primer cuarto para colocarlas, poniéndose en seguida á trabajar. La primera hilaba la estopa y hacia dar vueltas á



la rueda; la segunda mojaba el hilo; la tercera le torcia y le apoyaba en la mesa con su pulgar y cada vez que pasaba el dedo echaba una madeja del hilo mas fino. Siempre que entraba la reina escondia la jóven á sus hilanderas y la enseñaba lo que habia hecho, llenándose la reina de ad-

miracion En cuanto estuvo vacío el primer cuarto pasaron al segundo y despues al tercero, concluyendo en muy poco tiempo. Entonces se marcharon las tres jóvenes, diciendo:

—No olvides tu promesa, que no tendrás de qué arrepentirte.

Cuando la joven enseñó á la reina las piezas vacias y el hilo hilado, se fijó el dia de la boda. El príncipe estaba admirado de tener una mujer tan hábil y trabajadora, y la amaba con ardor.

—Tengo tres primas, le dijo, que me han hecho mucho bien, y á las que no quiero olvidar en mi felicidad; permíttirme convidarlas á mi boda y sentarlas á nuestra mesa.

El príncipe y la reina no la pusieron ningun obstáculo. El dia de la boda llegaron tres mujeres magnificamente ataviadas, y la novia les dijo.

—Bien venidas seais, queridas primas

—¡Oh! exclamó el príncipe, tienes unas parientas bien feas.

Dirigiéndose despues á la que tenia el pie ancho.

—¿De qué tienes ese pie tan grande? la preguntó.

—De hacer dar vueltas á la rueda, le contestó, de hacer dar vueltas á la rueda.

A la segunda:

—¿De qué tienes ese labio tan caido?

—De haber mojado el hilo, de haber mojado el hilo.

Y á la tercera

—¿De qué tienes ese dedo tan largo?

—De haber torcido el hilo, de haber torcido el hilo.

El príncipe, asustado al ver aquello, juró que desde allí en adelante no volveria su esposa á tocar la rueca, librándola así de esta odiosa ocupacion.

LOS REGALOS DE LOS GNOMOS.

Un sastre y un herrero hicieron un viaje en compañía. Una tarde, cuando el sol acababa de ponerse detrás de las montañas, oyeron á lo lejos los sonidos de una música, que les parecieron cada vez mas armoniosos conforme se acercaban al sitio de donde provenian.

Era una música extraordinaria, pero tan encantadora, que olvidaron su cansancio para dirigirse á toda prisa hácia el lugar donde se escuchaba. Ya habia salido la luna cuando llegaron á una colina, en la que vieron una multitud de hombres y mujeres tan pequeños que eran de un tamaño casi microscópico, los cuales bailaban en corro, cogidos de la mano, con el aire mas alegre del mundo, y al mismo tiempo cantaban de una manera admirable, siendo esta la música que habian oido nuestros viajeros. En el centro del corro se hallaba un anciano un poco mas alto que los demás, vestido con un traje de diferentes colores, y con una barba blanca que le llegaba hasta el pecho. Admirados los dos compañeros, permanecieron inmóviles contemplando el baile. El anciano les incitó á que entrasen, y los pequeños bailarines abrieron su corro. El herrero entró en vaci-

lar, tenia la espalda un poco redonda y era atrevido como todos los jorobados. El sastre tuvo en un principio su poco de miedo y se quedó detrás, pero cuando vió que continuaba reinando la mayor alegría, recobró su valor y entró tambien. En seguida se cerró el círculo y los pequeños séres comenzaron á cantar y á bailar dando saltos prodigiosos; el vejete tomó un cuchillo muy grande que pendia de su cintura, se puso á arreglarle, y en cuanto le hubo afilado bastante bien, se volvió hácia los forasteros que se hallaban helados de espanto. Mas no fue muy larga su ansiedad; el anciano se acercó al herrero, y en un abrir y cerrar de ojos, le rapó completamente la barba y los cabellos; después hizo lo mismo con el sastre. En cuanto hubo concluido, les dió un golpecito amigable en la espalda, como para decirles que habian hecho bien en dejarse afeitár, sin presentar la menor resistencia, y se dispó su temor. Entonces les mostró con el dedo un montón de carbones que se hallaban allí cerca y les hizo señal de que llenasen con ellos sus bolsillos. Ambos obedecieron sin saber para qué los servirian aquellos carbones, y continuaron su camino buscando un asilo donde pasar la noche. Cuando llegaban al valle, el reló de un convento próximo dió las doce; en el mismo instante cesó el cántico, desapareció todo, y no vieron mas que la colina desierta iluminada por la luna.

Los dos viajeros entraron en una posada y se echaron á dormir encima de la paja, pero el cansancio les hizo olvidarse de tirar sus carbones. Un peso inusitado y que les incomodaba mucho les hizo despertar mas pronto de lo acostumbrado. Llevaron la mano á sus bolsillos, y no podian creer á sus propios ojos cuando vieron que los tenían llenos, no de carbones, sino de barras de oro puro. Su barba y sus cabellos habian creído tambien de una manera

maravillosa. En lo sucesivo serian ya ricos, pero el herrero, que por su carácter avaro habia llenado mucho mas sus bolsillos, poseía doble de lo que el sastre.

Mas un hombre avaro ambiciona siempre mucho mas, aun cuando posea grandes tesoros. El herrero propuso al sastre caperar al otro dia y volver por la noche al sitio en que habian encontrado al anciano, con el objecto de adquirir nuevas riquezas.



El sastre se negó diciendo :

—Tengo bastante y estoy contento; únicamente queria llegar á ser maestro en mi oficio y casarme con mi caprichillo (así llamaba á su novia); ya puedo hacerlo y soy feliz.

Por condescendencia, sin embargo, con su compañero, consintió en quedarse un dia mas.

Al anochecer, el herrero se echó dos sacos al hombro para traer una buena carga y se puso en camino hacia la colina. Como en la noche anterior, encontró á los enanos cantando y bailando; le rapó el anciano y le hizo seña para que cogiese carbones.

No vaciló en llenar sus bolsillos y sus sacos hasta que no cupo mas y se acostó vestido.

En cuanto comience mi carbon á convertirse en oro, se dijo á sí mismo, no voy á poder resistir el peso.

Y se durmió por último, con la dulce esperanza de despertar al dia siguiente rico como un Creso.

En cuanto abrió los ojos, su primer cuidado fue registrar sus bolsillos; pero por mas que registró sólo encontró muchos carbones y muy negros.



Del mal el menos, pensó para sí; aun me queda el oro que traje la otra noche.

Fué á verlo; pero ¡ay! su oro se habia convertido tambien en carbon.

Llevó á la frente su negra mano y vió que su cabeza es-

taba calva y rapada lo mismo que su barba. Sin embargo, aun no conocia toda su desgracia, pues bien pronto vió que la joroba que llevaba por detrás habia producido otra que le salia por delante.

Conoció entonces que era castigado por su avaricia y comenzó á lanzar profundos gemidos.

El bueno del sastre, despierto por sus lamentos, le consoló lo mejor que pudo y le dijo:

—Somos compañeros, hemos viajado juntos, quédate conmigo, mi tesoro bastará para los dos.

Cumplió su palabra, pero el herrero se vió obligado á llevar toda su vida sus dos jorobas, y á ocultar bajo su gorro su cabeza sin un pelo.

EL HIJO INGRATO.



Un dia estaba un hombre sentado con su mujer á la puerta de su casa, y se hallaban comiendo con mucho gus-

to un pollo, el primero que les habian dado aquel año las gallinas. El hombre vió venir á lo lejos á su anciano padre y se apresuró á ocultar el plato para no tener que darle, de modo que solo bebió un trago y se volvió en seguida.

En aquel momento fue el hijo á buscar el plato para ponerle en la mesa, pero el pollo asado se habia convertido en un sapo muy grande que saltó á su rostro, al que se adhirió para siempre. Cuando se intentaba quitarle de allí, el horrible monstruo lanzaba á las gentes miradas venenosas como si fuera á tirarse á ellas, asi es que nadie se atrevia á acercarse. El hijo ingrato quedó condenado á sustentarle, pues, si no, le devoraba la cabeza, y asi pasó el resto de sus dias vagando miserablemente por la tierra.

JUAN EL FIEL.

Habia una vez un rey muy viejo que cayó malo. Conociendo que iba á morir, hizo llamar al Fiel Juan, que era al que mas queria de sus criados, y le llamaban así porque habia sido fiel á su amo toda su vida. En cuanto llegó le dijo el rey: Mi fiel Juan, conozco que se acerca mi fin. sólo me da cuidado la suerte de mi hijo: es todavía muy jóven, y no sabrá siempre dirigirse bien: no moriré tranquilo si no me prometes velar por él, enseñarle todo lo que debe saber, y ser para él un segundo padre.

—Os prometo, respondió Juan, no abandonarle, y servirle lealmente, aunque me cueste la vida.

—Entonces, ya puedo morir en paz, dijo el viejo rey. Despues de mi muerte le enseñarás todo el palacio, todas las cercanías, las salas, los subterráneos con las riquezas en ellos encerradas; pero no le dejes entrar en la última cámara de la galería grande, donde está el retrato de la princesa de la Cúpula de Oro, pues si ve este cuadro, experimentará hácia ella un amor tan increíble que le hará esponerse á los mayores peligros. Procura librarle de esto.

El fiel Juan repitió sus promesas, y tranquilo el viejo rey, inclinó su cabeza en la almohada y espiró.

En cuanto dejaron en la tumba al anciano rey, Juan refirió á su joven sucesor lo que habia prometido á su padre en el lecho de muerte.

—Estoy dispuesto á cumplirlo, añadió, y os seré fiel como lo he sido á vuestro padre, aunque me cueste la vida.

En cuanto pasó el tiempo del luto, dijo Juan al rey.

—Ya podeis conocer vuestra herencia. Voy á enseñaros el palacio de vuestro padre.

Le llevó por todo él, por lo alto y por lo bajo, y le enseñó todas las riquezas que llenaban las magníficas habitaciones, omitiendo sólo el cuarto en que estaba el peligroso retrato. Habia sido colocado de tal manera que, en cuanto se habria la puerta, se le veia en seguida, y estaba tan bien hecho que parecia vivir y respirar y que nada en el mundo era tan hermoso ni tan amable. El joven rey vió desde luego que el fiel Juan pasaba siempre delante de esta puerta sin abrirla, y le preguntó el motivo.

—Es, respondió el otro, porque hay en el cuarto una cosa que os dará miedo.

—Ya he visto todo el palacio, dijo el rey, quiero saber lo que hay aquí.

Y queria abrir por fuerza.

El fiel Juan le contó diciéndote:

—He prometido á vuestro padre, en su lecho de muerte, no dejaros entrar en este cuarto, de lo que podian resultar grandes desgracias para vos y para mí.

—La mayor desgracia, replicó el rey, es que mi curiosidad no quede satisfecha. No descansaré hasta que mis ojos lo hayan visto todo. No salgo de aquí hasta que me hayas abierto.

El fiel Juan, viendo que no habia medio de negarse, fue, lleno de tristeza el corazón y suspirando mucho, á bus-

car la llave entre las demás. En cuanto abrió la puerta, entró el primero, procurando ocultar el retrato con su cuerpo; todo fue inútil: el rey, levantándose sobre la punta de los pies, le vió por encima de sus hombros. Pero al ver aquella imagen de una joven tan hermosa y deslumbrante de oro y de pedrerías, cayó sin conocimiento en el suelo. Levantóle el fiel Juan y le llevó á su cama.

—¿El mal está hecho! ¡Dios mio! ¿qué va á ser de nosotros!

Y le hizo tomar un poco de vino para que recobrase las fuerzas.

La primera palabra del rey, cuando volvió en sí, fue preguntar de quién era aquel hermoso retrato.

—El de la princesa de la Cúpula de Oro, respondió el fiel Juan.

—El amor que me ha hecho concebir es tan grande, dijo el rey, que si todas las hojas de los árboles fueran lenguas, no bastarían para explicarle. Mi vida depende en el futuro de su posesion. Tú me ayudarás, tu que eres mi fiel criado.

El fiel Juan reflexionó por largo tiempo de qué modo convendría arreglárselas, pues era muy difícil el presentarse delante de los ojos de la princesa. Por último, imaginó un medio, y dijo al rey:

—Todo lo que rodea á la princesa es de oro; sillones, tazas, copas y muebles de todas clases. Vos tenéis cinco toneladas de oro en vuestro tesoro; hay que dar una á los plateros para que hagan vasos y alhajas de oro de todas hechuras; pájaros, fieras, monstruos de mil formas, en fin, todo lo que debe agradar á la princesa. Nos pondremos en camino con estas joyas y procuraremos probar fortuna.

El rey mandó venir á todos los plateros del país, y tra

bajaron noche y día hasta que todo estuvo concluido. Entonces lo embarcaron en un navío. Juan el fiel tomó el traje de comerciante y el rey hizo otro tanto para que nadie pudiera conocerle. Despues se hicieron á la vela y navegaron hasta la ciudad en que habitaba la princesa de la Cúpula de Oro.

El fiel Juan desembarcó solo y dejó al rey en el navío.

—Quizás, le dijo, traere conmigo á la princesa; procura que todo esté en órden, que se hallen á la vista dos vasos de oro y que el navío esté adornado como para una fiesta.

En seguida lleuó su cinturón de muchas halajas de oro y se fué derecho al palacio del rey.

En cuanto entró, vió en el patio una jóven que sacaba agua de una fuente con dos cubos de oro. Cuando se volvia para marcharse, distinguió al estranjero, y le preguntó quién era.

—Soy comerciante, le respondió.

Y abriendo su cinturón, la enseñó sus mercancías.

—¿Qué cosas tan bonitas! exclamó.

Y poniendo sus cubos en el suelo, se puso á mirar todas las joyas, una tras otra.

—Es preciso, dijo, que vea todo esto la princesa. ella es lo comprará, porque la gustan mucho los objetos de oro. Y cogiéndole por la mano, le hizo subir al palacio, por que era una doncella.

Gustaron tanto los diamantes á la princesa, que dijo á Juan:

—Está tan bien trabajado, que te lo compro todo.

Mas éste la contestó.

—Yo no soy mas que el criado de un comerciante muy rico; todo lo que veis aquí no es nada en comparacion de

lo que mi amo tiene en su navío: en él vereis las mas preciosas y hermosas obras de oro.

Quería que se las trajesen, pero Juan dijo á la princesa:

—Hay muchas: se necesitaria mucho tiempo y mucho espacio; vuestro palacio no seria suficiente.

Escitóse mas con esto su curiosidad, y exclamó por último:

—Pues bien, conducidme á ese navío, quiero yo misma ver los tesoros de tu amo.

El fiel Juan la acompañó muy alegre al navío, y al verla el rey le pareció mas hermosa todavía que su retrato; el corazon le saltaba de alegría; cuando subió á bordo la ofreció el rey la mano; durante este tiempo el fiel Juan, que se habia quedado detrás, mandó al capitan levar el ancla y largarse á toda vela. El rey bajó con ella á la cámara y la enseñó una á una todas las piezas de la vajilla de oro, los platos, las copas y los pájaros, las fieras y los monstruos. Pasaron así muchas horas y mientras estaba ocupada en examinarlo todo, no conoció que el navío estaba navegando. Cuando hubo concluido dió gracias al pretendido comerciante y se dispuso á volver á su palacio, pero al llegar al puente vió que estaba en alta mar, muy lejos de la tierra, y el navío navegando á todo trapo.

—¡Me han vendido! exclamó llena de espanto; me han robado! Caer en poder de un comerciante; mejor quisiera morir!

Pero el rey, presentandole la mano, la dijo:

—Yo no soy comerciante, soy un rey, y de tan buena familia como la vuestra. Si os he robado con una astucia, no lo atribuyais mas que á la violencia de mi amor. Es tan grande, que cuando he visto vuestro retrato por primera vez, he caído sin conocimiento al suelo.



Estas palabras consolaron á la princesa, se conmovió su corazón y consintió en casarse con el rey.

Mientras navegaban en alta mar, el fiel Juan, estando un día sentado en la popa del navío, distinguió en el aire tres cornejas que vinieron á colocarse delante de él. Escuchó lo que decían entre sí, pues comprendía su lenguaje.

—¿Con que se lleva ya á la princesa de la Cúpula de Oro? decía la primera.

—Sí, respondió la segunda, pero no es suya todavía.

—Cómo, dijo la tercera, ¿pues no está sentada á su lado?

—¿Qué importa? repuso la primera; cuando desembarquen presentarán al rey un caballo alazan, él querra montarle; pero si lo hace, el caballo se lanzará á los aires con él y no volverán á tener noticias suyas.

—¿Pero se puede evitar eso? dijo la segunda.

—Sí, contestó la primera, siempre que otra persona se lance sobre el caballo, y cogiendo una de las pistolas que lleva en la silla le deje muerto en el acto. Así se librará el rey. Pero ¿quién puede saber esto? Además de que el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde los pies hasta las rodillas.

La segunda corneja dijo á su vez.

—Yo sé algo mas todavía, aun suponiendo que muera el caballo, el jóven rey no por eso poseerá á su prometida. Cuando entren juntos en palacio, le presentarán al rey en una bandeja una magnífica camisa de boda que parecerá tejida de oro y de plata, pero que no es en realidad mas que de pez y azufre; si el rey se la pone se quemará hasta la médula de los huesos.

—¿No hay ningun recurso para evitarlo? dijo la tercera.

—Hay uno, respondió la segunda. Es preciso que una persona, provista de guantes, coja la camisa y la eche al fuego. Quemada la camisa se salvará el rey. Pero ¿de qué sirve esto, si el que lo sepa y lo diga se convertirá en piedra desde las rodillas hasta el corazón?

La tercera corneja añadió:

—Yo sé algo mas todavía; aun en el caso de que quemen la camisa, no poseerá el rey á su prometida. Si hay

baile en la boda y baila en él la reina, se desmayará de repente y caerá como muerta, y lo quedará en realidad si no hay alguien que la levante en seguida y la chupe tres gotas de sangre que la saldrán en el hombro derecho, las que escupirá en seguida. Pero el que lo sepa y lo diga será convertido en piedra desde la cabeza hasta los pies.

Después de esta conversación echaron á volar las cornejas. El fiel Juan que las habia oido, comenzó desde entonces á ponerse triste y silencioso. Callar era esponer al rey á una desgracia, pero hablar era buscar su propia perdicion. Al fin se dijo:

—Salvaré á mi señor, aunque me cueste la vida.

Al desembarcar sucedió todo lo que habia dicho la corneja. Presentaron al rey un magnífico caballo alazan.

—Voy á montar en él, dijo, para ir á palacio.

E iba á meter el pie en el estribo, cuando, pasando por delante de él el fiel Juan saltó encima, sacó la pistola de la silla y tendió al caballo muerto.

Los otros criados del rey, que no amaban mucho al fiel Juan, dijeron que era preciso ser loco para matar un animal tan hermoso y que iba á montar el rey. Pero el rey les dijo:

—Callad, y dejadle obrar; su lealtad es á toda prueba, y habré tenido sus razones para hacerlo así.

Llegaron á palacio y en la primera sala hallaron colocada en un azafate la camisa de boda, que parecia ser de oro y de plata.

Iba el príncipe á tocarla pero el fiel Juan le desvió, y cogiéndola con guantes la arrojó al fuego, que la consumió en el mismo instante. Los demás criados se pusieron á murmurar.

¡Qué atrevimiento! dijeron. Ha quemado la camisa de boda del rey!

—Pero el joven rey insistió todavía.

—Sin duda tiene sus razones; dejadle obrar, pues su lealtad es á toda prueba.

Celebráronse las bodas. Hubo un gran baile, y la novia comenzó á bailar. Desde aquel momento el fiel Juan no la perdió de vista. De repente sintió como debilidad, y cayó muerto en el suelo. Arrojóse sobre ella en seguida, la levantó y la llevó á su cuarto; y allí, echándola en la cama, se inclinó sobre ella y la chupó tres gotas de sangre del hombro derecho, que escupió en seguida. En el mismo instante volvió á respirar y recobró el conocimiento; pero el joven rey que lo habia visto todo y que no comprendia la conducta de Juan, acabó por incomodarse y le mandó prender.

Juan el fiel fue al dia siguiente condenado á muerte y conducido al cadalso. Estando subido ya en la escalera, dijo así:

—Todo hombre que va á morir puede hablar antes de su fin. ¿Se me da permiso para ello?

—Te lo concedo, dijo el rey.

Entonces refirió cómo habia oido en el mar la conversacion de las cornejas, y cómo todo lo que habia hecho era necesario para salvar á su amo.

—¡Oh, mi fiel Juan! exclamó el rey; te perdono, hazlo bajar.

Poro á la última palabra que habia pronunciado Juan el fiel, cayó sin vida, convertido en piedra.

La reina y el rey lo sintieron mucho.

—¡Ay! decia el rey; tanta abnegacion ha sido muy mal recompensada.

Hizo llevar la estatua de piedra á su alcoba, cerca de su lecho, y siempre que la veia, repetia llorando:

—¡Ah! mi fiel Juan, quién pudiera volverte la vida!

Al cabo de algun tiempo, la reina dió á luz dos hijos gemelos que crió felizmente y que fueron la alegría de sus padres.

Un dia en que la reina estaba en la iglesia; y los dos niños jugaban en el cuarto con su padre, se dirigieron sus ojos á la estatua y no pudo dejar de repetir todavía, suspirando:

—¡Ay! mi fiel Juan, ¡por qué no he de poder salvarte la vida!

Pero la estatua, tomando la palabra, le dijo:

—Puedes si quieres, sacrificando lo que tienes mas querido.

—Todo cuanto tengo en el mundo, exclamó el rey, lo sacrificaré por tí.

—Pues bien, dijo la estatua; para que recobre la vida tienes que cortar la cabeza á tus dos hijos y frotarme de arriba á bajo con su sangre.

El rey palideció al oír esta terrible condicion, pero pensando en la abnegacion de este fiel criado que havia dado su vida por él, sacó su espada y con su propia mano cortó la cabeza de sus hijos y frotó la piedra con su sangre. La estatua se reanimó en el mismo instante, y Juan el fiel se presentó delante de él vivo y sano. Pero entonces dijo al rey

—Todo sacrificio por mí tendrá su recompensa

Y tomando las cabezas de los niños las colocó sobre sus hombros y frotó sus heridas con su sangre. en el mismo momento volvieron á la vida y se pusieron á saltar y á jugar, como si no hubiera sucedido nada.

El rey estaba lleno de alegría. Cuando supo que habia

vuelto la reina, hizo ocultarse á Juan y á sus hijos en un armario grande. En cuanto entró la preguntó:

—¿Has rezado en la iglesia?

—Sí, le contestó, he pensado constantemente en el fiel Juan, tan desgraciado por causa nuestra.

—Querida mujer, le dijo, podemos volverle la vida, pero nos costará la de nuestros hijos.

La reina palideció y se oprimió su corazón; respondió sin embargo:

—Lo debemos ese sacrificio á causa de su abnegacion.

El rey contento de ver que habia pensado como él, fué á abrir el armario, é hizo salir al fiel Juan y á los dos niños.

—Gracias á Dios; añadió, le hemos salvado y tenemos nuestros hijos.

Y refirió á la reina lo que habia pasado, y vivieron todos juntos muchos años.

EL JUDIO EN LAS ESPINAS.

Un hombre rico tenia un criado que le servia con la mayor fidelidad era el primero que se levantaba por la mañana, y el último que se acostaba por la noche: Cuando habia alguna cosa difícil que hacer de que huian los otros, se ponía siempre á ejecutarla sin vacilar; nunca se quejaba y siempre estaba contento y alegre. Al espirar el plazo de su ajuste, no le pagó su amo. Con esta astuta conducta, pensaba para sí, ahorro mi dinero, y no pudiendo marcharse mi criado, queda á mi servicio.

El criado no reclamó; el segundo año pasó como el primero, tampoco recibió su salario, pero no dijo nada y continuó con su amo.

Al terminar el tercer año, el amo acabó por acordarse; llevó la mano á su bolsillo pero no sacó nada. El criado se decidió por último á decirle: Señor, os he servido fielmente durante tres años; sed bastante bueno para darme lo que en justicia me pertenece; quiero marcharme á ver el mundo.

—Sí, amigo mio, sí, le respondió su avaro amo; si, tú me has servido bien y te se pagará bien.

En seguida sacó tres ochavos de su bolsillo y se los dió uno á uno:—Te doy un ochavo por cada año. Esto hace una fuerte suma; en ninguna parte te hubieran dado un salario tan grande.

El pobre muchacho, que no entendia de monedas, tomó su capital y dijo:—Ya tengo el bolsillo bien repleto; ¿que cosa mala puede sucederme en adelante?

Se puso en camino por valles y montes, cantando y saltando con la mayor alegría. Al pasar cerca de un chaparro encontró un hombrecillo que le dijo:—¿Donde vas tan alegre? No tienes muchos cuidados, á lo que veo.

—¿Por qué he de estar triste? respondió el joven, estoy rico y llevo en mi bolsillo el salario de tres años.

—¿A cuánto sube tu tesoro? le preguntó el hombrecillo.

—A tres ochavos, en buenas monedas y bien contados.

—Escucha, le dijo el enano; yo soy un pobre que está en la última miseria; dáme tus tres ochavos; yo no puedo trabajar, pero tú eres jóven y ganarás con facilidad el pan.

El jóven tenia buen corazon; se compadeció del hombrecillo y le dió sus seis maravedís, diciendo:—Tómalos, por el amor de Dios; yo puedo muy bien pasarme sin ellos.

Entonces repuso el enano:—Tienes buen corazon; desea tres cosas, y por cada ochavo que me has dado obtendrás una de ellas.

—¡Ah! ¡ah! dijo el jóven; ¿entiendes de mágia? Pues bien, si es así, quiero que me des, en primer lugar, una cervatana que no yerre nunca el blanco; en segundo lugar, un violin que obligue á bailar á todos los que le oigan tocar, y por último, quiero que cuando dirija una pregunta á alguno se vea obligado á contestarme.

—Todo lo tienes ya, dijo el enano; y entreabrió el cha-



parro, donde se hallaban el violin y la cerbatana, como si los hubiera depositado espresamente, y se los dió al jóven

añadiendo.—Cuando pidas alguna cosa, nadie podrá negártela.

—¿Qué puedo desear ya? se dijo á sí mismo el muchacho; y se volvió á poner en camino.

Un poco mas lejos encontró un judío con su larga barba de chivo, que estaba inmóvil escuchando el cántico de un pájaro, colocado en lo alto de un árbol:—¡Maravilla de Dios! exclamaba. ¿Que un animal tan pequeño tenga una voz tan grande? Quisiera cogerle. ¿Pero quién se encargará de ponerle sal debajo de la cola?

—Si no quieres mas que eso, dijo el muchacho, el pájaro estará bien pronto en el suelo;— y apuntó tan bien, que el animal cayó en las espinas que habia al pie del árbol.—Anda, pícaro, dijo al judío, y coge tu pájaro.

El judío se puso en cuatro pies para entrar en las espinas.

En cuanto estuvo en medio, nuestro buen muchacho, por divertirse un rato, cogió su violín y se puso á tocar. En seguida comenzó el judío á menear los pies y á saltar, y, cuanto más tocaba el violín, con mayor ardor bailaba. Pero las espinas despedazaban los andrajos del judío, le arrancaban la barba y le llenaban el cuerpo de sangre.—¡Ah! exclamó; ¿qué música es esa? Dejad vuestro violín, yo no quiero bailar.

Pero el muchacho continuaba, pensando —Tú has desollado á bastante gente, que te desuelen á tí las espinas.

El judío saltaba más alto cada vez, y los pedazos de sus vestidos quedaban colgados en el chaparro.—¿Desgraciado de mí! exclamaba; te daré lo que quietas si dejas de tocar; te daré una bolsa llena de oro.

—Ya que eres tan generoso, dijo el muchacho, voy á dejar de tocar; pero no dejaré de hacerte cumplida justi-

cia; bailas con la mayor perfeccion.—A estas palabras tomó su bolsa y continuó su camino.

El judío le vió partir, y cuando le hubo perdido de vista, se puso á gritar con todas sus fuerzas:—¡Miserable músico, violin de taberna, espera que te coja! Te haré correr de tal modo que gastarás las suelas de tus zapatos. ¡Maldito canalla! ponte cuatro maravedises en la boca, si quieres valer dos cuartos—y otras injurias que le dictaba su imaginacion.

En cuanto se hubo calmado un poco, y se alivió su corazon, corrió á la ciudad á buscar al juez.—Señor, apelo á vos; mirad como me han despojado y robado en el camino real.

Las piedras del camino habrán tenido compasion de mí mis vestidos despedazados, mi cuerpo desollado! mi pobre dinero robado con mi bolsillo! buenos ducados, á cual mas hermosos! Por amor de Dios, haced prender al culpable!

—¿Es un soldado, preguntó el juez, quien te ha puesto así, á sablazos?

—No tenia espada, dijo el judío, pero llevaba una cerbatana al hombro y un violin al cuello. El malvado es fácil de conocer.

El juez envió sus jentes en persecucion del culpable: el guapo mozo habia andado de aquí para allí por el camino; no tardaron en encontrarle, y hallaron encima de él el bolsillo lleno de oro. Cuando compareció ante el tribunal:—Yo no he tocado al judío, dijo; yo no le he quitado su oro; él me lo ha dado voluntariamente, para que callase mi violín, porque le desagradaba mi música.

—¡Dios me proteja! exclamó el judío! coge las mentiras al vuelo como las moscas.

Pero ¡el juez no quiso creerle y dijo.—Hé ahí una mala

defensa, los judíos no dan su dinero sin más ni más.—Y condenó al muchacho á la horca, como ladrón en despojado.

Cuando lo conducían á la horca, el judío le gritaba todavía?—Canalla! perro músico ya vas á pagar lo que mereces.

El muchacho sabió tranquilamente la escalera con el verdugo, pero en el último escalon se volvió y dijo al juez:

—Concededme una cosa antes de morir.

—Te la concedo, dijo el juez, á menos que no pidas la vida.

—No es pido la vida, respondió el jóven; permitidme solamente por última vez tocar un aire en el violín.

El judío dió un grito de dolor —Por amor de Dios, no se lo permitais, no se lo permitais.—Pero el juez dijo:—Por qué no darle ese último placer?—Además no podía negársela, á causa del don que tenia el muchacho de hacerse conceder todo lo que pidiera.

El judío gritó —Ah, Dios mio! atadme, atadme bien.— El buen muchacho cogió su violín, y al primer golpe del arco todo el mundo comenzó á moverse y á menearse; el juez, el escribano, los criados del verdugo, y se cayó la cuerda de las manos del que quería atar al judío. Al segundo golpe, todos comenzaron á saltar y á bailar. el juez y el judío al frente saltaban mas altos que los demás. La danza se generalizó por último, bailando todos los espectadores, gordos y flacos, jóvenes y viejos; hasta los perros se levantaban sobre sus patas traseras para bailar tambien. Cuanto mas tocaba, mas saltaban los bailarinos. las cabezas chocaban entre sí y la multitud comenzó á gemir tristemente. El juez exclamó perdido el aliento.—Te concedo el perdón, pero deja de tocar.—El buen muchacho colgó su vio-

lin al cuello y bajó la escalera. Se acercó al judío, que estaba en el suelo y procuraba recobrar su aliento.—Picaro, le dijo; confiesa de donde te viene tu oro, ó cojo mi violín y vuelvo á empezar.

—¡Lo he robado, lo he robado! exclamó el judío. Tú lo habías ganado bien.—De aquí resultó que el juez cogió al judío y le hizo ahorcar como ladrón.

EL REY DE LAS RANAS.

En aquellos tiempos, cuando se cumplian todavía los deseos, vivía un rey, cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la mas pequeña era mas hermosa que el mismo sol, que cuando la veía se admiraba de reflejarse en su rostro. Cerca del palacio del rey había un bosque grande y espeso, y en el bosque, bajo un viejo lilo, había una fuente; cuando hacia mucho calor, iba la hija del rey al bosque y se sentaba á la orilla de la fresca fuente; cuando iba á estar mucho tiempo, llevaba una bola de oro, que tiraba á lo alto y la volvía á coger, siendo éste su juego favorito.

Pero sucedió una vez que la bola de oro de la hija del rey no cayó en sus manos, cuando la tiró á lo alto, sino que fue á parar al suelo y de allí rodó al agua. La hija del rey la siguió con los ojos, pero la bola desapareció, y la fuente era muy honda, tan honda que no se veía su fondo. Entonces comenzó á llorar, y lloraba cada vez más alto y no podía consolarse. Y cuando se lamentaba así, la dijo una voz: «¿qué tienes, hija del rey, que te lamentas de modo que puedes enternecer á una piedra?» Miró entonces á su alrededor, para ver de donde salía la voz, y vió una rana que sacaba

del agua su asquerosa cabeza.—«¡Ah! ¿eres tú, vieja azotar-
charcos? la dijo; lloro por mi bola de oro, que se me ha caí-
do á la fuente.»—«Tranquilízate y no llores, la contestó la
rana; yo puedo sacártela, pero ¿qué me das, si te devuelvo
tu juguete?»—«Lo que quieras, querida rana, la dijo; mis
vestidos, mis perlas y piedras preciosas y hasta la corona
dorada que llevo puesta.»—La rana contestó.—«Tus ves-
tidos tus perlas y piedras preciosas y tu corona de oro no
me sirven de nada; pero si me prometes amarme y tener-
me á tu lado como amiga y compañera en tus juegos, sen-
tarme contigo á tu mesa, darme de beber en tu vaso de
oro, de comer en tu plato y acostarme en tu cama, yo ba-
jaré al fondo de la fuente y te traeré tu bola de oro.»—
«¡Ah! la dijo; te prometo todo lo que quieras, si me devuel-
ves mi bola de oro.»—Pero pensó para sí.—«¡Cómo charía
esa pobre rana! porque canta en el agua entre sus iguales,
se figura que puede ser compañera de los hombres.»

La rana, en cuanto hubo recibido la promesa, hundió su
cabeza en el agua, bajo el fondo y un rato despues apare-
ció de nuevo, llevando en la boca la bola, que arrojó en la
yerba. La hija del rey, llena de alegría en cuanto vió su
hermoso juguete, le cogió y se marchó con él saltando.—
«¡Espera, espera! la gritó la rana. Llévame contigo; yo no
puedo correr como tú.»—Pero de poco la acirvió gritar lo
mas alto que pudo, pues la princesa no la hizo caso, corrió
hácia su casa y olvidó muy pronto á la pobre rana, que tuvo
que quedarse en su fuente.

Al dia siguiente, cuando se sentó á la mesa con el rey y
los cortesanos, y cuando comia en su plato de oro, oyó su-
bir una cosa, por la escalera de mármol, que cuando llegó
arriba, llamó á la puerta y dijo.—«Hija del rey, la mas pe-
queña, ábreme.»—Se levantó la princesa y quiso ver quién

estaba fuera; pero, en cuanto abrió, vió á la rana en su presencia. Cerró la puerta corriendo, se sentó en seguida á la mesa y se puso muy triste. El rey al ver su tristeza la pre-



guntó:—»Hija mia, ¿qué tienes? ¿hay á la puerta algun gigante y viene á llevarte?»—«¡Ah, no! contestó; no es ningun gigante, sino una fea rana.»—«Qué te quiere la rana?»—«¡Ay, amado padre! cuando estaba yo ayer jugando en el bosque, junto á la fuente, se me cayó al agua mi bola de oro. Y como yo lloraba, fué á buscarla la rana, despues de haberme exigido promesa de que seria mi compañera; pero nunca creí que pudiera salir del agua. Ahora ha salido ya y quiere entrar.»—Entre tanto llamaba

por segunda vez diciendo:—«Hija del rey, la mas pequeña, ábreme, ¿no sabes lo que me dijiste ayer junto á la fria agua de la fuente? Hija del rey, la mas pequeña, ábreme.»—Entonces dijo el rey.—«Debes cumplirla lo que la has prometido, vé y ábrela.»—Fué y abrió la puerta y entró la rana, yendo siempre junto á sus pies hasta llegar á su silla. Se colocó allí y dijo:—«Ponme encima de tí.»—La niña vaciló hasta que lo mandó el rey. Pero cuando la rana estuvo ya en la silla:—«Quiero subir encima de la mesa,» y así que la puso allí, dijo:—«Ahora acércame tu plato dorado, para que podamos comer juntas.»—Hízolo en seguida; pero se vió bien que no lo hacia de buena gana. La rana comió mucho, pero dejaba casi la mitad de cada bocado. Al fin dijo—«Estoy harta y cansada, llévame á tu cuartito y échame en tu cama y dormiremos juntas.»—La hija del rey comenzó á llorar y receló que no podria descansar junto á la fria rana, que queria dormir en su hermoso y limpio lecho. Pero el sapo se incomodó y dijo:—«No debes despreciar al que te ayudó cuando te hallabas en la necesidad.»—Entonces la cogió con sus dos dedos, la llevó y la puso en un rincon. Pero en cuanto estuvo en la cama, se acercó la rana arrastrando y la dijo:—«Estoy cansada, quiero dormir tan bien como tú, súbeme, ó se lo digo á tu padre.»—La princesa se incomodó entonces mucho, la cogió y la tiró contra la pared con todas sus fuerzas. —«Ahora descansarás, rana asquerosa.»

Pero cuando cayó al suelo la rana se convirtió en el hijo de un rey con ojos hermosos y amables, que fue desde entonces, por la voluntad de su padre, su querido compañero y esposo y la refirió que habia sido encantado por una mala hechicera y que nadie podia sacarle de la fuente mas que ella sola y que al dia siguiente se marcharian á su pais.

Entonces durmieron hasta el otro día y en cuanto salió el sol se metieron en un coche tirado por siete caballos blancos que llevaban plumas blancas en la cabeza y tenían por riendas cadenas de oro; detrás iba el criado del joven rey, que era el fiel Enrique. El fiel Enrique se afligió tanto cuando su señor fue convertido en rana, que se había puesto tres varillas de hierro encima del corazón para que no saltase del dolor y la tristeza. Pero el joven rey debía hacer el viaje en su coche: el fiel Enrique salió después de ambos, se colocó detrás de ellos é iba lleno de alegría por la libertad de su amo. Y cuando hubieron andado un poco del camino oyó el hijo del rey una cosa que sonaba detrás, como si se rompiera algo. Entonces se volvió y dijo:—«Enrique, se ha roto el coche?»

—No señor, no se rompió,
es tan solo una varilla
de las que en mi corazón
para impedir se saltase
por la pena y el dolor
puse, mientras en la fuente
estábais, cual rana, vos.

Todavía volvió á sonar otra vez y otra vez en el camino y el hijo del rey creía siempre que se rompía el coche, y eran las varillas que saltaban del corazón del fiel Enrique porque su señor era libre y feliz.

LA REINA DE LAS ABEJAS.

Allá en aquellos tiempos hubo un rey que tenía dos hijos, que se fueron en busca de aventuras, lanzándose á todos los excesos de la disipacion, por lo que no volvian á su casa paterna. Fué á buscarlos su hermano menor, al que llamaban el Simple, pero cuando los encontró comenzaron á burlarse de él, porque en su sencillez pretendia saber dirigirse en un mundo donde se habian perdido ellos dos, ellos dos que tenían mucho más talento que él.

Habiéndose puesto en camino juntos encontraron un hormiguero. Los dos hermanos mayores querian llenarle de tierra para divertirse viendo la ansiedad de las hormigas que correrian por todas partes cargadas con sus huevos; pero su hermano el Simple les dijo:

—Dejad en paz á esos animales; no consentiré que les hagais daño.

Poco despues encontraron un lago en el que nadaban no sé cuantos patos. Los dos mayores querian coger un par de ellos para mandarlos asar, pero el menor se opuso diciendo:

—Dejad en paz á esos animales; no consentiré que los mate nadie.



Mucho mas allá todavía distinguieron en un árbol una colmena tan llena de miel que corria por el tronco abajo. Los dos mayores querian prender fuego el árbol para ahumar á las abejas y apoderarse de la miel; pero su hermano el Simple los contuvo, diciéndoles:

—Dejad en paz á esos animales; no consentiré que los queméis.

Los tres hermanos llegaron por último á un castillo cuyas caballerizas estaban llenas de caballos convertidos en piedras, y en las que no se veía á nadie. Atravesaron todas las salas y llegaron al fin delante de una puerta cerrada con tres cerraduras. En medio de la puerta habia un pequeño postigo por el que se veía una habitacion; desde él distinguieron á un hombre de poca estatura y cabellos grises que estaba sentado delante de una mesa. Llamaron una y dos veces sin que les oyera en la apariencia; á la tercera se levantó, abrió la puerta y se adelantó hácia ellos; despues, sin pronunciar ni una palabra, los condujo á una mesa que estaba llena de toda clase de manjares, y en cuanto hubieron comido y bebido, llevó á cada uno á una alcoba diferente.

Por la mañana se presentó el anciano al mayor de los hermanos y mandándole por señas que le siguiera, le condujo delante de una mesa de piedra, en la que estaban escritas las tres pruebas que era necesario hacer para desencantar el castillo. Consistia la primera en buscar en el musgo, en medio de los bosques, las mil perlas de la princesa que estaban allí sembradas; y si el que las buscaba no las habia encontrado todas antes de ponerse el sol seria convertido en piedra. El hermano mayor pasó todo el dia buscando las perlas; pero, cuando llegó la noche, apenas habia encontrado ciento, y fue convertido en piedra como estaba escrito en la mesa. El hermano segundo acometió la aventura al dia siguiente, pero no fue mas afortunado que su hermano mayor; apenas encontró doscientas perlas y fue convertido en piedra.

Llegó por último su vez al tercero, que era el Simple. Comenzó á buscar las perlas en el musgo; pero como esto era muy difícil y muy largo, se sentó en una piedra y se puso

á llorar. Hallábase en esta situación, cuando el rey de las hormigas á quien habia salvado la vida llegó con cinco mil de sus súbditos, y estos pequeños animales no necesitaron mas que un instante para encontrar todas las perlas y reunir las en un montón.

La segunda prueba consistia en sacar la llave del dormitorio de la princesa, que estaba en el fondo del lago. Cuando se acercó el joven, los patos, á quienes habia salvado, salieron á su encuentro, se sumergieron en el agua y le llevaron la llave.

Pero la tercera prueba era la más difícil; consistia en saber cuál era la más joven y la más hermosa de las tres princesas dormidas. Las tres se parecian completamente y la única cosa que las distinguia era que antes de dormirse la mayor habia comido un terrón de azúcar, mientras que la segunda habia bebido un sorbo de almíbar, y la tercera habia tomado una cucharada de miel. Pero la reina de las abejas, á quien habia salvado el joven del fuego, vino en su socorro; fué á oler la boca de las tres princesas, y se quedó parada en los labios de la que habia comido la miel; el príncipe la reconoció así. Entonces se deshizo el encanto, salió el castillo de su sueño mágico, y todos los que se hallaban convertidos en piedra tomaron la forma humana. El supuesto Simple se casó con la más joven y más hermosa de las princesas, y fue rey despues de la muerte de su padre. En cuanto á sus dos hermanos, se casaron con las otras dos hermanas.

HERMANITO Y HERMANITA.

Un hermanito tomó á su hermanita de la mano, y la dijo

—Desde que ha muerto nuestra madre no hemos tenido una hora buena; nuestra madrastra nos pega todos los días, y si nos arrimamos á ella, nos echa á puntillones. Los mendrugos del pan que quedan son nuestro alimento, y al perro que está debajo de la mesa, le trata mucho mejor que á nosotros, pues le echa alguna vez un buen pedazo de pan. Dios tenga piedad de nosotros, ¿si lo supiera nuestra madre? Mira, ¿no será mejor irnos á correr el mundo? ¡Acaso nos vaya mejor!

Caminaron todo el día atravesando campos, prados y sierras, y cuando llovía decía la hermanita.

—Dios dora lo mismo que nuestros corazones.

Por la noche llegaron á un bosque muy espeso, y estaban tan fatigados por el hambre, el cansancio y el disgusto, que se acurrucaron en el hueco de un árbol y se durmieron.

Cuando despertaron al día siguiente, el sol estaba ya en lo alto del cielo y calentaba con sus rayos el interior del árbol.

Entonces dijo el hermanito:

—Tengo sed, hermanita, si supiera dónde hay una fuente, iría á beber. Me parece que he oído sonar una.

Se levantó el hermanito, tomó á su hermanita de la mano y se pusieron á buscar la fuente. Pero su malvada madrastra era hechicera, habia visto marcharse á los dos hermanitos, habia seguido sus pasos á hurtadillas, como hacen las hechiceras, y habia echado yerbas encantadas en todas las fuentes de la selva. En cuanto encontraron una fuente que corria murmurando por entre las piedras, el hermanito quiso beber, pero la hermanita oyó decir á la fuente por lo bajo.

—El que de mi agua bebe, tigre se vuelve; el que de mi agua bebe, tigre se vuelve.

La hermana le dijo:

—Por Dios, hermano, no bebas, pues te volverás tigre y me harías pedazos.

El hermanito no bebió aunque tenia mucha sed, y dijo:

—Esperaré hasta llegar á otra fuente.

Cuando llegaron á la segunda fuente, la oyó decir la hermanita:

—Quien de mi agua bebe, lobo se vuelve; quien de mi agua bebe, lobo se vuelve.

La hermanita le dijo:

—No bebas por Dios, hermanito, pues te volverias lobo y me comerias.

El hermanito no bebió, y dijo:

—Esperaré hasta que lleguemos á la primera fuente, pero entonces beberé aunque digas cuanto quieras, pues estoy seco de sed.

Cuando llegaron á la tercera fuente, la hermanita la oyó murmurar estas palabras:

—El que de mi agua bebe, corzo se vuelve.

La hermanita le dijo:

—¡No bebas por Dios, hermanito, porque te volverías corzo y huirías de mí!

Pero el hermanito se había arrodillado cerca de la fuente y comenzó á beber; apenas tocaron sus labios el agua se convirtió en corzo.



La hermanita echó á llorar sobre su pobre hermano encantado, y el pobre corzo lloraba también sin menearse de su lado.

La niña le dijo por último:

—No tengas cuidado, mi querido corzo, que no me separaré de tí.

Entonces se quitó su liga dorada, é hizo un collar con ella al corzo, despues arrancó algunos juncos y tejió con ellos una soguilla, con la que ató al animal y se le llevó

motiéndose con él en un bosque. Despues de haber andado mucho tiempo, llegaron por último á una casita, donde entró la niña, y habiendo visto que no estaba habitada, dijo:

—Aquí podemos detenernos y quedarnos á vivir.

Entonces buscó musgo para que pudiera descansar el corzo, y todas las mañanas salía, cogía raíces, frutas salvajes y nueces, y cogía tambien yerbas frescas que comía el corzo en su mano y estaba muy contento y saltaba de alegría delante de ella. Por la noche, cuando la niña estaba ya cansada, y habia rezado sus oraciones, reclinaba su cabeza en la espalda del corzo, que la servia de alfombra y se dormía dulcemente, y se hubiese creído feliz con este género de vida, con sólo que su hermano hubiera tenido todavía su forma humana.

Pasaron así algun tiempo en aquel lugar desierto, pero llegó un dia en que el rey de aquel pais, tuvo una partida de caza en el bosque, que resonaba con las tocatas de las trompas, los ladridos de los perros y los alegres gritos de los cazadores.

El corzo oyó todo aquel ruido y sentia no encontrarse cerca.

—Ah, dijo á su hermanita, déjame ir á la cacería, no puedo resignarme á estar aquí

Y la suplicó tanto que cedió al fin.

—Mira, se dijo, no dejes de volver á la noche, carraré las puertas para que no entren esos cazadores, y para que te conozca, dices cuando llames.

—Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mio; si no dices eso, no abriré la puerta

El corzo se lanzó fuera de la casa, muy contento y alegre de gozar del aire libre.

El rey y sus cazadores vieron al hermoso animal, y corrieron en su persecucion sin poderle alcanzar; cuando se creian próximos á cogerlo, saltó por encima de una zarza y desapareció. En cuanto comenzó á oscurecer, corrió á la casa, y llamó diciendo

—Soy yo, querida hermanita, abre corazoncito mio.

Se abrió la puerta, entró en la casa y durmió toda la noche en su blanda cama.

Al dia siguiente volvió á comenzar la caza, y cuando oyó el corzo de nuevo el son de las trompas y el ruido de los cazadores, no pudo descansar mas, y dijo.

—Hermanita, ábreme, tengo que salir.

La hermanita le abrió la puerta, diciéndole:

—No dejes de venir á la noche y de decir la palabra convenida.

Cuando el rey y los cazadores volvieron á ver al corzo con su coliar dorado, echaron todos tras él, pero era demasiado listo y ágil para dejarse coger. los cazadores le habian cercado ya de tal modo á la caída de la tarde, que uno de ellos le hirió ligeramente en el pie, de forma que cojeaba, y á duras penas pudo escaparse. Un cazador se deslizó tras sus huellas hasta llegar á la casita donde le oyó decir:

—Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mio.

Y vió que le abrían la puerta y que cerraban en seguida.

El cazador conservó fielmente estas palabras en la memoria, se dirigió á donde estaba el rey y le refirió lo que habia visto y oído.

El rey dijo:

—Mañana continuará tambien la caza.

La hermanita se asustó mucho cuando vió volver al corzo herido, le lavó la sangre de la herida, le aplicó yerbas y le dijo:

—Ve á descansar á la cama, querido corcito, para curarte.

Pero la herida era tan ligera, que al día siguiente el corzo no sentía nada, y cuando volvió á oír en el bosque el sonido de la cacería, dijo:

—No puedo parar aquí, necesito salir, no me cogerán con tanta facilidad.

Su hermanita le dijo llorando.

—Hoy te van á matar, no quiero dejarte salir.

—Me moriré aquí de disgusto, si no me dejas salir, le contestó; cuando oigo la corneta de la caza, me parece que se me van los pies.

La hermanita no pudo menos de ceder, le abrió la puerta llena de tristeza, y el corzo se lanzó al bosque alegre y decidido.

El rey apenas le vió, dijo á los cazadores.

—Perseguidle hasta la noche, pero no le hagais daño.

En cuanto se puso el sol, dijo el rey al cazador:

—Ven conmigo y enseñame la casa de que me has hablado?

Cuando llegaron á la puerta, llamó y dijo:

—Soy yo, querida hermanita, ábreme, corazoncito mio.

Se abrió la puerta y entró el rey, hallando en su presencia á una jóven de lo mas hermoso que habia visto nunca.

La jóven tuvo miedo cuando vió que en vez del corzo, entraba un rey con la corona de oro en la cabeza; pero el rey la miró con dulzura y la presentó la mano, diciéndola

—¿Quieres venir conmigo á mi palacio y ser mi esposa?

—¡Oh, sí, contestó la jóven, mas es preciso que venga conmigo el corzo, no puedo separarme de él.

El rey dijo:

—Permaneceré á tu lado mientras vivas, y no carecerás de nada.

En aquel momento entró el corzo saltando, su hermanita le ató con la cuerda de juncos, tomó la cuerda en la mano, y saltó con él de la casa.

El rey llevó á la jóven á su palacio, donde se celebró la boda con gran magnificencia, y desde entonces fue S. M. la reina y vivieron juntos mucho tiempo. El corzo estaba muy bien cuidado y saltaba y corría por el jardín del palacio; sin embargo; su malvada madrastra, que había sido la causa de que los dos niños abandonaran la casa paterna, é imaginaba que la hermanita había sido devorada por las fieras del bosque y que su hermanito, convertido en corzo, había sido muerto por los cazadores, cuando supo que eran tan felices, y vivían con tanta prosperidad, se despertaron en su corazón el odio y la envidia, comenzando á agitarle é inquietarle, y se dedicó á buscar con el mayor cuidado un medio para hundir á los dos en la desgracia. Su hija verdadera, que era tan fea como la noche y solo tenía un ojo, la reconvenía diciéndola.

—La ventura de llegar á ser reina es á mi á quien pertenece.

—No tengas cuidado, la dijo la vieja, procurando apaciguarla; cuando sea tiempo, me hallarás pronta á servirte.

En efecto, en cuanto llegó el momento en que la reina dió á luz un hermoso niño, como el rey estaba de caza, la hechicera tomó la forma de una doncella, entró en el cuarto en que se hallaba acostada la reina y la dijo:

—Venid, vuestro baño está cerca, os sentará muy bien, y os dará muchas fuerzas; pronto, antes que se enfríe.

Acompañada de su hija, llevó al baño á la reina conva-

leciente, le dejaron allí, y despues salieron, cerrando la puerta. Habian tenido cuidado de encender junto al baño un fuego parecido al del infierno, para que la jóven reina se ahogase pronto.

Despues de esto, cogió la vieja á su hija, la puso un gorro en la cabeza y la acostó en la cama de la reina; la dió tambien la forma y las facciones de la reina, pero no pudo ponerla el ojo que habia perdido, y para que no lo notase el rey, la mandó estuviera echada del lado de que era tuerta.

Cuando á la caída de la tarde volvió el rey de la caza y supo que le habia nacido un hijo, se alegró de todo corazón y quiso ir á la cama de su querida mujer para ver cómo estaba.

Pero la vieja les dijo en seguida:

—No abrais, por Dios, las ventanas; la reina no puede ver la luz todavía; necesita descanso.

El rey se volvió no recelando se hallaba sentada en su lecho una reina fingida.

Pero cuando dieron las doce de la noche y todos dormian, la nodriza que estaba en el cuarto del niño, cerca de su ama, siendo la única que velaba, vió abrirse la puerta y entrar á la verdadera madre. Sacó al niño de la cuna, le tomo en sus brazos y le dió de beber. Despues le arregló la almohada, volvió á ponerle en su sitio, y corrió las cortinas. No se olvidó tampoco del corvo, se acercó al racon, donde descansaba y le pasó la mano por la espalda. Salio despues sin decir una sola palabra, y al dia siguiente, cuando preguntó la nodriza á los guardias si habia entrado alguien en palacio durante la noche, la contestaron.

—No, no hemos visto á nadie.

Volvió muchas noches de la misma manera sin pro...

ciar una sola palabra; la nodriza la veía siempre, pero no se atrevía á hablarla.

Al cabo de algun tiempo la madre comenzó á hablar por la noche y dijo:

¿Qué hace mi hijito?
 ¿Qué hace mi corcito?
 Volveré dos veces mas,
 y ya no vendré jamás.

La nodriza no la contestó, pero apenas habia desaparecido, corrió á contárselo al rey, quien dijo:

—¡Dios mio! ¿qué significa esto? Voy á pasar la noche próxima al lado del niño

En efecto, fue por la noche al cuarto del niño, y hácia las doce, se apareció la madre, y dijo:

¿Qué hace mi hijito?
 ¿Qué hace mi corcito?
 Aun volveré otra vez mas,
 y ya no vendré jamás.

Despues acarició al niño como hacia siempre, y desapareció. El rey no se atrevió á dirigirla la palabra; pero á la noche siguiente se quedó tambien en vela. La reina dijo

¿Qué hace mi hijito?
 ¿Qué hace mi corcito?

El rey no pudo contenerse mas, se lanzó hácia ella y la dijo:

—Tú debes de ser mi querida esposa.

—Sí, le contestó soy tu mujer querida.

Y en el mismo instante recobró la vida por la gracia de Dios, y se puso tan hermosa y fresca como una rosa.

Refirió al rey el crimen que habian cometido con ella la malvada hechicera y su hija, y el rey las mandó comparecer delante de su tribunal, donde fueron condenadas. La hija fue conducida á un bosque, donde la despedazaron las bestias salvajes apenas la vieron, y la hechicera fue condenada á la hoguera, percciendo miserablemente entre las llamas; apenas la hubo consumido el fuego, volvió el corzo á su forma natural, y hermanito y hermanita vivieron felices hasta el fin de sus días.

EL POBRE Y EL RICO.



Murió una vez un pobre aldeano que fué á la puerta del Paraiso; al mismo tiempo murió un señor muy rico que

subió también al cielo. Llegó San Pedro con sus llaves, abrió la puerta y mandó entrar al señor, pero sin duda no vió al aldeano, pues cerró dejándole fuera y desde allí oyó la alegre recepción que hacían al rico en el cielo con músicas y cánticos. Cuando quedó todo en silencio volvió por su San Pedro y mandó entrar al pobre. Esperaba éste que á su regreso volverían á continuar los cánticos y músicas, mas todo continuó en silencio. Le recibieron con mucha alegría, los ángeles salieron á su encuentro, pero no cantó nadie. Preguntó á San Pedro por qué no había música para él como para el rico, ó si era que en el cielo reinaban las mismas diferencias que en la tierra.—No, le contestó el Santo, el mismo aprecio nos merecéis uno que otro, y obtendrás la misma parte que el que acaba de entrar en las delicias del Paraíso; pero mira, pobretones así como tú, llegan aquí á centenares todos los los días, mientras que ricos como el que acaban de ver entrar, apenas viene uno de siglo en siglo.

BLANCANIEVE Y ROJAROSA.

Una pobre mujer vivía en una cabaña en medio del campo, en un huerto situado delante de la puerta, había dos rosales, uno de los cuales daba rosas blancas y el otro rosas encarnadas. La viuda tenía dos hijas que se parecían á los dos rosales, la una se llamaba Blancanieve y la otra Rojarosa. Erau las dos niñas lo mas bueno, obediente y trabajador que se había visto nunca en el mundo, pero Blancanieve tenía un carácter más tranquilo y bondadoso; á Rojarosa la gustaba mucho más correr por los prados y los campos en busca de flores y de mariposas. Blancanieve se quedaba en su casa con su madre, la ayudaba en los trabajos domésticos y la leía algun libro cuando habían acabado su tarea. Las dos hermanas se amaban tanto, que iban de la mano siempre que salían, y cuando decía Blancanieve:—No nos separaremos nunca, contestaba Rojarosa —En toda nuestra vida; y la madre añadía —Todo debería ser comun entre vosotras dos.

Iban con frecuencia al bosque para coger frutas silvestres, y los animales las respetaban y se acercaban á ellas sin temor. La liebre comía en su mano, el cabrito paría á

su lado, el ciervo jugueteaba delante de ellas, y los pájaros, colocados en las ramas, entonaban sus más bonitos gorreos.

Nunca las sucedía nada malo; si las sorprendía la noche en el bosque, se acostaban en el musgo una al lado de la otra y dormían hasta el día siguiente sin que su madre estuviera inquieta.

Una vez que pasaron la noche en el bosque, cuando las despertó la aurora, vieron á su lado un niño muy hermoso, vestido con una túnica de resplandeciente blancura, el cual las dirigió una mirada amiga, desapareciendo en seguida en el bosque sin decir una sola palabra. Vieron entonces que se habían acostado cerca de un precipicio, y que hubieran caído en él con solo dar dos pasos más en la oscuridad. Su madre les dijo que aquel niño era el Ángel de la Guarda de las niñas buenas.

Blancanieve y Rojarosa tenían tan limpia la cabaña de su madre, que se podía cualquiera mirar en ella. Rojarosa cuidaba en verano de la limpieza, y todas las mañanas, al despertat, encontraba se madre un ramo, en el que había una flor de cada uno de los dos rosales. Blancanieve encendía la lumbre en invierno y colgaba la marmita en los llares, y la marmita, que era de cobre amarillo, brillaba como unas perlas de limpia que estaba. Cuando nevaba por la noche, decía la madre:—Blancanieve, vé á ochar el carrojo, y luego se sentaban en un rincón á la lumbre; la madre se ponía los anteojos y leía en un libro grande, y las dos niñas la escuchaban hilando; cerca de ellas estaba acostado un pequeño cordero y detrás dormía una tórtola en su caña con la cabeza debajo del ala.

Una noche, cuando estaban hablando con la mayor tranquilidad, llamaron á la puerta.—Rojarosa, dijo la madre,

vé á abrir corriendo, pues sin duda será algun viajero extraviado que buscará asilo por esta noche.

Rojarosa á sué descórrer el cerrojo y esperaba ver entrar algun pobre, cuando asomé un oso su gran cabeza negra por la puerta entrecabierta. Rojarosa echó á correr dando gritos el cordero comenizó á balar, la paloma revoloteaba por todo el cuarto y Blancanieve corrió á esconderse detrás de la cama de su madre. Pero el oso las dijo —No temais, no os haré daño; solo os pido permiso para calentarme un poco; pues estoy medio helado.

—Acércate al fuego, pobre oso; contestó la madre, pero ten cuidado de no quemarte la piel.

Después llamó á sus hijas de esta manera:—Blancanieve, Rojarosa, venid; el oso no os hará daño, tiene buenas intenciones.

Entonces vinieron las dos hermanas, y se acercaron tambien poco á poco el cordero y la tórtola y olvidaron su temor.

—Hijas, las dijo el oso, ¿quereis sacudir la nieve que ha caído encima de mis espaldas.

Las niñas cogieron entonces la escoba y le barrieron toda la piel; después se estendió delante de la lumbre manifestando con sus gruñidos que estaba contento y satisfecho. No tardaron en tranquilizarse por completo y aun en jugar con este inesperado huésped. Le tiraban del pelo, se subian encima de su espalda le echaban á rodar por el cuarto, y cuando gruñia, comenzaban á reir. El oso les dejaba hacer cuanto querian, pero cuando veia que sus juegos iban demasiado lejos, les decia.

—Dejadme vivir, no vayais á matar á vuestro pretendiente.

Cuando fueron á acostarse, le dijo la madre:

—Quédate ahí; pasa la noche delante de la lumbre, pues por lo menos estarás al abrigo del frío y del mal tiempo.

Las niñas le abrieron las puertas á la aurora, y él se fué al bosque trotando sobre la nieve. Desde aquel día, volvía todas las noches á la misma hora, se extendía delante de la lumbre, y las niñas jugaban con él todo lo que querían, habiendo llegado á acostumbrarse de tal modo á su presencia, que nunca echaban el cerrojo á la puerta hasta que él venía.

En la primavera, en cuanto comenzó á nacer el verde, dijo el oso á Blancanieve:

—Me marcho, y no volveré en todo el verano.

—¿Dónde vas, querido oso? le preguntó Blancanieve.

—Voy al bosque, tengo que cuidar de mis tesoros, porque lo me los roben los malvados enanos. Por el invierno, cuando la tierra está helada, se ven obligados á permanecer en sus agujeros sin poder abrirse paso; pero ahora que el sol ha calentado ya la tierra, van á salir al morodeo; lo que cogen y ocultan en sus agujeros no vuelve á ver la luz con facilidad.

Blancanieve sintió mucho la partida del oso, cuando le abrió la puerta se desolló un poco al pasar con el pestillo, y creyó haber visto brillar oro bajo su piel, mas no estaba segura de ello. El oso partió con la mayor celeridad, y desapareció bien pronto entre los árboles.

Algun tiempo despues, envió la madre á sus hijas á recoger madera seca al bosque, vieron un árbol muy grande en el suelo, y una cosa que corría por entre la yerba alrededor del tronco, sin que se pudiera distinguir bien lo que era. Al acercarse distinguieron un pequeño enano, con la cara vieja y arrugada y una barba blanca de una vara de

largo. Se le había enganchado la barba en una hendidura del árbol, y el enano saltaba como un perrillo atado con una cuerda que no puede romper; fijó sus ardientes ojos en las dos niñas, y las dijo

—¿Qué hacéis ahí mirando? ¿por que no venís á socorrerme?

—¿Cómo te has dejado coger así en la red, pobre hombrecillo? le preguntó Rojarosa.

—Tonta curiosa, replicó el enano; quería partir este árbol para tener pedazos pequeños de madera y astillas para mi cocina, pues nuestros platos son chiquititos y los tarugos grandes los quemarian; nosotros no nos atestamos de comida como vuestra raza grosera y tragona. Ya había introducido la cuña en la madera, pero la cuña era demasiado resbaladiza; ha saltado en el momento en que menos lo esperaba, y el tronco se ha cerrado tan pronto, que no he tenido tiempo para retirar mi hermosa barba blanca que se ha quedado enredada. ¿Os echáis á reír, simples? ¿Qué feos sois?

Por más que hicieron las niñas no pudieron sacar la barba que estaba cogida como con un tornillo.

—Voy á buscar gente, dijo Rojarosa.

—¿Lamar gente? exclamó el enano con su ronca voz; no sois ya demasiado vosotras dos, imbéciles boricuas?

—Ten un poco de paciencia, dijo Blancanieve, y todo se arreglará.

Y sacando las tijeras de su bolsillo le cortó la punta de la barba. En cuanto el enano se vió libre, fué á coger un saco lleno de oro que estaba oculto en las raíces del árbol, diciendo:

—¿Que animales son esas criaturas! Cortar la punta de una hacha tan hermosa! El diablo os lleve.

Después se echó el saco á la espalda y se marchó sin mirarlas siquiera.

Algunos meses después fueron las hermanas á pescar al



rio; al acercarse á la orilla vieron correr una especie de saltamonte grande, que saltaba junto al agua como si quisiera arrojarle á ella, echaron á correr y conocieron al enano.

—¿Qué tienes? dijo Rojarosa, es que quieres tirarte al río?

—¡Qué bestia eres! exclamó el enano, ¿no ves que es ese maldito pez que quiere arrastrarme al agua?

Un pescador habia echado el anzuelo, mas por desgracia el aire enredó el hilo en la barba del enano, y cuando algunos instantes despues mordió el cebo un pez muy grande, las fuerzas de la débil criatura no bastaron para sacarle del agua y el pez que tenia la ventaja atraia al enano hácia sí, quien tuvo que agarrarse á los juncos y á las yerbas de la ribera, á pesar de lo cual le arrastraba el pez y se veia en peligro de caer al agua. Las niñas llegaron á tiempo para detenerle y procuraron desenredar su barba, pero todo en vano, pues se hallaba enganchada en el hilo. Fue preciso recurrir otra vez á las tijeras y cortaron un poco de la punta. El enano, exclamó entonces encolerizado.—Necias, ¿teneis la costumbre de desfigurar así á las gentes? ¿No ha sido bastante con haberme cortado la barba una vez, sino que habeis vuelto á cortármela hoy? ¿como me voy á presentar á mis hermanos? ¡Ojalá tengais que correr sin zapatos y os desolleis los pies! y cogiendo un saco de perlas que estaba oculto entre las cañas, se le llevó sin decir una palabra y desapareció en seguida detrás de una piedra.

Poco tiempo despues envió la madre á sus hijas á la aldea para comprar hilo, agujas y cintas, tenian que pasar por un erial lleno de rosas, donde distinguieron un pájaro muy grande que daba vueltas en el aire, y que despues de haber volado largo tiempo por encima de sus cabezas, comenzó á bajar poco á poco, concluyendo por dejarse caer de pronto al suelo. Al mismo tiempo se oyeron gritos penetrantes y lastimosos. Corrieron y vieron con asombro á un águila que tenia entre sus garras á su antiguo conocido el enano, y que procuraba llevárselo. Las niñas, guiadas por su bondadoso corazon, sostuvieron al enano con todas sus fuerzas, y se las hubieron tambien con el águila que acabó por soltar su presa; pero en cuanto el enano se repuso de su estu-

por, les gritó con voz gruñona.—¿No podíais haberme cogido con un poco más de suavidad, pues habéis tirado de tal manera de mi pobre vestido que me lo habéis hecho pedazos? ¡Qué torpes sois! Después cogió un saco de piedras preciosas y se deslizó á su agujero, comedio de las rocas. Las niñas estaban acostumbadas á su ingratitude y así continuaron su camino sin hacer caso, yendo á la aldea á sus compras.

Cuando á su regreso volvieron á pasar por aquel sitio, sorprendieron al enano que estaba vaciando su saco de piedras preciosas, no creyendo que transitase nadie por allí á aquellas horas, pues era ya muy tarde. El sol al ponerse iluminaba la pedrera y lanzaba rayos tan brillantes, que las niñas se quedaron inmóviles para contemplarlas.—¿Por qué os quedáis ahí embobadas? las dijo, y su rostro ordinariamente gris estaba enteramente rojo de cólera.

Iba á continuar un dieterio, cuando salió del fondo del bosque un oso completamente negro, dando terribles gruñidos. El enano quería huir lleno de espanto, pero no tuvo tiempo para llegar á su escondrijo, pues el oso le cerró el paso; entonces le dijo suplicándole con un acento desesperado:—Perdonadme, querido señor oso, y os daré todos mis tesoros, todas esas joyas que veis delante de vos, concededme la vida: ¿qué ganareis en matar á un miserable enano como yo? Apenas me sentiréis entre los dientes; no es mucho mejor que cojais á esas dos malditas muchachas, que son dos buenos bocados, gordas como codornices? Y zampáoslas en nombre de Dios.

Pero el oso sin escucharle, dió á aquella malvada criatura un golpe con su pata y cayó al suelo muerta.

Las niñas se habían salvado, pero el oso les gritó.—Blancanieve? ¿Rojarosa? No tengáis miedo, esperadme.

Reconocieron su voz y se detuvieron, y cuando estuvo cerca de ellas, cayó de repente su piel de oso y vieron á un jóven vestido con un traje dorado.—Soy un príncipe, les dijo, ese infame enano me habia convertido en oso, despues de haberme robado todos mis tesoros; me habia condenado á recorrer los bosques bajo esta forma y no podia verme libre mas que con su muerte. Ahora ya ha recibido el premio de su maldad.

Blancanieve se casó con el príncipe y Rojarosa con un hermano suyo y repartieron entre todos los grandes tesoros que el enano habia amontonado en su agujero. Su madre vivió todavía muchos años tranquila y feliz cerca de sus hijos. Tomó los dos rosales y los colocó en su ventana, donde daban todas las primaveras hermosísimas rosas blancas y encarnadas.

RUIPONCHE.

Habia en una ocasion un matrimonio que deseaba hacia mucho tiempo tener un hijo, hasta que al fin dió la mujer esperanzas de que el Señor queria se cumpliesen sus deseos. En la alcoba de los esposos habia una ventana pequeña, cuyas vistas daban á un hermoso huerto, en el cual se encontraban toda clase de flores y legumbres. Se hallaba empero redcado de una alta pared, y nadie se atrevia á entrar dentro, porque pertenecia á una hechicera muy poderosa y temida de todos. Un dia estaba la mujer á la ventana mirando al huerto en el cual vió un cuadro plantado de ruiponches, y la parecieron tan verdes y tan frescos, que sintió antojo por comerlos. Creció su antojo de dia en dia y, como no ignoraba que no podia satisfacerle, comenzó á estar triste, pálida y enfermiza. Asustóse el marido y la preguntó:

—¿Qué tienes, querida esposa?

—¡Oh! le contestó, si no puedo comer ruiponches de los que hay detrás de nuestra casa, me moriré de seguro.

El marido que la queria mucho, pensó para sí.

—Antes de consentir en que muera mi mujer, la traeré el ruiponche, y sea lo que Dios quiera.

Al anochecer saltó las paredes del huerto de la hechicera, cogió en un momento un puñado de ruiponche, y se lo llevó á su mujer, que hizo en seguida una ensalada y se lo comió con el mayor apetito. Pero la supo tan bien, tan bien, que al día siguiente tenia mucha mas gana todavía de volverlo á comer, no podia tener descanso si su marido no iba otra vez al huerto. Fué por lo tanto al anochecer, pero se asustó mucho, porque estaba en él la hechicera.

—¿Cómo te atreves, le dijo encolerizada, á venir á mi huerto y á robarme mi Ruiponche como un ladron? ¿No sabes que puede venirte una desgracia?

—¡Ah! la contestó, perdonad mi atrevimiento, pues lo he hecho por necesidad. Mi mujer ha visto vuestro ruiponche desde la ventana, y se le ha antojado de tal manera que moriria si no lo comiese.

La hechicera le dijo entonces deponiendo su enojo:

—Si es así como dices, coje cuanto Ruiponche quieras, pero con una condicion: tienes que entregarme el hijo que dé á luz tu mujer. Nada le faltará, y le cuidaré como si fuera su madre.

El marido se comprometió con pena, y en cuanto vió la luz su hijo le presentó á la hechicera, que puso á la niña el nombre de Ruiponche y se la llevó.

Ruiponche era la criatura mas hermosa que ha habido bajo el sol. Cuando cumplió doce años la encerró la hechicera en una torre que habia en un bosque, la cual no tenia escalera ni puerta, sino únicamente una ventana muy pequeña y alta. Cuando la hechicera queria entrar se ponía debajo de ella y decia.

Ruiponche, Ruiponche,
echa tus cabellos
subiré por ellos.

Pues Ruiponche tenia unos cabellos muy largos y hermosos y tan finos como el oro hilado. Apenas oia la voz de la hechicera, desataba su trenza, la dejaba caer desde lo alto de su ventana, que se hallaba á mas de veinte varas del suelo y la hechicera subia entonces por ellos.

Mas sucedió, trascurridos un par de años, que paso por aquel bosque el hijo del rey y se acercó á la torre en la cual oyó un cántico tan dulce y suave que se detuvo escuchándole. Era Ruiponche que pasaba el tiempo en su soledad entreteniéndose en repetir con su dulce voz las mas agradables canciones. El hijo del rey hubiera querido entrar, y buscó la puerta de la torre, pero no pudo encontrarla. Marchóse á su casa, pero el cántico habia penetrado de tal manera en su corazon, que iba todos los dias al bosque á escucharle. Estando uno de ellos bajo un árbol, vió que llegaba una hechicera, y la oyó decir.

Ruiponche, Ruiponche,
echa tus cabellos
subiré por ellos.

Ruiponche dejó entonces caer su cabellera y la hechicera subió por ella.

Si es esa la escalera por que se sube, dijo el príncipe, quiero yo tambien probar fortuna.

Y al dia siguiente, cuando empezaba á anochecer se acercó á la torre y dijo:

Ruiponche, Ruiponche,
echa tus cabellos
subiré por ellos.

En seguida cayeron los cabellos y subió el hijo del rey. Al principio se asustó Ruiponche cuando vió entrar un

hombre, pues sus ojos no habían visto todavía ninguno, pero el hijo del rey y comenzó á hablarla con la mayor amabilidad, y la refirió que su cántico había conmovido de tal manera su corazón, que desde entonces no había podido descansar un solo instante y se había propuesto verla y hablarla. Desapareció con esto el miedo de Ruiponce y cuando la preguntó si quería casarse con él, y vió que era jóven y buen mozo, pensó entre sí:

—Le querré mucho mas que á la vieja hechicera.

Le dijo que sí, y estrechó su mano con la suya, afirmando:

—De buena gana me marcharía contigo, pero ignoro como he de bajar; siempre que vendas trácme cordones de seda con los cuales iré haciendo una escala, y cuando sea suficientemente larga, bajaré, y me llevas en tu caballo.

Conviniéron en que iria todas las noches, pues la hechicera iba por el día, la cual no notó nada hasta que la preguntó Ruiponce una vez:

—Dime, abuelita ¿cómo es que tardas tanto tiempo en subir, mientras el hijo del rey llega en un momento á mi lado?

—¡Ah, pícara! la contestó la hechicera. ¡Qué es lo que oigo! Yo que creia haberte ocultado á todo el mundo, y me has engañado!

Cogió encolerizada los hermosos cabellos de Ruiponce, los dió un par de vueltas á su mano izquierda, tomó unas tijeras con la derecha, y tría, tras, los cortó, cayendo al suelo las hermosas trenzas, y llegó á tal extremo su furor que llevo á la pobre Ruiponce á un desierto, donde la condenó á vivir entre lágrimas y dolores.

El mismo dia en que descubrió la hechicera el secreto de

Ruiponche, tomó por la noche los cabellos que la había cortado, los aseguró á la ventana, y cuando vino el príncipe dijo:

Ruiponche, Ruiponche,
echa tus cabellos
subiré por ellos,

los encontró colgando. El hijo del rey subió entonces, pero no encontró á su querida Ruiponche, sino á la hechicera, que le recibió con la peor cara del mundo.



—¡Hola! le dijo burlándose, vienes á buscar á tu querida, pero el pájaro no está ya en su nido y no volverá á

cantar; le han sacado de su jaula y tus ojos no le verán ya más. Ruiponche es cosa perdida para tí, no la encontrarás nunca.

El príncipe sintió el dolor mas profundo y en sus desesperacion saltó de la torre; tuvo la fortuna de no perder la vida, pero las zarzas en que cayó le atravesaron los ojos. Comenzó á andar á ciegas por el bosque, no comia mas que raices y yerbas y sólo se ocupaba en lamentarse y llorar la pérdida de su querida esposa. Vagó así durante algunos años en la mayor miseria, hasta que llegó al fin al desierto donde vivia Ruiponche en continúa angustia. Oyó su voz y creyó conocerla; fué derecho hácia ella, la reconoció apenas la hubo encontrado, se arrojó á su cuello y lloró amargamente. Las lágrimas que bañaron sus ojos, les devolvieron su antigua claridad y volvió á ver como antes. La llevó á su reino donde fueron recibidos con grande alegría, y vivieron muchos años dichosos y contentos.

LA CARGA LIGERA.

En una ocasión había una buena vieja que vivía con una manada de gansos en un desierto en medio de las montañas, donde tenía su habitación. El desierto se hallaba en lo más espeso de un bosque, y todas las mañanas cogía la vieja su mula y iba á la entrada del bosque con paso trémulo. Una vez allí, la buena vieja trabajaba con una actividad de que no se la hubiera creído capaz al ver sus muchos años, recogía yerba para sus gansos, alcanzaba las frutas salvajes que se hallaban á la altura á que podía llegar, y lo llevaba luego todo acuestas. Parecía que iba á sucumbar bajo semejante peso; pero siempre lo llevaba con facilidad hasta su casa. Cuando encontraba á alguien le saludaba amistosamente.

—Buenos días, querido vecino, hace muy buen tiempo. Os extrañará sin duda que lleve esta yerba; pero todos debemos llevar acuestas nuestra carga.

No gustaba, sin embargo, á nadie el encontrarla y preferían dar un rodeo, y si pasaba cerca de ella algún padre con su hijo, le decía:

—Ten cuidado con esa vieja; es astuta como un demonio; es una hechicera.

Una mañana atravesaba el bosque un joven muy guapo; brillaba el sol, cantaban los pájaros, un fresco viento soplabá en el follaje, y el joven estaba alegre y de buen humor. Aun no había encontrado un alma viviente, cuando de repente distinguió á la vieja hechicera en cuclillas cortando la yerba con su hoz. Había reunido ya una carga entera en su saco y al lado tenía dos cestos grandes, llenos hasta arriba de peras y manzanas silvestres.

—Abuela, le dijo, ¿cómo pensais llevar todo eso?

—Pues tengo que llevarlo, querido señorito, le contestó; los hijos de los ricos no saben lo que son trabajos. Pero á los pobres se les dice:

Es preciso trabajar,
no habiendo otro bienestar.

—¿Queréis ayudarme? añadió la vieja viendo que se detenta; aun tenéis las espaldas derechas y las piernas fuertes: esto no vale nada para vos. Además, mi casa no está lejos de aquí: está en un matorral, al otro lado de la colina. Trepared allí arriba en un instante.

El joven tuvo compasión de la vieja, y la dijo.

—Verdad es que mi padre no es labrador, sino un conde muy rico; sin embargo, para que veais que no son sólo los pobres los que saben llevar una carga, os ayudaré á llevar la vuestra.

—Si lo hacéis así, contestó la vieja, me alegraré mucho. Tendreis que andar una hora; ¿pero qué os importa? También llevareis las peras y las manzanas.

El joven conde comenzó á reflexionar un poco cuando le hablaron de una hora de camino; pero la vieja no le dejó volverse atrás, le cogió el saco á las espaldas y puso en las manos los dos cestos.

—Ya veis, le dijo, que eso no pesa nada.

—No, esto pesa mucho, repuso el conde haciendo un gesto horrible; vuestro saco es tan pesado, que cualquiera diria que está lleno de piedras; las manzanas y las peras son tan pesadas como el plomo; apenas tengo fuerza para respirar.

Tenia mucha gana de dejar su carga, pero la vieja no se lo permitió.

—¡Bah! no creo, le dijo con tono burlon, que un señorito tan buen mozo, no pueda llevar lo que llevo yo constantemente, tan vieja como soy. Están prontos á ayudaros con palabras, pero si se llega á los hechos, sólo procuran esquivarse. ¿Por qué, añadió, os quedais asi titubeando? En marcha, nadie os librárá ya de esa carga.

Mientras caminaron por la llanura, el jóven pudo resistirlo; pero cuando llegaron á la montaña y tuvieron que subirla, cuando las piedras rodaron detrás de él como si hubieran estado vivas, la fatiga fue superior á sus fuerzas. Las gotas de sudor bañaban su frente, y corrian frias unas veces, ardiendo otras, por todas las partes de su cuerpo.

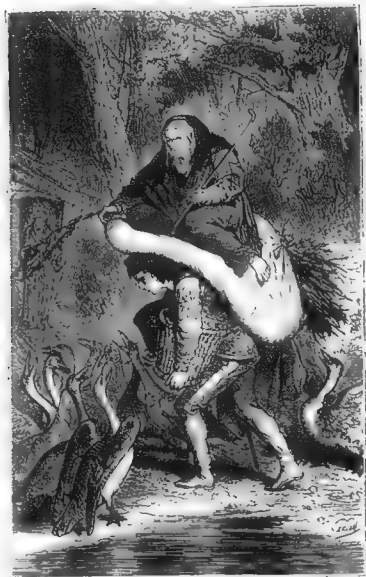
—Ahora, le dijo, no puedo más, voy á descansar un poco.

—No, dijo la vieja, cuando hayamos llegado podreis descansar; ahora hay que andar. ¿Quién sabe si esto podrá servirte para algo?

—Vieja, eres muy descarada, dijo el conde.

Y quiso deshacerse del saco, mas trabajó en vano, pues el saco estaba tan bien atado como si formara parte de su espalda. Se volvia y revolvia, pero sin conseguir soltar la carga.

La vieja se echó á reir, y se puso á saltar muy alegre con su muleta.



—No os incomodeis, mi querido señorito, le dijo, estais en verdad encarnado como un gallo; llevad vuestro fardo

con paciencia; cuando lleguemos á casa os daré una buena propina.

¿Qué habia de hacer? tenia que someterse y arrastrarse con paciencia detrás de la vieja, que parecia volverse más lista á cada momento mientras que su carga era cada vez más pesada. De repente toma carrera salta encima de su saco, y se sienta sobre él; aunque estaba ética, pesaba doble que la aldeana más robusta. Las rodillas del jóven temblaron; pero cuando se detenia, le daba en las piernas con una varita. Subió jadeando la montaña y llegó por último á la casa de la vieja, en el mismo momento en que, próximo á sucumbir, hacia el último esfuerzo. Cuando los gansos distinguieron á la vieja estendieron sus picos hácia arriba, sacaron el cuello hácia adelante, y salieron á su encuentro dando gritos de ¡hu! ¡hu! Detrás de la bandada iba una muchacha alta y robusta pero fea como la noche.

—¡Madre! dijo á la vieja ¿os ha sucedido algo? Habéis estado fuera mucho tiempo.

—No, hija mia, la contestó, no me ha sucedido nada malo, por el contrario, éste buen señorito, que ves aquí, me ha traído mi yerba, y además, como yo estaba cansada, me ha traído también á cuestas. El camino no me ha parecido muy largo, estábamos de buen humor y hemos tenido una conversacion muy agradable.

La vieja, por último, se dejó caer al suelo, quitó la carga de la espalda del jóven, los costos de sus manos, le miró alegremente, y le dijo:

—Ahora sentaos en ese banco que está delante de la puerta, y descansad. Habéis ganado lealmente vuestro salario y no le perderéis.

Despues dijo á la jóven que cuidaba los gansos

—Vuelve á casa, hija mia, no está bien que te quedes

aquí sola con este señorito; no se debe poner la leña junto al fuego, podría enamorarse de ti.

El conde ignoraba si debía reírse ó llorar.

—Una mujer de esa clase, dijo por lo bajo, no podía esperar mucho de mi corazón, aunque no tuviera mas que treinta años.

La vieja sin embargo, cuidó á los gansos como si fueran sus hijos; despues entró con su hija en su casa. El jóven se echó en el banco bajo un manzano silvestre. La atmósfera estaba serena y no hacia calor; alrededor suyo se extendia una pradera de prímulas, tomillo y otras mil clases de flores; en su centro murmuraba un claro arroyo, dorado por los rayos del sol, y los blancos gansos se paseaban por la orilla ó se sumergian en el agua.

—Este lugar es delicioso, dijo, pero estoy tan cansado, que se me cierran los ojos; quiero dormir un poco, siempre que el aire no me lleve las piernas, pues están tan ligeras como la yerba.

En cuanto durmió un instante vino la vieja y le despertó mendándole.

—Levántate, le dijo, no puedes quedarte aquí. Te he atormentado un poco, es verdad; pero no te ha costado la vida. Ahora voy á darte tu salario; tú no necesitas dinero, ni bienes; te daré otra cosa.

Deciendo esto le puso en la mano una cajita de esmeralda, de una sola pieza.

—Guárdala bien, le dijo, te traerá la fortuna.

El conde se levantó y viendo que estaba descansado y habia recobrado sus fuerzas, dió gracias á la vieja por su regalo y se puso en camino sin pensar un instante en mirar á la hermosa ninfa. Se hallaba ya á alguna distancia cuando oía todavá á lo lejos el alegre grito de los gansos.

El conde permaneció tres dias perdido en aquellas soledades antes de poder encontrar el camino. Por último llegó á una ciudad, y como no le conocia nadie, se hizo conducir al palacio del rey, donde el príncipe y su mujer estaban sentadas en su trono. El conde puso una rodilla en tierra, sacó de su bolsillo la caja de esmeralda y la depositó á los pies de la reina. Le mandó levantarse y fue á presentarle su caja. Pero apenas la habia abierto y mirado, cuando cayo en tierra como muerta. El conde fue detenido por los criados del rey, e iba á ser puesto en prision, cuando la reina abrió los ojos y mando que le dejaran libre, y que hablaran todas, porque queria hablarle en secreto.

Cuando se quedó sola la reina se echó á llorar amargamente y dijo:

—¿De qué me sirven el esplendor y los honores que me rodean? Todas las mañanas despierto llena de cuidados y de aflicciones. He tenido tres hijas, la menor de las cuales era tan hermosa que todas la miraban como una maravilla. Era blanca como la nieve, colorada como la flor del manzano, y brillaban sus cabellos como los rayos del sol. Cuando lloraba no eran lágrimas las que caian de sus ojos, sino perlas y piedras preciosas. Cuando llego á la edad de trece años, mandó el rey venir á sus tres hijas delante de su trono. Era digno de ver cómo abria todo el mundo los ojos cuando entró la menor; creia uno presenciar la salida del sol. El rey dijo:

—Hijas mias, ignoro cuándo llegaré mi último dia; quiero decidir desde hoy lo que debe recibir cada una de vosotras despues de mi muerte. Las tres me amaís, pero la que me ame mas tendrá la mejor parte.

Cada una dijo que era ella la que amaba mas á su padre.

—¿No podríais, repuso el rey, explicarme todo lo que me amais? Así sabré cuáles son vuestros sentimientos.

La mayor dijo:

—Amo á mi padre como al azúcar mas dulce

La segunda:

—Amo á mi padre como al vestido mas hermoso.

Pero la menor guardó silencio.

—¿Y tú, dijo su padre, cómo me amas?

—No sé; respondió, y no puedo comparar mi amor á nada.

Pero el padre insistió en que designara un objeto. Al fin dijo.

—El mejor de los manjares no tiene gusto para mí si carece de sal; pues bien, yo amo á mi padre como á la sal.

—Puesto que me amas como á la sal, recompensaré tambien tu amor con sal. Repartió su reino entre sus dos hijas mayores, é hizo atar un saco de sal á la espalda de la más joven, y mandó dos criados que la condujesen á un bosque inculto. Todos nosotros hemos llorado y suplicado por ella, mas no ha habido medio de apaciguar la cólera del rey. ¡Cuánto ha llorado, cuando ha tenido que separarse de nosotros! Ha sembrado todo el camino con las perlas que han caído de sus ojos. El rey no ha tardado en arrepentirse de su crueldad, y ha hecho buscar á la pobre niña por todo el bosque, pero nadie ha podido encontrarla. Cuando pienso en si se le habrán comido las fieras salvajes no puedo vivir de tristeza; á veces me consuelo con la esperanza de que vive todavía y que está oculta en una caverna, ó que ha encontrado un asilo entre personas caritativas. Pero lo que me admira es que cuando he abierto vuestra caja de esmeralda encerraba una perla semejante en todo á las que caian de los ojos de mi hija, por lo que podeis imaginar cuánto

se ha conmovido á esta vista mi corazón. Es preciso que me digais cómo habeis llegado á poseer esta perla.

El conde la refirió que la había recibido de la vieja del bosque que le había parecido ser una mujer extraña y tal vez hechicera, pero que no había visto ni oído nada que tuviera relación con su hija. El rey y la reina tomaron la resolución de ir á buscar á la vieja, esperando que allí donde se había encontrado la perla hallarían también noticias de su hija.

Estaba la vieja en su soledad, sentada á la puerta junto á su rueca é hilaba. Era ya de noche, y algunas astillas que ardían en el hogar esparcían una débil claridad. De repente oyó ruido fuera: los gansos entraron del matutal á la habitación, dando el más roncoco de sus gritos. Poco después entró la jóven á su vez. Apenas la vieja la saludó y se contentó con menear un poco la cabeza. La jóven se sentó á su lado, cogió su rueca y torció el hilo con la misma ligereza que hubiera podido hacerlo la muchacha más lista. Permanecieron dos horas así sentadas sin decirse una palabra. Sintieron por último ruido junto á la ventana y vieron brillar dos ojos de fuego. Era un mochuelo que gritó tres veces ¡bu! ¡bu! La vieja, sin levantar apenas los ojos, dijo: —Ya es tiempo, hijo mío, de que salgas para hacer tu tarea.

Se levantó y salió.

¿Dónde iba? Lejos, muy lejos, al prado junto al valle. Llegó por último, orilla de una fuente, á cuyo lado se hallaban tres encinas. La luna se mostraba redonda y llena encima de la montaña, y daba tanta luz, que se podía buscar un alfiler. La niña levantó una piel que cubría su rostro, se inclinó hácia la fuente y comenzó á lavarse. Cuando hubo concluido, metió la piel en el agua de la fuente para

que blanquease y se secase á la luz de la luna. ¡Pero qué cambiada estaba la niña! Nunca se ha visto nada semejante. En cuanto desató su trenza gris, sus cabellos dorados brillaban como rayos del sol, y se estendieron como un manto sobre todo su cuerpo. Sus ojos lucían como las estrellas del cielo, y sus mejillas tenían el suave color rosado de la flor del manzano.

Pero la jóven estaba triste. Se sentó y lloró amargamente. Las lágrimas cayeron unas tras otras de sus ojos y rodaron hasta el suelo entre sus largos cabellos. Hubiera permanecido allí largo tiempo, si el ruido de algunas ramas que crugían en un árbol próximo no hubiera llegado á sus oídos. Saltó como un corzo que ha oído el disparo del cazador. La luna se hallaba velada en aquel instante por una nube sombría; la niña se cubrió en un momento con la vieja piel y desapareció como una luz apagada por el viento.

Corrió hácia la casa temblando como la hoja del álamo. La vieja estaba á la puerta de pie; la jóven quiso referirle lo que la habia sucedido, pero la vieja sonrió con cierta gracia y la dijo:

—Todo lo sé.

La condujo al cuarto y encendió algunas astillas. Pero no se sentó junto á su hija; cogió una escoba y comenzó á barrer y á sacudir el polvo.

—Todo debe estar limpio y arreglado aquí, dijo á la jóven.

—Pero madre mia, repuso esta, es muy tarde para comenzar este trabajo. ¿Á qué viene eso?

—¿Sabes la hora qué es? la preguntó la vieja.

—Aun no son las doce, repuso la jóven, pero ya han dado las once.

—No recuerdas, continuó la vieja, que hace tres años

hoy que has venido á mi casa? El plazo ha concluido, no podemos continuar mas tiempo juntas.

La jóven dijo asustada

—¡Ah' buena madre, ¿quercis echarme? ¿dónde ire? Yo no tengo amigos, ni patria, donde hallar un asilo. He hecho todo lo que habeis querido y habeis estado siempre contenta conmigo, no me echéis.

La vieja no queria decir á la niña lo que iba á suceder.

—No puedo permanecer aquí más tiempo, la dijo, pero cuando deje esta morada, es preciso que la casa y el cuarto estén limpios. No me detengas, pues, en mi trabajo. En cuanto á ti no tengas cuidado; hallarás un techo en el que podrás habitar y quedarás contenta tambien con la recompensa que te daré.

—Pero decidme lo que va á pasar, preguntó la jóven otra vez.

—Te lo repito, no me interrumpas en mi trabajo. No digas una palabra más: ve á tu cuarto, quitate la piel que cubre tu rostro, y ponte el vestido que traías cuando has venido á mi casa; despues quédate en tu cuarto hasta que yo te llame.

Pero debo volver á hablar del rey y de la reina, que habian partido con el conde para ir á buscar á la vieja á su soledad. El conde se habia separado de ellos durante la noche, y se vió obligado á continuar sólo su camino. Al dia siguiente le pareció que estaba en el buen camino, y continuó andando hasta cerca del anochecer. Entonces subió á un árbol para pasar la noche, pues, temia estraviarse. Cuando alumbró la luna el terreno, distinguió una persona que bajaba de la montaña. Llevaba una vara en la mano, por lo que conoció que era la jóven que guardaba los gaucos que habia visto en la casa de la vieja. ¡Ah' dijo, viene

hacia aquí, ya veo á una de las dos hechiceras: la otra no puede escapárseme.

Pero ¿cuál fue su asombro cuando la vió acercarse á la fuente, quitarse la piel; cuando la cubrieron sus dorados cabellos y se mostró mas hermosa que ninguna de las mujeres que habia visto en el mundo! Apenas se atrevia á respirar, pero alargaba el cuello todo lo que podia, á través del follaje, y la miraba sin volver los ojos; ya fuese que se hubiera inclinado demasiado, ó por cualquier otra causa, erugió de repente una rama, y vió á la jóven en el mismo instante oculta bajo la piel, saltó como un corzo y habiéndose ocultado la luna en aquel momento, se escapó á sus miradas.

Apenas hubo desaparecido, bajó el jóven del árbol, y se puso á perseguirla á toda prisa. No habia dado mas que algunos pasos, cuando vio entre el crepúsculo dos personas que marchaban á través de la pradera. Eran el rey y la reina que habian distinguido desde lejos una luz en la casa de la vieja y se dirigian hácia aquel lado. El conde les refirió las maravillas que habia visto cerca de la fuente y no dudaron que hablaba de su perdida hija. Avanzaron alegres y bien pronto llegaron á la casa. Los gansos estaban colocados á su alrededor, dormian con la cabeza oculta bajo las alas, y ninguno se movia. Miraron por la ventana dentro de la habitacion, y vieron á la vieja sentada é hilando con la mayor tranquilidad, inclinando la cabeza y sin mover los ojos. El cuarto estaba tan limpio como si estuviera habitado por esas pequeñas sílfides aéreas que no tienen polvo en los pies. Pero no vieron á su hija. Lo miraron todo durante algunos momentos, se animaron por último, y llamaron suavemente á la ventana.

Se hubiera dicho que los esperaba la vieja, pues se le-

vantó y les dijo con su voz rústica.—Entrad, ya sé quién sois

En cuanto entraron en el cuarto, añadió la vieja.—Hubiérais podido ahorraros ese largo camino, si no hubiérais oclhado injustamente, hace tres años, á vuestra hija, que es tan buena y tan graciosa. Nada ha perdido, poco durante tres años ha guardado gansos, en cuyo tiempo no ha aprendido nada malo y ha conservado la pureza de su corazón. Pero estas suficientemente castigados con la inquietud en que habeis vivido. Despues se acercó al cuarto, y dijo —Sal, hija mia.

Se abrió la puerta y salió la hija del rey vestida con su traje de seda, con sus cabellos dorados y sus ojos brillantes. Se hubiera dicho que descendia un ángel del cielo. Corrió hácia su padre y su madre, se lanzó á su cuello, y abrazó á todos llorando sin poder contenerse. El joven conde se halaba á su lado y cuando le vió, su rostro se puso encarnado como una rosa; ella misma ignoraba la causa. El rey dijo.—Querida hija, ya he repartado mi reino, ¿que podré darte á tí?

—¿No necesita nada, dijo la vieja; yo la doy las lágrimas que ha vertido por vosotros; son otras tantas perlas mas hermosas que las que se hallan en el mar y son de un precio mucho mayor que todo vuestro reino. Y en recompensa de sus servicios, la doy mi pequeña casa.

La vieja desapareció en cuanto dijo estas palabras. Oyeron entonces crugir ligeramente las paredes, y cuando se volvieron encontraron la pequeña casa convertida en un soberbio palacio; una mesa real se hallaba delante de los huérfedes, y los criados iban y venian alrededor.

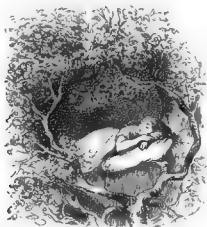
La historia continúa todavía; pero mi abuela que me la ha referido habia perdido un poco la memoria y olvidó lo

demás. Creo, sin embargo, que la hermosa hija del rey se casó con el conde; que permanecieron juntos en el palacio, y que vivieron en la mayor felicidad todo el tiempo que Dios quiso. Si los gansos blancos que se guardaban cerca de la casa eran otras tantas jóvenes (no lo echéis á mala parte) que la vieja había recogido á su lado, si tomaron figura humana y quedaron en calidad de damas al lado de la reina, no puedo decirlo aunque lo presumo. Lo cierto es que la vieja no era una hechicera, sino una buena bada que no queria mas que hacer bien. Probablemente tambien fue ella quien concedió á la hija del rey á su nacimiento el don de llorar perlas en vez de lágrimas. Esto no sucede ahora, pues entonces los pobres serian bien pronto ricos.

ROSA-CON-ESPINAS.

Hace muchos años vivia un rey y una reina, que decian todos los dias:—¡Ay, si tuviéramos un hijo! y no les nacia ninguno; pero una vez, estando la reina bañándose, saltó una rana en el agua, la cual la dijo:—Antes de un año verás cumplido tu deseo, y tendrás una hija.—No tardó en verificarse lo que habia predicho la rana, pues la reina dió á luz una niña tan hermosa, que el rey, lleno de alegría, ignoraba qué hacerse y dispuso un gran festin, al cual invitó no solo á sus parientes, amigos y conocidos, sino tambien á las hadas para que la niña fuese amable y de buenas costumbres. Habia trece hadas en su reino, pero como solo tenia doce cubiertos de oro, que son los únicos con que comen, una de ellas no podia asistir al banquete. Celebróse éste con gran magnificencia, y al terminarse, regaló á la niña cada una de las hadas un don especial; ésta la virtud, aquella la hermosura, la tercera las riquezas, y asi la concedieron todo cuanto puede desearse en el mundo; mas apenas habia hablado la undécima, entró de repente la décimatercera, deseosa de vengarse porque no la habian convidado, y sin saludar ni mirar á nadie, dijo en

alta voz:—La princesa se herirá con un huso al cumplir los quince años y quedará muerta en el acto.—Y salió de la sala sin decir otra palabra. Asustáronse todos los presentes, pero entró en seguida la duodécima que no había hecho aun su regalo; no pudiendo evitar el mal que había predicho su compañera, procuró modificarle y dijo:—La princesa no morirá, pero estará sumergida en un profundo sueño por espacio de un siglo, del cual volverá, trascurrido este tiempo.



El rey, que quería evitar á su querida hija todo género de desgracias, dió la orden de que se quemasen todos los husos de su reino; pero la jóven se hallaba adornada de todas las gracias que la habían concedido las hadas, pues era muy hermosa, amable, graciosa y entendida, de manera, que cuantos la veían, sentían hácia ella el mayor cariño. Mas al llegar el día en que cumplió los quince años, dió la casualidad de que se hallase sola en palacio por

haber salido el rey y la reina; comenzó á recorrer aquella vasta morada, deseosa de saber lo que contenia y vió una tras otra todas las habitaciones hasta que llegó á una torre muy elevada; subió una estrecha escalera y llegó á una puerta, la cual no se tardó en abrir, dejándola ver una pequeña habitación, donde se hallaba una anciana con su huso hilando con la mayor laboriosidad.

—Buenos dias, abuelita, dijo la princesa, ¿qué haces?

—Estoy hilando, contestó la anciana haciendo una cortesía con la cabeza.

—¿Qué es eso que se mueve con tanta ligereza? continuó diciendo la niña; y fué á coger el huso para ponerse á hilar, pero apenas le habia tocado, se realizó el encanto y se hirió en el dedo.

En el mismo instante en que sintió la cortadura fué á parar á su cama, donde cayó en un profundo sueño, el cual se extendió á todo el palacio. El rey y la reina, que habian entrado en aquel mismo momento se quedaron dormidos, igualmente que toda la corte; tambien se durmieron los caballos en la cuadra, los perros en el patio, las palomas en el techo, las moscas en la pared, y hasta el fuego que ardía en el fagon dejó de arder, y la comida cesó de cocer, y el cocinero y los pinches se durmieron por último, para que no quedase nadie despierto. Cesó tambien el viento y no volvió á moverse ni aun la hoja de un árbol de los alrededores del palacio.

No tardó mucho en nacer y crecer un zarzal en torno de aquel edificio, el cual fue haciéndose mas grande cada dia hasta que le cercó por completo, de manera que ni aun su techo se veía, y solo los ancianos del pais podian dar alguna noticia de la hermosa Rosa-con-espinas que se hallaba allí dormida; pues con este nombre era conocida la

princesa, y de tiempo en tiempo venian algunos príncipes que querian penetrar á través de la zarza en el palacio; mas les era imposible, pues las espinas se cerraban fuertemente, y los jóvenes quedaban cogidos por ellas, no pudiendo muchas veces soltarse, de modo que morian allí. Trascurridos muchos, muchos años, fue un príncipe á aquel pais y oyó lo que referia un anciano de aquella zarza, detrás de la cual habia un palacio, en el que dormia desde el siglo anterior una hermosa princesa, llamada Rosa-con-espinas, y con ella estaban dormidos el rey y la reina y toda la corte. Añadió ademas haber oido decir á su abuelo que muchos príncipes habian tratado ya de atravesar por el zarzal, pero que no lo habian podido conseguir, quedando en él muertos.

Entonces dijo el doncel:

—Yo no tengo miedo y he de ver á la bella Rosa-con-espinas.

El buen anciano quiso distraerle de su propósito, mas viendo no lo conseguia, le dejó entregarse á su suerte.

Pero precisamente entonces habian trascurrido los cien años y llegado el dia, en el cual debia despertar Rosa-con-espinas. Cuando se acercó el príncipe á la zarza, la halló convertida en un hermoso rosal, que abriéndose por sí mismo le dejó pasar cerrándose despues. Llegó á la cuadra y vió dormidos á los perros y caballos, miró el techo y vió á las palomas con la cabeza debajo de las alas, y cuando entró en el edificio, notó que las moscas estaban dormidas en las paredes, el cocinero se hallaba en la cocina en actitud de llanar á los pinchos, y la criada estaba cerca de un gallo que parecia dispuesto á cantar. Fue un poco más lejos y vió en un salon á toda la corte dormida, y al rey y á la reina durmiendo en su trono. Fue un poco más allá

y todo se encontraba tranquilo, sin que se oyese el menor ruido, hasta que al fin llegó á la torre y abrió la puerta del cuarto en que dormía Rosa-con-espinas. Quedóse mirándola, y era tan hermosa, que no pudo separar sus ojos de ella; se inclinó y la dió un beso, pero apenas la habian tocado sus labios, abrió los ojos Rosa-con-espinas, despertó y le miró con la mayor amabilidad. Bajaron entonces juntos y despertó el rey y la reina y toda la corte y se miraron unos á otros llenos de admiracion; despertaron los caballos en la cuadra y comenzaron á relinchar, y los perros ladraron al levantarse y las palomas que se hallaban en el techo sacaron sus cabecitas de debajo de sus alas, miraron á su alrededor y echaron á volar; las moscas se separaron de las paredes, el fuego se reanimó y se puso á chisporrotear en la cocina y se coció la comida; el cocinero dió un cachete á cada pinche, los cuales comenzaron á llorar, y la criada despertó al canto del gallo. Celebróse entonces con grande magnificencia la boda del príncipe con Rosa-con-espinas y vivieron felices hasta el fin de sus dias.

LOS MÚSICOS DE BREMA.

Un pobre labrador tenía un asno que le había servido lealmente durante muchos años, pero cuyas fuerzas se habían debilitado de manera que ya no servía para el trabajo. El amo pensó en desollarle para aprovechar la piel, pero el asno, comprendiendo que el viento soplabá de mala parte, se escapó y tomó el camino de Brema.

—Allí, dijo, podré hacerme músico de la municipalidad.

Después de haber andado por algun tiempo, encontró en el camino un perro de caza, que ladraba como un animal cansado de una larga carrera.

—¿Por qué ladras así, camarada? le dijo.

—¡Ah! contestó el perro; porque soy viejo, voy perdiendo fuerzas de día en día, y no puedo ir á caza, mi amo ha querido matarme; yo he tomado las de Villadiego; pero ¿cómo me arreglaré para buscarme la vida?

—No tengas cuidado, repuso el asno; yo voy á Brema para hacerme músico de la ciudad; ven conmigo y procura te reciban también en la banda. Yo tocaré la trompa, y tú tocarás los timbales.

El perro aceptó y continuaron juntos su camino. Un poco más adelante encontraron un gato echado en el camino.

con una cara bien triste, porque hacia tres días que estaba lloviendo.

—¿Qué tienes, viejo bigotado? le dijo el asno.

—Cuando está en peligro la cabeza, no tiene uno muy buen humor, respondió el gato; porque mi edad es algo avanzada, mis dientes están un poco gastados, y me gusta más dormir junto al hogar que correr tras los ratones, mi amo ha querido matarme, me he salvado con tiempo; pero ¿que he de hacer ahora? ¿á dónde he de ir?

—Ven con nosotros á Brema, tú entiendes muy bien la música nocturna, y te harás como nosotros músico de la municipalidad.

Agradó al gato el consejo y partió con ellos. Nuestros viajeros pasaron bien pronto por delante de un corral encima de cuya puerta habia un gallo que cantaba con todas sus fuerzas.

—¿Por qué gritas de esa manera? dijo el asno.

—Esto y anunciando el buen tiempo, contestó el gallo, y como mañana es domingo hay una gran comida en casa, y el ama sin la menor compasion ha dicho á la cocinera que me comerá con el mayor gusto con arroz, y esta noche tiene que retorcerme el pescuezo. Así he gritado con todas mis fuerzas, no sin cierta satisfaccion, viendo que respiro todavía.

—Cresta roja, dijo el asno; vente con nosotros á Brema; en cualquier parte encontrarás una cosa algo mejor que la muerte. Tú tienes buena voz, y cuando cantemos juntos, haremos un concierto admirable

Agradó al gallo la propuesta y cebaron á andar los cuatro juntos; pero no podian llegar en aquel día á la ciudad de Brema; al anochechar pararon en un bosque, donde decidieron pasar la noche. El asno y el perro se colocaron de-

bajo de un árbol muy grande; el gato y el gallo ganaron su copa, y el gallo voló todavía para colocarse en lo más elevado, donde se creía más seguro. Antes de dormirse, cuando pasaba sus miradas hácia los cuatro vientos, le pareció ver á lo lejos como una luz y dijo á sus compañeros que debía haber alguna casa cerca, pues se distinguía bastante claridad.

—Siendo así, contestó el asno, desalojemos y marchemos deprisa hácia ese lado, pues esta posada no es muy de mi gusto.

A lo cual añadió el perro.

—En efecto, no me vendrían mal algunos huesos con su poco de carne.

Se dirigieron hácia el punto de donde salía la luz; no tardaron en verla brillar y agrandarse, hasta que al fin llegaron á una casa de ladrones muy bien iluminada.

El asno, que era el mas grande de todos, se acercó á la casa y miró dentro.

—¿Qué ves, rucio? le preguntó el gallo.

—¿Que qué ves? dijo el asno. Una mesa llena de majares y botellas y alrededor los ladrones, que segun parece no se dan mal trato.

—¿Qué buen negocio seria ese para nosotros? añadió el gallo.

—De seguro, repuso el asno; ¡ah! ¡si estuviéramos dentro!

Comenzaron á idear un medio para echar de allí á los ladrones y al fin le encontraron. El asno se puso debajo, colocando sus pies delanteros encima del poyo de la ventana; el perro montó sobre la espalda del asno, el gato trepó encima del perro, y el gallo voló y se colocó encima de la cabeza del gato. Colocados de esta manera, comenzaron to-

dos su música á una señal convenida. El asno comenzó á rebuznar, el perro á ladrar, el gato á mahullar y el gallo á



cantar, despues se precipitaron por la ventana dentro del cuarto rompiendo los vidrios, que volaron en mil pedazos. Los ladrones, al oir aquel espantoso ruido, creyeron que entraba en la sala algun espectro y escaparon asustados al

bosque. Entonces los cuatro compañeros se sentaron á la mesa, se arreglaron con lo que quedaba y comieron como si debieran ayunar un mes.

Apenas hubieron concluido los cuatro instrumentistas. apagaron las luces y buscaron un sitio para descansar cada uno conforme á su gusto. El asno se acostó en el estiercol, el perro detrás de la puerta, el gato en el hogar, cerca de la ceniza caliente, el gallo en una viga, y como estaban cansados de su largo viaje, no tardaron en dormirse. Despues de media noche, cuando los ladrones vieron desde lejos que no habia luz en la casa y que todo parecia tranquilo, les dijo el capitán.

—No hemos debidõ dejarnos derrotar de esa manera.

Y mandó á uno de los suyos que fuese á ver lo que pasaba en la casa. El enviado lo halló todo tranquilo; entró en la cocina y fué á encender la luz; cogió una pajuela y como los inflamados y brillantes ojos del gato le parecian dos ascuas, acercó á ellos la pajuela para encenderla; mas como el gato no entendia de bromas, saltó á su cara y le arañó bufando. Lleno de un horrible miedo corrió nuestro hombre para huir hácia la puerta, mas el perro, que estaba echado detrás de ella, se tiró á él y le mordió una pierná; cuando pasaba por el corral al lado del estiercol, le soltó un par de coces el asno, mientras el gallo, despierto con el ruido y alerta ya, gritaba: ¡qui qui ri qui! desde lo alto de la viga.

El ladron corrió á toda prisa hácia donde estaba su capitán y le dijo:

—Hay en nuestra casa una horrorosa hechicera que me ha arañado, bufando, con sus largas uñas; junto á la puerta se halla un hombre armado de un enorme cuchillo, que me ha atravesado la pierna; se ha aposentado en el patio un mónstruo negro que me ha aporreado con los golpes de

su maza, y en lo alto del techo se ha colocado el juez que gritaba:

—¡Tráedmele aquí, tráedmele aquí, delante de mí! por lo que he creído debía huir.

Desde entonces no se atrevieron los ladrones á entrar más en la casa, y los cuatro músicos de Bremen se hallaban tan bien en ella que no quisieron abandonarla.

LA CENICIENTA

Un hombre rico tenía á su mujer muy enferma, y cuando vió que se acercaba su fin, llamó á su hija única y la dijo:—Querida hija, sé piadosa y buena, Dios te protegerá desde el cielo y yo no me apartaré de tu lado y te bendeciré.—Poco despues cerró los ojos y espiró. La niña iba todos los dias á llorar al sepulcro de su madre y continuó siendo siempre piadosa y buena. Llegó el invierno y la nieve cubrió el sepulcro con su blanco manto, llegó la primavera y el sol doró las flores del campo y el padre de la niña se casó de nuevo.

La esposa trajo dos niñas que tenían un rostro muy hermoso, pero un corazón muy duro y cruel; entonces comenzaron muy malos tiempos para la pobre huérfana. No queremos que esté ese pedazo de ganso sentada á nuestro lado, que gane el pan que coma, váyase á la cocina con la criada.—La quitaron sus vestidos buenos, la pusieron una basquiña remendada y vieja y la dieron unos zuecos.—¡Qué súpica está la orgullosa princesa!—decían riéndose, y la mandaron ir á la cocina: tenía que trabajar allí desde por la mañana hasta la noche, levantarse temprano, traer agua,

encender lumbre, coser y lavar; sus hermanas la hacían además todo el daño posible, se burlaban de ella y la vertían la comida en la lumbre, de manera que tenía que bajarse á recogerla. Por la noche cuando estaba cansada de tanto trabajar, no podía acostarse, pues no tenía cama, y la pasaba recostada al lado del hogar, y como siempre estaba llena de polvo y ceniza, la llamaban la *Cenicienta*.

Sucedió que su padre fué en una ocasión á una feria y preguntó á sus hijastras lo que querían las trajese.—Un bonito vestido,—dijo la una.—Una buena sortija,—añadió la segunda.—Y tú Cenicienta, ¿qué quieres? la dijo —Padre, traedme la primera rama que encontréis en el camino.—Compró á sus dos hijastras hermosos vestidos y sortijas adornadas de perlas y piedras preciosas, y á su regreso, al pasar por un bosque cubierto de verdor, tropezó con su sombrero en una rama de zarza, y la cortó. Cuando volvió á su casa dió á sus hijastras lo que le habían pedido y la rama á la Cenicienta, la cual se lo agradeció; corrió al sepulcro de su madre, plantó la rama en él y lloró tanto que regada por sus lágrimas, no tardó la rama en crecer y convertirse en un hermoso árbol. La Cenicienta iba tres veces todos los día á ver el árbol, lloraba y oraba y siempre iba á descansar en él un pajarillo, y cuando sentía algún dolor, en el acto la concedía el pajarillo lo que deseaba.

Celebró por entonces el rey unas grandes fiestas, que debían durar tres días, é invitó á ellas á todas las jóvenes del país para que su hijo eligiera la que mas le agradase por esposa. Cuando supieron las dos hermanastras que debían asistir á aquellas fiestas, llamaron á la Cenicienta y la dijeron.—Péñanos, límpianos los zapatos y ponles bien las hebillas, pues vamos á una boda al palacio del rey. La Ce-

ncienta las escuché llorando, pues las hubiera acompañado con mucho gusto al baile, y suplicó á su madrastra se lo permitiese.—Cencienta, la dijo: estás llena de polvo y ceniza y quieres ir á una boda? ¿No tienes vestidos ni zapatos y quieres bailar?—Pero como insistiese en sus súplicas, la dijo por último:—Se ha caído un plato de lentejas en la ceniza, si las recoges antes de dos horas, vendrás con nosotras:—La jóven salió al jardín por la puerta trasera y dijo:—Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme á recoger.

las buenas en el pochéro,
las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, y despues dos tórtolas y por último comenzaron á revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo, que acabaron por bajarse á la ceniza, y las palomas picoteaban con sus piquitos diciendo pí, pí, y los restantes pájaros comenzaron tambien á decir pí, pí, y pusieron todos los granos buenos en el plato. Aun no habia trascurrido una hora, y ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó entonces la niña llena de alegría el plato á su madrastra, creyendo que le permitiría ir á la boda, pero la dijo:—No, Cencienta, no tienes vestido y no sabes bailar, se reirian de nosotras; mas viendo que lloraba añadió:—Si puedes recoger de entre la ceniza dos platos llenos de lentejas en una hora, irás con nosotras.—Creyendo en su interior, que no podria hacerlo, vertió los dos platos de lentejas en la ceniza y se marchó, pero la jóven salió entouces al jardín por la puerta trasera y volvió á decir:—Tiernas palomas, amables tórtolas, pájaros del cielo, venid todos y ayudadme á recoger.

las buenas en el puchero,
las malas en el caldero.

Entraron por la ventana de la cocina dos palomas blancas, despues dos tórtolas, y por último comenzaron á revolotear alrededor del hogar todos los pájaros del cielo que acabaron por bajarse á la ceniza y las palomas proteaban con sus piquitos diciendo pí, pí, y los demás pájaros comenzaron á decir tambien pí, pí, y pusieron todas las lentejas buenas en el plato, y aun no habia trascunido me la hora, cuando ya estaba todo concluido y se marcharon volando. Llevó la niña llena de alegría el plato á su madrastra, creyendo la permitiria ir á la boda, pero la dijo.—Podo es inútil, no puedes venir, porque no tienes vestido y no sabes bailar; se reirian de nosotras.—La volvió entonces la espalda y se marchó con sus orgullosas hijas.

En cuanto quedó sola en casa, fue la Cenicienta al sepulcro de su madre, debajo del arbol, y comenzó á decir

Arbolito pequeño,
dáme un vestido;
que sea de oro y plata,
muy bien tejido.

El pájaro la dió entonces un vestido de oro y plata y unos zapatos bordados de plata y seda; en seguida se puso el vestido y se marchó á la boda; sus hermanas y madrastra no la conocieron, creyendo seria alguna princesa extranjera, pues les pareció muy hermosa con su vestido de oro, y ni aun se acordaban de la Cenicienta, creyendo estaria mondando lentejas sentada en el hogar. Saló á su encuentro el hijo del rey, la tomó de la mano y bailó con ella, no permitiéndola bailar con nadie, pues no la soltó de la ma-

no, y si se acercaba algun otro á invitarla, le decia:—es mi pareja.

Bailó hasta el amanecer y entonces decidió marcharse; el príncipe la dijo:—Iré contigo y te acompañaré:—pues deseaba saber quien era aquella jóven, pero ella se despidió y saltó al palomar, entonces aguardó el hijo del rey á que fuera su padre y le dijo que la doncella extranjera habia saltado al palomar. El anciano creyó, que debia ser la Cenicienta, trajeron una piqueta y un martillo para derribar el palomar, pero no habia nadie dentro, y cuando llegaron á la casa de la Cenicienta, la encontraron sentada en el hogar con sus sucios vestidos y un turbio candil ardia en la chimenea, pues la Cenicienta habia entrado y salido muy lijera en el palomar y corrido hácia el sepulcro de su madre, donde se quitó los hermosos vestidos que se llevó el pájaro y despues se fué á sentar con su basquiña gris á la cocina.

Al dia siguiente, cuando llegó la hora en que iba á principiar la fiesta y se marcharon sus padres y hermanas, corrió la Cenicienta junto al arbolito y dijo:

Arbolito pequeño,
dáme un vestido;
que sea de oro y plata
muy bien tejido.

Dióla entonces el pájaro un vestido mucho mas hermoso que el del dia anterior y cuando se presentó en la boda con aquel trago, dejó á todos admirados de su estraordinaria belleza, el príncipe que la estaba aguardando la cogió de la mano y bailó toda la noche con ella; cuando iba algun otro á invitarla, decia.—Es mi pareja.—Al amanecer manifestó deseos de marcharse, pero el hijo del rey la siguió para ver la casa en que entraba, más de pronto se metió en el jardín

de detrás de la casa. Había en él un hermoso árbol muy grande, del cual colgaban hermosas peras; la Cenicienta trepó hasta sus ramas y el príncipe no pudo saber por dónde había ido, pero aguardó hasta que vino su padre y le dijo:—La doncella extranjera se me ha escapado; me parece que ha saltado el peral.—El padre creyó que debía ser la Cenicienta; mandó traer una hacha y deribó el árbol, pero no había nadie en él, y cuando llegaron á la casa, estaba la Cenicienta sentada en el hogar, como la noche anterior, pues había saltado por el otro lado el árbol y fue corriendo al sepulcro de su madre, donde dejó al pájaro sus hermosos vestidos y tomó su basquiña gris.

Al día siguiente, cuando se marcharon sus padres y hermanas, fué también la Cenicienta al sepulcro de su madre y dijo al arbolito:

Arbolito pequeño, .
 dáme un vestido; .
 que sea de oro y plata.
 muy bien tejido.

Dióla entonces el pájaro un vestido que era mucho más hermoso y magnífico que ninguno de los anteriores, y los zapatos eran todos de oro, y cuando se presentó en la boda con aquel vestido, nadie tenía palabras para espresar su asombro; el príncipe bailó toda la noche con ella y cuando se acercaba alguno á invitarla, le decía:—Es mi pareja.

Al amanecer se empeñó en marcharse la Cenicienta, y el príncipe en acompañarla, más se escapó con tal ligereza que no pudo seguirla, pero el hijo del rey había mandado untar toda la escalera de pez y se quedó pegado en ella el zapato izquierdo de la joven; levantóle el príncipe y vió que era muy pequeño, bonito y todo de oro. Al día siguiente

te fué á ver al padre de la Cenicienta y le dijo:—He decidido sea mi esposa á la que venga bien este zapato de oro. —Alegráronse mucho las dos hermanas porque tenían los pies muy bonitos; la mayor entró con el zapato en su cuarto para probársele, su madre estaba á su lado, pero no se le



podía meter, porque sus dedos eran demasiado largos y el zapato muy pequeño; al verlo la dijo su madre alargándola un cuchillo: —Córtate los dedos, pues cuando seas reina no irás nunca á pie.—La jóven se cortó los dedos, metió el zapato en el pie, ocultó su dolor y salió á reunirse con el hijo del rey, que la subió á su caballo como si fuera su novia, y se marchó con ella, pero tenía que pasar por el lado del sepulcro de la primera mujer de su padrastro, en cuyo árbol había dos palomas, que comenzaron á decir:

No sigas mas adelante...
detente á ver un instante,

que el zapato es muy pequeño
y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, la miró los pies y vió correr la sangre; volvió su caballo, condujo á su casa la novia fingida y dijo no era la que habia pedido, que se probase el zapato la otra hermana. Entró ésta en su cuarto y se le metió bien por delante, pero el talon era demasiado grueso; entonces su madre la alargó un cuchillo y la dijo:—Cortate un pedazo del talon, pues cuando seas reina, no irás nunca á pié. — La jóven se cortó un pedazo de talon, metió un pié en el zapato, y ocultando el dolor, salió á ver al hijo del rey, que la subió en su caballo como si fuera su novia y se marchó con ella; cuando pasaron delante del árbol habia dos palomas que comenzaron á decir:

No sigas más adelante,
detente á ver un instante
que el zapato es muy pequeño,
y esa novia no es su dueño.

Se detuvo, la miró los pies, y vió correr la sangre, volvió su caballo y condujo á su casa á la novia fingida.— Tampoco es esta la que busco, dijo:—¿Teneis otra hija?— No, contestó el marido; de mi primera mujer tuve una pobre chica, á que llamamos la Cenicienta, porque está siempre en la cocina, pero esa no puede ser la novia que buscáis.—El hijo del rey insistió en verla, pero la madre le replicó:—No, no, está demasiado súa para atreverme á enseñarla.—Se empeñó sin embargo en que saliera y hubo que llamar á la Cenicienta. Se lavó primero la cara y las manos, y salió despues á presencia del príncipe que le alargó el zapato de oro; se sentó en su banco, sacó de su

pié el pesado zueco y se puso el zapato que la venia perfectamente, y cuando se levantó y la vió el príncipe la cara, reconoció á la hermosa doncella que habia bailado con él, y dijo:—Esta es mi verdadera novia.—La madrastra y las dos hermanas se pusieron pálidas de ira, pero él subió á la Cenicienta en su caballo y se marchó con ella, y cuando pasaban por delante del árbol, dijeron las dos palomas blancas:

Sigue, príncipe, sigue adelante
sin parar un solo instante,
pues ya encontraste el dueño
del zapatito pequeño.

Después de decir esto, echaron á volar y se pusieron en los hombros de la Cenicienta, una en el derecho y otra en el izquierdo.

Cuando se verificó la boda, fueron las falsas hermanas á acompañarla y tomar parte en su felicidad, y al dirigirse los novios á la iglesia, iba la mayor á la derecha y la menor á la izquierda, y las palomas que llevaba la Cenicienta en sus hombros picaron á la mayor en el ojo derecho y á la menor en el izquierdo, de modo que picaron á cada una un ojo; á su regreso se puso la mayor á la izquierda y la menor á la derecha, y las palomas picaron á cada una en el otro ojo, quedando ciegas toda su vida por su falsedad y envidia.

EL PESCADOR Y SU MUJER.

Había una vez un pescador que vivía con su mujer en una choza, á la orilla del mar. El pescador iba todos los días á echar su anzuelo, y le echaba y le echaba sin cesar.

Estaba un día sentado junto á su casa en la ribera, con la vista dirigida hácia su límpida agua, cuando de repente vió hundirse el anzuelo y bajar hasta lo mas profundo y al sacarle tenía en la punta un barbo muy grande, el cual le dijo:—Te suplico que no me quites la vida; no soy un barbo verdadero, soy un príncipe encantado; ¿de que te serviría matarme sino puedo ser de mucho regalo? échame al agua y déjame nadar.

—Ciertamente, le dijo el pescador, no tienes necesidad de hablar tanto, pues no haré tampoco otra cosa que dejar nadar á sus anchas á un barbo que sabe hablar.

Le echó al agua y el barbo se sumergió en el fondo, dejando tras sí una larga buella de sangre.

El pescador se fué á la choza con su mujer —Marido mío, le dijo, ¿no has cogido hoy nada?

—No, contestó el marido; he cogido un barbo que me ha dicho ser un príncipe encantado y le he dejado nadar lo mismo que antes.

—¿No le has pedido nada para tí? replicó la mujer.

—No, repuso el marido, ¿y qué había de pedirle?

—¡Ah! respondió la mujer; es tan triste, es tan triste vivir siempre en una choza tan sucia é infecta como ésta; hubieras debido pedirle una casa pequeñita para nosotros; vuelve y llama al barbo, dile que quisiéramos tener una casa pequeñita, pues nos la dará de seguro.

—¡Ah! dijo el marido, ¿y por qué he de volver?

—¿No le has cogido, continuó la mujer, y dejado nadar como antes? pues lo harás, vé corriendo.

El marido no hacia mucho caso; sin embargo, fué á la orilla del mar, y cuando llegó allí, la vió toda amarilla y toda verde, se acercó al agua y dijo.

Tatarira ondino, tatarira ondino,
hermoso pescado, pequeño vecino,
mi pobre Isabel grita y se enfurece,
es preciso darla lo que se merece

El barbo avanzó hácia él y le dijo.—¿Qué quieres?

—¡Ah! repuso el hombre, hace poco que te he cogido; mi mujer sostiene que hubiera debido pedirte algo. No está contenta con vivir en una choza de juncos, quisiera mejor una casa de madera.

—Puedes volver, le dijo el barbo, pues ya la tiene.

Vió el marido y su mujer no estaba ya en la choza, pero en su lugar había una casa pequeña, y su mujer estaba á la puerta sentada en un banco. Le cogió de la mano y lo dijo — Entra y mira: esto es mucho mejor.

Entraron los dos y hallaron dentro de la casa una bonita sala y una alcoba donde estaba su lecho, un comedor y una cocina con su espetera de cobre y estaño muy reluciente, y todos los demás utensilios completos. Detrás había un

patio pequeño con gallinas y patos, y un canastillo con legumbres y frutas.—¿Ves, le dijo la mujer, qué bonito es esto?

—Sí, la dijo el marido; si vivimos siempre aquí, seremos muy felices.

—Veremos lo que nos conviene, replicó la mujer.

Después comieron y se acostaron.

Continuaron así durante ocho ó quince días, pero al fin dijo la mujer.—¡Escucha, marido mío: esta casa es demasiado estrecha, y el patio y el huerto son tan pequeños!... El barbo hubiera debido en realidad darnos una casa mucho más grande. Yo quisiera vivir en un palacio de piedra, vé á buscar al barbo; es preciso que nos dé un palacio.

—¡Ah! mujer, replicó el marido, esta casa es en realidad muy buena; ¿de qué nos serviría vivir en un palacio?

—Vé, dijo la mujer, el barbo puede muy bien hacerlo.

—No, mujer, replicó el marido, el barbo acaba de darnos esta casa, no quiero volver, temeria importunarle.

—Vé, insistió la mujer, puede hacerlo y lo hará con mucho gusto, vé, te digo.

El marido sentía en el alma dar este paso, y no tenía mucha prisa, pues se decía:—No me parece bien,—pero obedeció sin embargo.

Cuando llegó cerca del mar, el agua tenía un color de violeta y azul oscuro, pareciendo próxima á hincharse; no estaba verde y amarilla como la vez primera; sin embargo, reinaba la mas completa calma. El pescador se acercó y dijo:

Tararira ondino, tararira ondino,
hermoso pescado, pequeño vecino,

mi pobre Isabel grita y se enfurece,
es preciso darla lo que se merece.

—¿Qué quiere tu mujer? dijo el barbo.

—¡Ah! contestó el marido medio turbado, quiere habitar un palacio grande de piedra.

—Vete, replicó el barbo, la encontrarás á la puerta.

Marchó el marido, creyendo volver á su morada; pero cuando se acercaba á ella, vió en su lugar un gran palacio de piedra. Su mujer, que se hallaba en lo alto de las gradas, iba á entrar dentro; le cogió de la mano y le dijo: — Entra con migo. — La siguió. Tenia el palacio un inmenso vestibulo, cuyas paredes eran de mármol; numerosos criados abrian las puertas con grande estrépito delante de sí; las paredes resplandecian con los dorados y estaban cubiertas de hermosas colgaduras; las sillas y las mesas de las habitaciones eran de oro; veíanse suspendidas de los techos millares de arañas de cristal, y habia alfombras en todas las salas y piezas; las mesas estaban cargadas de los vinos y manjares mas exquisitos, hasta el punto que parecia iban á romperse bajo su peso. Detrás del palacio habia un patio muy grande, con establos para las vacas y caballerizas para los caballos y magníficos coches; habia además un grande y hermoso jardin, adornado de las flores mas hermosas y de árboles frutales, y por último, un parque de lo menos una legua de largo, donde se veian ciervos, gamos, liebres y todo cuanto se pudiera apetecer.

—,No es muy hermoso todo esto? dijo la mujer.

—¡Oh! sí! repuso el marido; quedémonos aquí y viviremos muy contentos.

—Ya reflexionaremos, dijo la mujer, durmamos primero; y nuestras gentes se acostaron.

A la mañana siguiente despertó la mujer siendo ya muy de día y vió desde su cama la hermosa campiña que se ofrecía á su vista; el marido se estiró al despertarse; dióle ella con el codo y le dijo:

—Marido mio, levántate y mira por la ventana; ¿ves? ¿no podíamos llegar á ser reyes de todo este país? Corre á buscar al barbo y seremos reyes.

—¡Ah! mujer, repuso el marido, y porque hemos de ser reyes, yo no tengo ganas de serlo.

—Pues si tú no quieres ser rey, replicó la mujer, yo quiero ser reina. Vé á buscar al barbo, yo quiero ser reina.

—¡Ah! mujer, insistió el marido; ¿para qué quieres ser reina? Yo no quiero decirle eso.

—¿Y por qué no? dijo la mujer; vé al instante; es preciso que yo sea reina.

El marido fué, pero estaba muy apesadumbrado de que su mujer quisiese ser reina. No me parece bien, no me parece bien en realidad, pensaba para sí. No quiero ir; y fué sin embargo.

Cuando se acercó al mar, estaba de un color gris, el agua subía á borbotones desde el fondo á la superficie y tenia un olor fétido; se adelantó y dijo:

—Tararira ondino, tararira ondino,
hermoso pescado, pequeño vecino,
mi pobre Isabel grita y se enfurece;
es preciso darla lo que se merece.

—¿Y qué quiere tu mujer? dijo el barbo.

—¡Ah! contestó el marido; quiere ser reina.

—Vuelve, que ya lo es, replicó el barbo.

Partió el marido, y cuando se acercaba al palacio, vió que se habia hecho mucho mayor y tenia una torre muy

alta decorada con magníficos adornos. A la puerta habia guardias de centinela y una multitud de soldados con trompetas y timbales. Cuando entró en el edificio vió por todas partes mármol del mas puro, enriquecido con oro,



tapices de terciopelo y grandes cofres de oro macizo. Le abrieron las puertas de la sala: toda la córte se hallaba reunida y su mujer estaba sentada en un elevado trono de oro y de diamantes; llevaba en la cabeza una gran corona de oro, tenia en la mano un cetro de oro puro enriquecido de piedras preciosas, y á su lado estaban colocadas en una doble fila seis jóvenes, cuyas estaturas eran tales, que cada una la llevaba la cabeza á la otra. Se adelantó y dijo:

—¡Ah, mujer! ¿ya eres reina?

—Sí, le contestó, ya soy reina.

Se colocó delante de ella y la miró, y en cuanto la hubo contemplado por un instante, dijo:

—¡Ah, mujer! ¿qué bueno es que seas reina! Ahora no tendrás ya nada que desear.

—De ningún modo, marido mío, le contestó muy agitada; hace mucho tiempo que soy reina, quiero ser mucho más. Vé á buscar al barbo y dile que ya soy reina, pero que necesito ser emperatriz.

—¡Ah, mujer! replicó el marido; yo sé que no puedo hacerte emperatriz y no me atrevo á decirle eso.

—¡Yo soy reina, dijo la mujer, y tú eres mi marido! Vé, si ha podido hacernos reyes, también podrá hacernos emperadores. Vé, te digo.

Tuvo que marchar; pero al alejarse se hallaba turbado y se decía á sí mismo. No me parece bien. ¿Emperador? Es pedir demasiado y el barbo se cansará.

Pensando esto vió que el agua estaba negra y hervía á borbotones, la espuma subía á la superficie y el viento la levantaba soplando con violencia, se estremoció, pero se acercó y dijo.

Tararira ondino, tararira ondino,
hermoso pescado, pequeño vecino,
mi pobre Isabel grita y se enfurece,
es preciso darle lo que se merece.

—¿Y qué quiere? dijo el barbo.

—¡Ah, barbo! le contestó; mi mujer quiere llegar á ser emperatriz.

—Vuélve, dijo el barbo; lo es desde este instante.

Volvió el marido, y cuando estuvo de regreso, todo el palacio era de mármol pulimentado, enriquecido con estatuas de alabastro y adornado con oro. Delante de la puerta había muchas legiones de soldados, que tocaban trompetas, timbales y tambores; en el interior del palacio los

barones y los condes y los duques iban y venian en caldad de simples criados, y le abrian las puertas, que eran de oro macizo. En cuanto entró, vio á su mujer sentada en un trono de oro de una sola pieza y de mas de mil pies de alto, llevaba una enorme corona de oro de cinco codos, guarnecida de brillantes y carbunelos; en una mano tenia el cetro y en la otra el globo imperial, á un lado estaban sus guardias en dos filas, mas pequeños unos que otros; además habia gigantes enormes de cien pies de altos y pequeños enanos que no eran mayores que el dedo pulgar.

Delante de ella habia de pie una multitud de príncipes y de duques: el marido avanzó por en medio de ellos, y la dijo:

—Mujer, ya eres emperatriz.

—Sí, le contestó, ya soy emperatriz.

Entonces se puso delante de ella y comenzó á mirarla y le parecia que veía al sol. En cuanto la hubo contemplado así un momento:

—, Ab, mujer, la dijo, qué buena cosa es ser emperatriz!

Pero permanecia tiesa, muy tiesa y no decia palabra.

Al fin exclamó el marido

—, Mujer, ya estarás contenta, ya eres emperatriz!
¿Qué más puedes desear?

—Veamos, contestó la mujer.

Fueron en seguida á acostarse, pero ella no estaba contenta; la ambicion la impedía dormir y pensaba siempre en ser todavía más.

El marido durmió profundamente; habia andado todo el dia, pero la mujer no pudo descansar un momento; se volvia de un lado á otro durante toda la noche, pensando siempre en ser todavía más, y no encontrando nada por

qué decidirse. Sin embargo, comenzó á amanecer, y cuando percibió la aurora, se incorporó un poco y miró hácia la luz, y al ver entrar por su ventana los rayos del sol...

—¡Ah! pensó; ¿por qué no he de poder mandar salir al sol y á la luna? Marido mío, dijo empujándole con el codo, ¡despiértate, vé á buscar al barbo; quiero ser semejante á Dios!

El marido estaba dormido todavía, pero se asustó de tal manera, que se cayó de la cama. Creyendo que habia oído ma., se frotó los ojos y preguntó:

—¡Ah, mujer! ¿Qué dices?

—Marido mío, si no puedo mandar salir al sol y á la luna, y si es preciso que los vea salir sin órden mía, no podré descansar y no tendré una hora de tranquilidad, pues estaré siempre pensando en que no los puedo mandar salir.

Y al decir esto le miró con un ceño tan horrible, que sintió bañarse todo su cuerpo de un sudor frio.

—Vé al instante, quiero ser semejante á Dios.

—¡Ah, mujer! dijo el marido arrojándose á sus pies; el barbo no puede hacer eso; ha podido muy bien hacerte reina y emperatriz, pero, te lo suplico, conténtate con ser emperatriz.

Entonces echó á llorar; sus cabellos volaron en desórden alrededor de su cabeza, despedazó su cinturón y dió á su marido un puntapié gritando.

—No puedo, no quiero contentarme con esto; marcha al instante.

El marido se vistió rápidamente y echó á correr como un insensato.

Pero la tempestad se habia desencadenado y rugia furiosa; las casas y los árboles se movian; pedazos de roca rodaban

ban por el mar, y el cielo estaba negro como la pez; tronaba, relampagueaba y el mar levantaba olas negras tan altas como campanarios y montañas, y todas llevaban en su cima una corona blanca de espuma. Púsose á gritar, pues apenas podia oirse él mismo sus propias palabras:

Tararira ondino, tararira ondino,
hermoso pescado, pequeño vecino,
mi pobre Isabel grita y se enfurece,
es preciso darla, lo que se merece.

—¿Qué quieres tú, amigo? dijo el barbo.

—¡Ah, contestó, quiere ser semejante á Dios!

—Vuelve y la encontrarás en la choza.

Y á estas horas viven allí todavía.

LOS DOS COMPAÑEROS DE VIAJE.

Las montañas no se encuentran nunca, pero los hombres se encuentran, y con mucha frecuencia los buenos con los malos. Un zapatero y un sastre se encontraron frente á frente en sus viajes ó correrías por su país. El sastre era un hombre bajito, muy alegre y de muy buen humor. Vió venir hácia él al zapatero, y conociendo su oficio por el paquete que llevaba debajo del brazo, se puso á cantar una canción barlesca:

Procura que tus puntadas
queden bien aseguradas;
poco á poco estira el hilo
porque no queden en vilo.

Peró el zapatero, que no entendía de chanzas, puso una cara como si hubiera bebido vinagre parecía que iba á saltar encima del sastre. Por fortuna, nuestro hombre le dejó, riendo y presentándole su calabaza:

—Vamos, eso era una broma; echa un trago para apagar la bilis.

El zapatero bebió un trago, y el aire de su rostro cambió

un poco en la apariencia. Devolvió la calabaza al sastre, diciéndole.

—No me he querido negar á vuestra invitacion he bebido por la sed presente y por la sed futura. ¿Queréis que viajemos juntos?

—Con mucho gusto, dijo el sastre, siempre que vayamos á alguna gran ciudad, donde no falte trabajo.

—Esa es mi intencion, dijo el zapatero; en los lugares pequeños no hay nada que hacer las gentes van con los pies descalzos.

Y comenzaron á caminar juntos á pie, como los perros del rey.

Ambos tenían más tiempo que perder que dinero que gastar. En todas las ciudades donde entraban, visitaban á los maestros de sus oficios, y, como el sastrecillo era un muchacho muy guapo y de muy buen humor, le daban trabajo con mucho gusto, y aun á veces la hija del maestro le daba además algun que otro apretón de manos por detrás de la puerta. Cuando volvía á reunirse con su compañero, su bolsa era siempre la más repleta. Entonces el zapatero, gruñendo siempre, se ponía aun más feo, refunfuñando por lo bajo:

—Sólo los pícaros tienen fortuna.

Pero el sastre no hacía más que reírse, y repartía todo lo que tenía con su compañero. En cuanto oía sonar metal en su bolsillo se hacía servir de lo mejor, y manifestando con gestos su alegría, hacía saltar los vasos encima de la mesa. Por él podía muy bien decirse: pronto «ganado, pero aun más pronto gastado.»

Después de haber viajado durante algun tiempo, llegaron á un espeso bosque, por el que atravesaba el camino de la capital del reino. Había que elegir entre dos sendas, por

la una se tardaba en llegar siete días, por la otra dos solamente; pero ninguno de los dos sabía cuál era la más corta. Se sentaron bajo una encina y trataron del camino que debían tomar y la cantidad de pan que convenía llevar. El zapatero dijo:

—Siempre se debe tomar el mayor número de precauciones posibles, compraré pan para siete días.

—¿A qué viene, dijo el sastre, llevar, en la espalda pan para siete días: como una bestia de carga? Yo tengo confianza en Dios, y nada me da cuidado. El dinero que llevo en el bolsillo vale tanto en verano como en invierno, pero cuando hace calor el pan se seca y enmohece. Mi casaca no pasa de la corva: yo no tomo tantas precauciones. Y además, ¿por qué no hemos de dar con el camino mejor? Basta con pan para dos días?

Cada uno hizo sus provisiones, y se pusieron en camino á la ventura.

En el bosque, reinaba la misma calma y tranquilidad que en una iglesia. No se oía ni el sople del viento; ni el murmullo de los arroyos, ni el cántico de los pájaros, ni la espesura del follaje detenía los rayos del sol. El zapatero no hablaba una palabra, encorvado bajo la carga del pan, que hacía correr el sudor por su negro y sombrío rostro. El sastre, por el contrario, se hallaba de muy buen humor, corría por todas partes, silbando, cantando algunas cancióncillas, y decía:

—Dios en su paraíso debe ser feliz al verme tan alegre.

Pasaron así los dos primeros días; pero al tercero, como no veían el fin de su camino, el sastre, que había consumido todo su pan, vió desvanecerse toda su alegría; sin embargo, sin perder el ánimo, se encomendó á su buena ventura y á la misericordia de Dios. Por la noche se acostó

bajo un árbol, con hambre, y se levantó al día siguiente sin que se le hubiera quitado. Lo mismo sucedió al cuarto día, y mientras comía el zapatero, sentado en el tronco de un árbol caído, el pobre sastre no tenía otro recurso que mirarle como lo hacía. Le pidió un bocado de pan, pero el otro le respondió sonriendo:



—A tí que estás siempre tan alegre no te viene mal conocer un poco la desgracia. Los pájaros que cantan por la mañana caen en las garras del gavilán por la tarde.

En una palabra, no le tuvo lástima.

En la mañana del quinto día, el pobre sastre no tenía ya

fuerzas para levantarse. Apenas podía pronunciar una palabra en su desmayo: tenía las mejillas pálidas y los ojos encarnados. El zapatero le dijo.—Te daré un pedazo de pan, pero á condición de que he de sacarte el ojo derecho.

El desgraciado, obligado á aceptar este horrible contrato, para conservar la vida, lloró con los dos ojos por última vez, y se ofreció á su verdugo, que le sacó el ojo derecho con la punta de su cuchillo. El sastre recordó entonces lo que acostumbraba á decirle su madre cuando era niño y le daba azotes por haberle cogido quitándola alguna golosina:—Se debe comer todo lo que se puede, pero también se debe sufrir todo lo que no se puede impedir.

En cuanto hubo comido aquel pan que tan caro le costaba, se puso en pie y se consoló de su desgracia, pensando que vería bastante bien con un solo ojo. Pero al sexto día le volvió el hambre, y se sintió enteramente desfallecido. Cayó por la noche al pie de un árbol, y al día siguiente por la mañana le impidió levantarse la debilidad. Sentía acercarse la muerte. El zapatero le dijo;—Tengo compasión de tí, y te voy á dar otro pedazo de pan, pero en cambio te sacare el ojo que te queda.

El pobre hombre pensó entonces en su ligereza, que era la causa de todo esto; pidió perdón á Dios, y dijo:—Haz lo que quieras, yo sufriré todo lo que sea necesario. Pero piensa que si Dios no castiga siempre en el acto, llegará sin embargo un instante en que pagues el mal que me haces sin haberlo merecido. En los días de prosperidad he repartido contigo lo que tenía. Necesito los ojos para trabajar cuando carezca de ellos, no podré coser ya y tendré que pedir limosna. A lo menos, cuando esté ciego, no me dejes aquí solo, pues me moriría de hambre.

El zapatero, que no tenia temor de Dios, cogió su cuchillo y le sacó el ojo izquierdo; despues le dió un pedazo de pan, y haciéndolo agarrarse á la punta de un palo, se le llevó detrás de sí.

Al ponerse el sol, llegaron al extremo del bosque, donde habia una horca. El zapatero condujo á su ciego compañero hasta el pie del cadalso, y dejándolo allí continuó solo su camino. El desgraciado se durmió, anonadado de fatiga, de dolor y de hambre, y pasó toda la noche en un profundo sueño. Se despertó al amanecer sin saber dónde estaba. En la horca se hallaban colgados dos pobres pecadores con dos cuervos sobre sus cabezas. El primer ahorcado comenzó á decir:—¿Duermes, hermano?

—Estoy despierto, respondió el otro.

—¿Sabes, respondió el primero, que el rocío que ha caido esta noche de la horca, encima de nosotros, daria la vista á los ciegos que se bañasen con él los ojos? Si lo supieran, recobraría la vista mas de uno que cree haberla perdido para siempre.

El sastre, al oir esto tomó su pañuelo, lo frotó en la yerba hasta que estuvo bien mojado con el rocío, y se humedeció las vacías cavidades de sus ojos. En seguida se realizó lo que habia predicho el ahorcado, y sus órbitas se llenaron con dos ojos vivos y perspicaces. No tardó el sastre en ver salir el sol por detrás de las montañas. Delante de él se extendia en la llanura la gran capital, con sus puertas magníficas y sus cien campanarios coronados de brillantes cruces. Podia ya contar las ojas de los árboles, seguir el vuelo de los pájaros y la danza de los moscas. Sacó una aguja de su bolsillo y probó á cuhebrarla viendo que lo conseguia, su corazon se llenó de regocijo. Se puso de rodillas para dar gracias á Dios por su misericordia y ha-

cer la oracion de la mañana, y sin olvidar á aquellos pobres pecadores colgados en la horca y traqueteados por el viento, como badajos de campana. Desechando sus disgustos, cogió su paquete bajo el brazo y se puso en camino, cantando y silbando.

El primer sér que encontró fue un potro castaño, que pacia en libertad en un prado. Le cogió por la crin, é iba á montarlo para dirigirse á la ciudad. Pero el potro le suplicó que le dejase —Soy todavfa demasiado jóven, añadió; es verdad que tú no eres mas que un sastrucillo, ligero como una pluma, pero aun asi me romperias los lomos; déjame comer hasta que sea mas fuerte. Quizá venga tiempo en que pueda recompensarte.

—Márchate, respondió el sastro; asi como asi, veo que no sirves mas que para saltar.

Y le dió con la palma de la mano encima de la grupa. El potro se puso á dar vueltas de alegría, y á lanzarse á través de los campos, saltando por encima de los setos y los fijos.

Sin embargo, el sastre no habia comido desde el dia anterior.—Mis ojos, se decia, han vuelto á ver la luz, pero mi estómago no ha vuelto á ver el pan. La primera cosa que encuentre que pueda comer, la trasladaré á él.

Al mismo tiempo vió una cigüeña que se adelantaba con la mayor gravedad por el prado.—Detente, la gritó cogiéndola por una pata; ignoro si tu carne es buena para comer, pero el hambre no me deja dudar en la eleccion; voy á cortarte la cabeza y acarte.

—Guárdate bien de hacerlo, dijo la cigüeña; soy un pájaro sagrado, útil á los hombres, y nadie me ha hecho nunca daño. Déjame la vida y quizá otra vez pueda servirte de algo.

—Pues bien, dijo el sastre: echa á correr, comadre de los largos pies.

La cigüeña echó á volar, y se elevó tranquilamente en los aires, dejando colgar sus patas.

—¿En qué va á parar todo esto? se dijo el sastre; mi hambre no disminuye y mi estómago me atormenta. Ahora sí que es perdido el primer ser que encuentre á mano.

En el mismo instante vió dos pequeños patos que nadaban en un estanque.—Llegan á propósito—pienso para sí; y cogiendo uno iba á retorcerle el cuello.

Pero una ánade vieja, que estaba oculta entre las cañas, corrió hácia él con el pico abierto, y le suplicó llorando que dejase á sus hijuelos.—Piensa, le dijo; en el dolor dó tu madre si te dieran el golpe de muerte.

—No tengas cuidado, respondió el buen hombre,—no le tocaré.—Y echó al agua el pato que habia cogido.

Al volver vió un árbol muy grande, medio hueco, á cuyo alrededor volaban abejas salvajes —Héme aquí recompensado de mi buena accion, se dijo, voy á regalarme con miel.—Pero saliendo del árbol, le declaró la reina de las abejas, que, si tocaba á su pueblo y á su nido, seria al instante herido de mil picaduras; que, si por el contrario, las dejaba en paz, las abejas podrian serle útiles más tarde.

El sastre comprendió pronto que nada podia esperar por aquel lado.—Tres platos vacíos y usada en el cuarto,—se decía á sí mismo,—es una comida sin ningún regalo.

Se arrastró ostenuado por el hambre, hasta la ciudad, pero como entró al dar el medio día, en las posadas estaba preparada la comida, y no habia mas que ponerse á la mesa. En cuanto concluyó corrió la ciudad para buscar trabajo, y le encontró bien pronto con buenas condiciones.

Como sabia bien su oficio, no tardó en darse á conocer, y todos querian tener un vestido nuevo, hecho de su mano. Su fama crecia de dia en dia, y el rey, por último, le nombró sastro de la corte.

Pero, ¡cuántas vueltas da el mundo! En el mismo dia, su antiguo camarada 'el zapatero, fue nombrado zapatero de la corte. Cuando vió al sastro con sus dos buenos ojos, se turbó su conciencia.—Antes que piense en vengarse de mí, se dijo, tengo que tenderle algun lazo.

Pero con frecuencia se tienden lazos á los demás para caer en ellos uno mismo. Por la noche, concluido su trabajo, fué á palacio en secreto, y dijo al rey.—Señor, el sastro es un hombre muy orgulloso: se ha alabado de que encontraria la corona de oro que habeis perdido tanto tiempo hace.

—Me alegraría mucho; dijo el rey.—Y al dia siguiente llamó al sastro á su presencia y le mandó traerle la corona ó salir para siempre de la ciudad.

—¡Ah! dijo el sastro; sólo los bribones prometen lo que no pueden cumplir! Ya que este rey tiene la obstinacion de exigir de mí lo que no puede hecer ningun hombre, no esperaré su amenaza: voy á marcharme ahora mismo.

Hizo su maleta, pero al salir por la puerta sentia disgusto de alejarse de una ciudad en que todo le habia salido bien. Pasó por delante del estanque donde habia hecho amistad con los patos; la ánade vieja, á que habia dejado sus hijuelos, estaba de pié á la orilla, arreglándose las plumas con el pico. Le conoció en seguida y le preguntó á dónde iba tan triste.

—No lo estrañarás cuando sepas lo que me ha sucedido, respondió el sastro.—Y la contó su situacion.

—¡No es mas que eso! dijo el ánade, nosotros podemos

ayudarte. La corona se halla precisamente en el fondo de este estanque. Dentro de un instante le tendrás en la orilla: extiende tu pañuelo para recibirla.

Se hundió en el agua con sus doce hijuelos, y al cabo de cinco minutos estaba de vuelta y nadaba en medio de la corona que sostenía con sus alas, mientras que sus hijuelos, colocados alrededor, le ayudaban á llevarla con su pico. Llegaron á la orilla y dejaron la corona en el pañuelo. No podéis figuraros lo hermosa que era: brillaba, al sol como un millon de carbunclos. El sastre la envolvió en su pañuelo y la llevó al rey, que, en su alegría le puso una cadena de oro alrededor del cuello.

Cuando vió el zapatero que había errado el golpe, recurrió á otro expediente y fué á decir al rey:

—Señor, el sastre ha vuelto á caer en su orgullo: se alaba de poder reproducir en cera vuestro palacio, con todo lo que contiene por dentro y por fuera, con muebles y demás.

El rey hizo venir al sastre, y le mandó reproducir en cera su palacio, con todo lo que contenía por dentro y fuera, los muebles y demás, advirtiéndole, que si no lo hacía ó si se olvidaba un sólo clavo de una pared, le enviaria á concluir sus días á un calabozo subterráneo.

El pobre sastre se dijo

—Esto si que va de mal en peor, me piden una cosa imposible.

Hizo su maleta y salió de la ciudad.

Cuando llegó al pie del árbol hueco, se sentó bajando la cabeza. Las abejas volaban á su alrededor; la reina le preguntó, viéndole con la cabeza tan baja, si le dolía.

—No, dijo, no es esa mi enfermedad.

Y le refirió lo que le había mandado el rey.

Las abejas se pusieron, primero á zumbiar entre sí, y la reina le dijo.

—Vuelve á tu casa; y ven mañana á estas horas con una servilleta grande y lo tendrás todo arreglado.

Volvió á su casa; pero las abejas volaron al palacio y entraron por la ventanas abiertas para reconocerlo todo y examinar todas las cosas en sus más pequeños detalles y, apresurándose á volver á su colmena, construyeron un palacio de cera que no se podía ver sin llenarse de admiración. Todo estaba dispuesto por la noche, y cuando volvió el sastre al día siguiente halló esperándole el soberbio edificio, blanco como la nieve y exhalando un dulce olor de miel, sin que faltase un clavo en las paredes ni una teja en el techo. El sastre lo envolvió con cuidado en la servilleta, y se lo llevó al rey, que no podía volver de su asombro. Hizo colocar la obra maestra en la sala principal de su palacio, y recompensó al sastre con el regalo de una casa grande de piedra.

Aun no se dió por vencido el zapatero. Fué por tercera vez á buscar al rey, y le dijo:

—Señor, ha llegado á oídos del sastre que siempre se ha intentado en vano abrir un pozo en el patio de vuestro palacio, y se ha alabado de hacer saltar un cañon de agua más alto que un hombre y más claro que el cristal.

El rey hizo llamar al sastre y le dijo

—Si mañana no hay en mi patio un juego de agua, tal como el de que tú te has alabado, mi verdugo te cortará la cabeza en ese mismo patio.

El desgraciado sastre ganó sin más tardanza las puertas de la ciudad, y como en esta ocasion se trataba de su vida, las lágrimas le corrían á lo largo de las mejillas. Caminaba tristemente, cuando se encontró al lado del pozo á que

habia concedido libertad, y que era ya un hermoso caballo-castaño.

—Ha llegado el instante, le dijo, en que puedo manifestarte mi reconocimiento. Conozco tu situacion, pero te sacaré de ella; monta encima de mí, ahora puedo llevar dos como tú sin dificultad ninguna.

El sastre recobró su valor, saltó en el caballo, que galopó en seguida hácia la ciudad y entró en el patio del palacio. Dió tres vueltas al galope, tan rápido como el relámpago, y á la tercera se detuvo de repente; al mismo tiempo se oyó un espantoso ruido: un terron de tierra saltó como una bomba por encima del palacio, y saltó al mismo tiempo un juego de agua tan alto como un hombre á caballo y tan puro como el cristal. Los rayos del sol jugaban en él brillando. El rey, viendo esto, se llenó de asombro y estrechó al sastre entre sus brazos.

Mas nuestro hombre no estuvo en paz por mucho tiempo. El rey tenia muchas hijas, más hermosas las unas que las otras, pero ningun hijo. El malvado zapatero se dirigió por cuarta vez al rey, y le dijo:

—Señor, el sastre es más orgulloso cada dia. Ahora se alaba de que si quiere hará que os venga un hijo por lo alto de los aires.

El rey mandó venir al sastre y le dijo que si le traia un hijo dentro de ocho dias le daria su hija mayor en matrimonio.

—La recompensa es buena, se decia el sastrecillo: con ella puede quedar cualquiera contento; pero las cerezas están demasiado altas; si subo al árbol se romperán las ramas y caeré al suelo.

Fué á su casa, y se sentó, con las piernas cruzadas sobre su banco, para reflexionar lo que debia hacer.

Es imposible, exclamó al fin; tengo que marcharme, aquí no hay descanso para mí.

Hizo su maleta, y se apresuró á salir de la ciudad.

Al pasar por el prado vió á su viuja amiga la cigüeña, que se paseaba á lo largo y á lo ancho, como un filósofo, y que se detenía de tiempo en tiempo para observar algunas ranas que acababa por zamparse. Salíó á su encuentro para saludarle.

—¿Dónde vas con el saco á la espalda? le dijo; ¿dejas ya la ciudad?

El sastre le refirió el compromiso en que le habia puesto el rey, y se quejó amargamente de su suerte.

—No te incomodes por tan poca cosa, le contestó; yo te sacaré adelante; yo he llevado ya muchos niños, y puedo muy bien, en una ocasion como esta llevar un principito. Vuolve á tu tienda y estate quieto. De hoy en tres dias, si vas al palacio del rey, me hallarás á tu lado.

El sastrecillo se volvió á su casa, y en el dia convenido se dirigió á palacio. Un instante despues llegó la cigüeña con rápido vuelo y llamó á la ventana. La abrió el sastre, y la comadre de largos pies entró con precaucion y se adelantó gravemente por el pavimento de mármol. Llevaba en el pieo un niño tan hermoso como un ángel que tendia sus manecitas hácia la reina; se le puso encima de las rodillas, y la reina se puso á besarle y á estrecharle contra su corazon, en muestra de su alegría.

Antes de marcharse, la cigüeña cogió su saco de viaje que llevaba á la espalda y le presentó á la reina. Se hallaba lleno de encuruchos de bombones de todos colores, que fueron distribuidos á las princesitas. La mayor no tomó ninguno, porque era demasiado grande, pero la dieron por marido á nuestro sastrecillo.

—Puedo decir, pensaba el sastre, que me ha caído el premio grande de la lotería. Mi madre tenía razón cuando decía que, con fe en Dios y fortuna, se sale bien en todo.

El zapatero se vió obligado á hacer los zapatos que sirvieron al sastre para el baile de boda. Después le echaron de la ciudad, prohibiéndole entrar nunca en ella. Tomó el camino del bosque, y al pasar por delante de la horca, anegado por el calor, la cólera y los colos, se echó al lado de los palos. Pero cuando iba á dormirse, los dos cuervos que se hallaban encima de las cabezas de los ahorcados, se lanzaron sobre él dando grandes gritos y le sacaron los ojos. Corrió como un insensato á través del bosque, y debe haber muerto de hambre, pues desde entonces nadie le ha visto, ni tenido noticia de él.

DIOS TE SOCORRA



Habia una vez dos hermanas, una de las cuales era rica y sin hijos y la otra viuda con cinco niños y tan pobre que carecia de pan para ella y su familia. Obligada por la ne-

cesidad fué á buscar á su hermana y la dijo:—Mis hijos se mueren de hambre, tú eres rica, dame un pedazo de pan.—Pero la rica que tenia un corazon de piedra, la contestó:—No hay pan en casa,—y la despidió con dureza.

Algunas horas despues volvió á su casa el marido de la hermana rica, y cuando comenzaba á partir el pan para comer, se admiró de ver que iban saliendo gotas de sangre conforme le iba partiendo. Su mujer asustada le refirió todo lo que habia pasado. Se apresuró á ir á socorrer á la pobre viuda y la llevó toda la comida que tenia preparada. Cuando salió para volver á su casa, oyó un ruido muy grande y vió una nube de humo y fuego que subia hácia el cielo. Era que ardia su casa. Perdió todas sus riquezas en el incendio, su cruel mujer lanzando gritos de rabia decia:—Nos moriremos de hambre.

—Dios socorré á los pobres,—la respondió su buena hermana, que corrió á su lado.

La que habia sido rica, hubo de mendigar á su vez; pero nadie tuvo compasion de ella. Su hermana olvidando su crueldad, repartia con ella las limosnas que recibia. (Traducido del original.)

EL SEÑOR SÁBELO-TODO.

El señor Sábelo-todo era un hombre bajo y delgado y tan trabajador, que no daba un sólo instante al descanso. Su rostro pálido y lleno de hoyos de viruelas no presentaba mas desigualdad que una nariz ancha y arremangada; sus cabellos eran grises y tiesos, sus ojos lanzaban siempre chispas á derecha é izquierda. Todo lo notaba, todo lo criticaba, todo lo sabia mejor que nadie, y siempre tenia razon. Cuando iba por las calles agitaba sus brazos con tanta violencia, que un dia tropezó en un cántaro que llevaba una jóven en la cabeza y le hizo saltar en el aire, de modo que llenó de agua á todos los que pasaban.

—Tontuela, le dijo, ¿no habias visto que iba yo á pasar á tu lado?

Era zapatero y cuando trabajaba, tiraba del cáñamo con tanta fuerza, que daba grandes puffetazos á todos los que se le acercaban. Ningun oficial podia estar más de un mes en su casa, porque siempre tenia que criticar aún del trabajo mejor hecho. Ya eran desiguales los puntos de la costera, ya un zapato más largo ó un tacón más alto que el otro.

—Espera, decia al aprendiz; voy á enseñarte cómo se

suaviza la piel.—Y le administraba dos latigazos en la espalda con el tirapié.

Llamaba á todos perezosos, sin embargo de que él no trabajaba gran cosa, pues no estaba dos minutos parado en un mismo sitio.

Si se levantaba temprano su mujer, encendía la lumbre, alzaba la cama y corría con los pies desnudos á la cocina.

—¿Quieres quemar la casa? la gritaba. Con esa lumbre hay para asar una vaca, ¡cualquiera diría que no cuesta nada el carbon.

Si cuando las muchachas se ponían á lavar, reían juntas alrededor de la artesa, y se contaban las novedades que sabían, lo tomaba con mucha formalidad y las decía riñéndolas.

—Ya habéis comenzado á chismorrear. Con vuestra charlatanería olvidáis vuestra obligacion. ¡Malas pécoras! Bien podéis apretar las manos y callar las lenguas.

Y dirigiéndose encolerizado hácia ellas, tropezó con una caldera de legía é inundó toda la cocina.

Labraban una casa nueva enfrente de la que él habitaba y desde su ventana inspeccionaba la obra.

—Émplean una madera que no se secará nunca, decía, no gozarán de mucha salud los vecinos de esa casa. mirad como ponen los albañiles las piedras de lado. la argamasa no vale nada, es de casquijo y no de piedra como debe ser. Viviré lo suficiente para ver caerse esa casa encima de los que estén dentro.

Después de dar otras dos puntadas en su zapato, se levantaba otra vez de repente y se quitaba con la mayor precipitacion su delantal de cuero, diciendo:

—Voy á decirles lo que tienen que hacer.

Y dirigiéndose á los carpinteros

—¿Qué estais haciendo? continuaba. ¿No veis que no tiene aplomo ninguna de esas maderas? ¿Creeis que sostendrán esas vigas? Todo eso caerá cuando menos se piense.

Va á quitar el hacha de mano de un carpintero para enseñarle lo que debe hacer; pero acierta á pasar entonces por allí un carro cargado de tierra y tira el hacha para correr tras el carretero.

—Estás loco, le grita, ¿dónde tienes los sentidos para uncir esos potros á un carro tan cargado? Los pobres animales van á reventar en seguida.

No le contesta el carretero y el señor Sábelo-todo vuelve á su tienda muy incomodado.

Cuando va á sentarse, un aprendiz le presenta un zapato.

—¿Qué es eso? le grita; ¿no te he prohibido cortar los zapatos tan bajos? ¿quién ha de comprar semejante calzado? ¡No tiene más que suela! Quiero que mis órdenes se ejecuten al pie de la letra.

—Es indudable que tiene usted razon, señor maestro, le responde el aprendiz; este zapato no vale nada, pero es el que usted mismo acaba de cortar; le ha dejado caer cuando se levantó y no le he tocado mas que para cogerle del suelo. Pero un ángel del cielo no conseguiria darle gusto á usted.

Sábelo-todo soñó una noche que se había muerto y que se hallaba en el camino del Paraiso. Al llegar á la puerta llamó y abrió San Pedro para ver quién era el que llamaba.

—¡Ah! ¿sois vos? le dijo; podeis entrar, señor Sábelo-todo, pero os advierto que no critiqueis nada de lo que veais en el cielo, pues de lo contrario os puede suceder alguna desgracia.

—Muy bien hubiérais podido escusaros esa advertencia, le contestó Sábelo-todo; pues conozco á lo que obligan las conveniencias, y á Dios gracias todo es perfecto aquí, muy al contrario de lo que pasa en la tierra.



Entró pues y se puso á recorrer los vastos espacios del cielo. Miraba por todas partes á derecha é izquierda, pero no podia dejar de levantar la cabeza y de gruñir de tiempo en tiempo aunque entre dientes. Vió un dia dos ángeles que llevaban una larga viga de madera; era un madero que habia tenido un hombre en el ojo, mientras buscaba

una paja en el de su vecino. Pero los ángeles, en vez de llevarle á lo largo, le llevaban á lo ancho.

—¿Se ha visto nunca una torpeza semejante? pensó Sábalo-todo para sí.

Sin embargo, calló y se serenó diciendo:

—En realidad lo mismo da llevar el poste derecho delante de uno, ó que se lleve de lado, siempre que se lleve sin dificultad, y por cierto que no tropiezan en ninguna parte.

Más lejos vió dos ángeles que sacaban agua en un cubo agujereado, la que se salía por todos lados. Así formaban la lluvia para regar la tierra.

—¡Con diez mil diablos! exclamó.

Mas por fortuna se contuvo creyendo que estarían probablemente jugando.

—Para distraerse, se dijo á sí mismo, se pueden hacer muchas cosas inútiles, sobre todo aquí donde veo que reina la pereza en grado superlativo.

Más lejos todavía, vió un carro atravesado en un bache muy profundo.

—No es extraño, dijo al hombre que estaba junto al carro; ¡está tan mal cargado! ¿Qué lleváis ahí?

—Buenos pensamientos. No he podido sacarlos á salvo; pero por fortuna he podido subir hasta aquí mi carro y no me dejarán en el atoladero.

No tardó en efecto en llegar un ángel que enganchó dos caballos delante del carro.

—Muy bien, dijo Sábalo-todo; pero dos caballos no bastan: se necesitan por lo menos cuatro.

Llegó otro ángel con otros dos caballos; pero en vez de engancharlos también por delante los enganchó por detrás. Esto era ya demasiado para el señor Sábalo-todo.

—¡Diantre! exclamó, ¿que significa eso? Desde que el mundo es mundo no se ha visto nunca enganchar así. Mas en su ciego orgullo creen saberlo todo mejor que los demás.

Iba á continuar, pero uno de los habitantes del cielo le cogió por el cuello y le lanzó en el aire con una fuerza irresistible. Aun pudo, sin embargo, distinguir á través de la puerta, que el carro era arrebatado en los aires por los caballos alados.

En aquel momento despertó Sábalo-todo.

—El cielo, se decía, no se diferencia en nada de la tierra, y hay cosas que parecen malas y son buenas en el fondo. Pero á pesar de todo, ¿quién puede ver con sangre fría enganchar los caballos á los dos lados opuestos de un carro? Tenian alas, es verdad, mas no lo habia visto en un principio, y de todas maneras, ¿no es una locura poner dos alas á unos caballos que tienen ya cuatro pies? Pero tengo que levantarme, pues de otro modo todo estaria aquí patas arriba. Verdaderamente es una felicidad que no me haya muerto todavía.

JUAN EN LA PROSPERIDAD.

Juan, despues de haber estado siete años en casa de su macstro, le dijo un dia :

—Maestro, ha terminado el tiempo de nuestro contrato; quiero volver á casa de mi madre, dadme, si os place, lo que he ganadó.

Su maestro le contestó :

—Me has servido bien y lealmente; tu recompensa será buena.

Y le dió un saco lleno de oro; tan grande como su cabeza.

Juan sacó el pañuelo de su bolsillo, hizo el mismo uso de él que si fuera una cuerda, y colocando el saco en sus hombros al extremo de un palo, se puso en camino para ir en busca de su madre.

Mientras caminaba así, siempre un pie tras otro, vió un hombre que trotaba alegremente en su vigoroso caballo.

—¡Ah! se dijo Juan á sí mismo en alta voz; ¡qué cosa tan buena es ir á caballo! Va uno como sentado en una silla, no tropieza en las piedras del camino, ahorra zapatos y anda sabe Dios cuánto.

El ginete, que le había oído, se detuvo y dijo:
—Y entonces, Juan, ¿por qué vas á pie?



—Porque no puedo pasar por otro punto, le contestó; llevo este saco á mi madre; es verdad que va lleno de oro, mas no por eso pesa menos en mis espaldas.

—Si quieres, cambiaremos, le dijo el ginete; te daré mi caballo y tú me darás tu saco.

—Con mucho gusto, contestó Juan; pero ireis muy cargado, os lo advierto.

Bajó el ginete, y despues de haber tomado el oro, ayudó á Juan á montar á caballo y le puso la brida en la mano, diciendo:

—Cuando quieras ahora ir de prisa, no tienes mas que decir: ¡arre! ¡arre!

Juan no cabia en sí de gozo cuando se vió á caballo. Pasado un momento, tuvo ganas de ir mas de prisa, y comenzó á gritar. ¡arre! ¡arre! El caballo se lanzó en seguida al galope, y antes de tener tiempo de asegurarse en la silla, fue arrojado Juan al suelo, en un foso al lado del camino. El caballo hubiera continuado corriendo si no le hubiera detenido un aldeano que venia en sentido opuesto, llevando una vaca delante; Juan, de muy mal humor, se levantó como pudo y dijo al labriego.

—Es una cosa muy triste el ir á caballo, en particular cuando tiene uno que habérselas con un animal tan malo como éste, que le tira al suelo, con esposicion de romperle la cabeza. Dios me libre de volver á montar mas en él. Al menos con una vaca como la vuestra se va tranquilamente detrás de ella, y tiene uno además leche, manteca y queso todos los dias. ¿Qué no daria yo por poseer una vaca como esa?

—Ya que os agrada tanto, dijo el labriego, cambiad mi vaca por vuestro caballo.

Juan se hallaba en el colmo de la alegría. El labriego montó á caballo y se alejó con rapidex.

Juan comenzó á acceer tranquilamente su vaca, contento con el cambio que habia hecho, pues pensaba entre sí:

—Con solo tener un pedazo de pan, nada me puede fal-

lar, pues siempre tendré manteca y queso para que le hagan compañía. Si tengo sed, ordeño mi vaca y bebo leche. ¿Qué más puedo desear?

Detúvose en la primera posada que encontró, y consumió alegremente todas las provisiones que había tomado para el camino. Con los dos maravedises que le quedaban, se bebió un vaso de cerveza y continuó su viaje arreando su vaca. Acercábase en tanto el medio día, el calor era sofocante, y Juan se encontró en un erial que tenía mas de una legua de largo. Sentía tanto calor que la sed le pegaba la lengua al paladar.

—Este mal tiene remedio, pensó para sí; voy á ordeñar mi vaca y á refrescarme con un vaso de leche.

Ató la vaca á un árbol seco, y á falta de otra cosa, cogió su sombrero, mas por mucho que apretaba con la punta de los dedos, no sacaba ni una gota de leche; para colmo de la desgracia, como hacia muy mal la operación, el animal, impaciente, le dió una coz en la cabeza y le derribó al suelo, donde permaneció por largo rato.

Por fortuna le levantó un cortador que acertó á pasar por allí cargado con un cerdo, Juan le refirió lo que había pasado.

El carnicero le dió á beber un trago, diciéndole:

—Bebe esto para tomar fuerzas; esa vaca no te dará nunca leche; es muy vieja y sólo sirve para uncirla á una carreta ó llevarla al matadero.

Juan se arrancó los cabellos de desesperacion.

—,Quién lo hubiera sabido! exclamaba. Cierto que el que la mate puede comérsela; pero á mí no me gusta la carne de vaca, no sabe á nada. Si fuera un cerdito como el vuestro, sería mucho mejor, aun prescindiendo de las morcillas

—Escucha, Juan, le dijo el carnicero: si quieres, por complacerte, cambiaré mi cerdo por tu vaca.

—Dios os premie vuestra buena accion, contestó Juan, y dió su vaca al carnicero. Poniendo éste su cerdo en el suelo, dió á Juan en la mano la cuerda con que lo llevaba atado.

Juan continuó su camino, pensando en su buena estrella; tenia á su dificultad y en seguida estaba vencida; en esta situacion encontró á un jóven que llevaba debajo del brazo un hermoso ganso blanco. Se saludaron y Juan comenzó á referir sus aventuras y los buenos cambios que habia hecho. El jóven le contó á su vez que llevaba aquel ganso para celebrar un bautizo.

—Mirad, le dijo cogiéndole por las alas; ¡mirad qué peso! Es verdad que le han estado cebando dos meses seguidos; al que coma de este ganso le correrá la grass por los dos lados de la boca.

—Sí, dijo Juan, pesa bastante; pero mi cerdo tiene tambien su mérito.

El jóven comenzó entonces á menear la cabeza, mirando con precaucion á todos lados.

—Escuchad, le dijo, el cambio de ese cerdo podria dar márgen á otro mucho peor para vos, en la aldea por donde acabo de pasar han robado en este mismo momento uno del corral del alcalde; mucho me temo que sea el mismo que llevais. Han enviado emisarios á recorrer los caminos, y seria una desgracia muy grande para vos si os cogiesen con ese animal; lo mejor que os pudiera suceder seria que os metieran en un calabozo.

—¡Ay, Dios mío! contestó el pobre Juan, que comenzaba á temblar de miedo; ¡tened compasion de mí! Si me quisierais hacer un favor, cambiariais mi cerdo por vuestro pato.

—Mucho arriesgar es, repuso el muchacho, pero lo haré porque no os suceda nada y me echéis á mí la culpa.

Y cogiendo la cuerda se llevó con prontitud el cerdo por un camino estraviado, mientras que el honrado Juan, libre de inquietud, marchaba con su pato debajo del brazo.

—Reflexionándolo bien, se decía á sí mismo, no he dejado de ganar en este cambio, pues además de un buen asado, tendré grasa lo menos para tres meses, y además, con todas estas plumas blancas puedo hacerme una almohada en la que dormire sin necesidad de que me mezcan. ¡Qué alegre va á ponerse mi madre!

Al pasar por la última aldea antes de llegar á su casa, vió á un afilador que daba vueltas á su rueda cantando.

Aunque soy afilador, no tengo igual;
da vueltas, rueda, que el sol es tu rival.

Juan se detuvo á mirarle y concluyó por decirle:

—Estais muy alegre á lo que veo; parece que os va bien en el oficio.

—Sí, contestó el afilador, es un oficio de oro. Un buen afilador es hombre á quien sobra siempre dinero en el bolsillo. Pero ¿dónde habeis comprado ese hermoso ganso?

—No lo he comprado, lo he obtenido en cambio de un cerdo.

—¿Y el cerdo?

—Se ha cambiado por una vaca.

—¿Y la vaca?

—Se ha cambiado por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Lo he cambiado por un saco de oro tan grande como mi cabeza.

—¿Y el oro?

—Era el salario que habia ganado en siete años.

—Veo, dijo el afilador, que os habeis arregiado siempre á las mil maravillas. Ahora solo os falta encontrar un medio de tener siempre la bolsa llena y ya sois feliz.

—Pero, ¿cómo encontrarle?

—Hacedos afilador como yo. Para ello, sólo necesitais una piedra de afilar, lo demás se consigue con el tiempo. Yo tengo una un poco descantillada, es verdad, pero os la daré de balde por vuestro pato ¿Aceptais?

—No hay que hablar mas palabras, contestó Juan, soy el hombre mas feliz de la tierra. Al diablo los cuidados teniendo siempre la bolsa llena.

Cogió la piedra y dió su ganso en cambio.

—Tomad, le dijo el afilador, presentándole un guijarro muy grande que se hallaba á sus pies: os regalo además esa otra piedra que es muy buena; se puede golpear con ella todo lo que se quiera, y os servirá para enderezar los clavos viejos. Llévala con cuidado.

Juan cargó con el guijarro y se fué con el corazon lleno de alegría y los ojos bailándole en la cara.

—A fé mia, exclamó, he debido nacer de pató; consigo todo lo que quiero, ni mas ni menos que si hubiera venido al mundo en domingo.

Pero como estaba de pie desde el amanecer, comenzó á sentirse cansado. Tambien comenzaba á atormentarle el hambre, pues su alegría, cuando adquirió la vaca, le hizo consumir todas sus provisiones de una vez. Andaba con mucho trabajo y parándose á cada paso. La piedra y el guijarro le pesaban horriblemente: no pudo menos de pensar que seria mucho mas feliz, si no tuviera que llevar nada encima. Se acercó como pudo á un charco que se hallaba próximo, para descansar y beber un trago de agua, y por no hacerse daño con las piedras al sentarse, las colocó

á su lado junto á la laguna echándose despues de bracas comenzó á beber, mas sin querer tropezó en las piedras que rodaron hasta llegar al fondo. Al verlas desaparecer, dió un salto de alegría, y con las lágrimas en los ojos agradeció á Dios haberle librado de aquella carga tan incómoda, sin que fuese culpa suya.

—No hay bajo el sol, dijo, un hombre mas afortunado que yo.

Y sin carga ninguna, con el corason mas ligero que las piernas, continuó su camino hasta casa de su madre.

EL HOMBRE DE LA PIEL DE OSO.

Un jóven se alistó en el ejército y se portó con mucho valor, siendo siempre el primero en todas las batallas. Todo fue bien durante la guerra, pero en cuanto se hizo la paz, recibió la licencia y órden para marcharse donde le diera la gana. Habian muerto sus padres y no tenia casa, suplicó á sus hermanos que le admitiesen en la suya hasta que volviese á comenzar la guerra; pero tenian el corazon muy duro y le respondieron que no podian hacer nada por él, que no servia para nada y que debía salir adelante como mejor pudiese. El pobre diablo no poseia mas que su fusil, se lo echó á la espalda y se marchó á la ventura.

Llegó á un desierto muy grande, en el que no se veia mas que un círculo de árboles. Se sentó allí á la sombra, pensando con tristeza en su suerte.

—No tengo dinero, no he aprendido ningun officio; mientras ha habido guerra he podido servir al rey, pero ahora que se ha hecho la paz no sirvo para nada; segun voy viendo tengo que morir de hambre.

Al mismo tiempo oyó ruido y levantando los ojos, distinguió delante de sí á un desconocido vestido de verde con

un traje muy lujoso, pero con un horrible pie de caballo.

—Sé lo que necesitas, le dijo el extraño, que es dinero; tendrás tanto como puedas desear, pero antes necesito saber si tienes miedo, pues no doy nada á los cobardes.

—Soldado y cobarde, respondió el jóven, son dos palabras que no se han hermanado nunca. Puedes someterme á la prueba que quieras.

—Pues bien, repuso el forastero, mira detrás de tí.

El soldado se volvió y vió un enorme oso que iba á lanzarse sobre él dando horribles gruñidos.

—¡Ah! ¡ah! exclamó, voy á romperte las narices y á quitarte la gana de gruñir; y echándose el fusil á la cara, le dió un balazo en las narices y el oso cayó muerto en el acto.

—Veo, dijo el forastero, que no te falta valor, pero debes llenar además otras condiciones.

—Nada me detiene, replicó el soldado, que vea bien con quién tenia que habérselas, siempre que no se comprometa mi salvacion eterna.

—Tú juzgarás por tí mismo, le respondió el hombre. Durante siete años no debes lavarte ni peinarte la barba ni el pelo, ni cortarte las uñas, ni rezar. Voy á darte un vestido y una capa que llevarás durante todo este tiempo. Si mueres en este intervalo me perteneces á mí, pero si vives mas de los siete años, serás libre y rico para toda tu vida.

El soldado pensó en la gran miseria á que se veia reducido; él que habia desafiado tantas veces la muerte, podia muy bien arriesgarse una vez mas. Aceptó. El diablo se quitó su vestido verde y se le dió diciéndole:

—Mientras lleves puesto este vestido, siempre que metas la mano en el bolsillo sacarás un puñado de oro

Después quitó la piel al oso y añadió:

—Esta será tu capa y también tu cama, pues no debes tener ninguna otra, y á causa de este vestido te llamarán *Piel de Oso*.

El diablo desapareció en seguida.

El soldado se puso su vestido y metiendo la mano en el bolsillo, vió que el diablo no le habia engañado. Se endosó también la *piel de oso* y se puso á correr el mundo dándose buena vida y no careciendo de nada de lo que hace engordar á las gentes y enflaquecer al bolsillo. El primer año tenia una figura pasadera, pero al segundo tenia todo el aire de un monstruo. Los cabellos le cubrían la cara casi por completo, la barba se habia mezclado con ellos, y se hallaba su rostro tan lleno de cicuo, que si hubieran sembrado yerba en él hubiese nacido de seguro. Todo el mundo huía de él, sin embargo, como socorria á todos los pobres pidiéndoles rogasen á Dios porque no muriese en los siete años, y como hablaba como un hombre de bien, siempre hallaba buena acogida.

Al cuarto año entró en una posada, cuyo dueño no queria recibirle ni aun en la caballeriza, por temor de que no asustase á los caballos. Pero cuando *Piel de Oso* sacó un puñado de duros de su bolsillo, se dejó ganar el patrón y le dió un coarto en la parte trasera del patio á condicion de que no se dejaria ver para que no perdiese su reputacion el establecimiento.

Una noche estaba sentado *Piel de Oso* en su cuarto, deseando de todo corazon la conclusion de los siete años, cuando oyó llorar en el cuarto inmediato. Como tenia buen corazon, abrió la puerta y vió á un anciano que sollozaba con la cabeza entre las manos. Pero viendo entrar á *Piel de Oso*, el hombre asustado quiso huir. Mas se tranquilizó por

último oyendo una voz humana que le hablaba, y *Piel de Oso* concluyó, á fuerza de palabras amistosas, por hacerle referir la causa de su disgusto. Habia perdido todos sus bienes y estaba reducido con sus hijas á tal miseria que no podia pagar al huésped y le iban á poner preso.

—Si no tenéis otro cuidado, le dijo *Piel de Oso*, yo poseo dinero bastante para sacaros de vuestro apuro.—Y mandando venir al posadero le pagó, y dió además á aquel desgraciado una fuerte suma para sus necesidades.

El anciano, viéndose salvado, no sabia cómo manifestar su reconocimiento.

—Ven conmigo, le dijo; mis hijas son modelos de hermosura, elegirás una por mujer y no se negará en cuanto sepa lo que acabas de hacer por mí. Tu aire es en verdad un poco extraño, pero una mujer te reformará bien pronto.

Piel de Oso consintió en acompañar al anciano, mas cuando la hija mayor vió su horrible rostro, echó á correr asustada dando gritos de espanto. La segunda le miró á pie firme y despues de haberle contemplado de arriba abajo, dijo:

—¿Cómo aceptar un marido que no tiene figura humana? Preferiria el oso afeitado que ví un dia en la feria, y que estaba vestido de hombre con una pelliza de húsar y sus guantes blancos. Al menos no era mas que feo y podia una acostumbrarse á él.

Pero la menor dijo:

—Querido padre, debe ser un hombre muy honrado, puesto que nos ha socorrido, le habeis prometido una mujer y es preciso hacer honor á vuestra palabra.—Por desgracia el rostro de *Piel de Oso* estaba cubierto de pelo y de barro, pues si no se hubiera podido ver brillar la alegría

que rebotó en su corazón al oír estas palabras. Quitó un anillo de su dedo, le partió en dos y dió la mitad á su prometida, recomendándola le guardase ínterin él conservaba



la otra. En la mitad que la dió inscribió su propio nombre, y el de la jóven en la que guardó para sí. Despues se despidió de ella, diciendo:

—Os dejo hasta dentro de tres años, si vuelvo nos casaremos, pero si no vuelvo es que he muerto y entonces seréis libre.

Pedid á Dios que me conserve la vida.

La pobre jóven estaba siempre triste desde aquel dia y se la saltaban las lágrimas cuando se acordaba de su futuro marido. Sus hermanas, por su parte, la dirigian las chanzas más groseras.

—Ten cuidado, la decia la mayor, cuando le des la mano, no te desuelle con su pata.

—Desconfia de él, la decia la segunda; los osos son aficionados á la carne blanca; si le gusta te comerá.

—Tendrás que hacer siempre su voluntad, añadia la mayor, pues de otro modo no te faltarán gruñidos.

—Pero, añadia la segunda, el baile de la boda será alegre; los osos bailan mucho y bien.

La pobre jóven dejaba hablar á sus hermanas sin incomodarse. En cuanto al hombre de la *Piel de Oso*, andaba siempre por el mundo haciendo todo el bien que podia y dando generosamente á los pobres para que pidiesen por él.

Cuando llegó al fin el último dia de los siete años, volvió al desierto y se puso en la plazuela de árboles. Se levantó un aire muy fuerte, y no tardó en presentarse el diablo de muy mal humor; dió al soldado sus vestidos viejos y le pidió el suyo verde.

—Espera, dijo *Piel de Oso*, es preciso que me limpies antes.

El diablo se vió obligado, bien á pesar suyo, á ir á buscar agua y lavarle, peinarle el pelo y cortarle las uñas. El jóven tomó el aire de un bravo soldado mucho mejor mozo de lo que era antes.

Piel de Oso se sintió aliviado de un gran peso cuando

partió el diablo sin atormentarle de ningún otro modo. Volvió á la ciudad, y se puso un magnífico vestido de terciopelo, y subiendo á un coche tirado por cuatro caballos blancos, se hizo conducir á casa de su prometida. Nadie lo conoció; el padre le tomó por un oficial superior y le condujo al cuarto donde se hallaban sus hijas. Las dos mayores le hicieron sentar á su lado, le sirvieron una excelente comida, y declarando que no habían visto nunca un caballero tan buen mozo. En cuanto á su prometida, estaba sentada en frente de él con su vestido negro, los ojos bajos y sin decir una sola palabra.

El padre le preguntó, por último, si quería casarse con alguna de sus hijas, y las dos mayores corrieron á su cuarto para vestirse, pensando cada una de ellas que sería la preferida.

El forastero se quedó solo con su prometida, sacó la mitad del anillo que llevaba en el bolsillo y le echó en un vaso de vino que la ofreció.

Cuando se puso á beber y distinguió aquel fragmento en el fondo del vaso, se estremeció su corazón de alegría.

Cogió la otra mitad que llevaba colgada al cuello y la acercó á la primera, uniéndose ambas exactamente.

Entonces él le dijo:

—Soy tu prometido, el que has visto bajo una piel de oso; ahora, por la gracia de Dios, he recobrado la figura humana y estoy purificado de mis pecados.

Y tomándola en sus brazos, la estrechaba en ellos cariñosamente en el momento mismo en que entraban sus dos hermanas con sus magníficos trajes; pero cuando vieron que aquel joven tan buen mozo era para su hermana y que era el hombre de la piel de oso, se marcharon llenas de des-

gusto y cólera: la primera se tiró á un pozo y la segunda se colgó de un árbol.

Por la noche llamaron á la puerta, y yendo á abrir el marido, vió al diablo con su vestido verde que le dijo:

—No he sabido mal; he perdido un alma pero he ganado dos.

JUANITA Y JUANITO.

En medio de un espeso bosque habia un antiguo castillo habitado únicamente por una anciana, la cual era hechicera, por el dia se convertia en gato ó ave nocturna, más por la noche volvia á tomar su forma humana. Cogia caza y pájaros, los mataba, los cocia y se los comia; si se acercaba alguien á cien pasos de su castillo, se quedaba parado en el sitio por donde se habia acercado; del cual no se podia mover, hasta que ella se lo permitia; si era una doncella la que entraba en aquel círculo, la convertia en pájaro, la encerraba en una jáula y la llevaba á una habitacion del castillo donde habia llegado á reunir unas setecientas jáulas de este género.

Habia por entonces una doncella, llamada Juanita, que era mucho mas hermosa que todas las doncellas de su edad, la cual se hallaba prometida á un jóven, tambien muy buen mozo, llamado Juanito; hallábanse próximos á contraer matrimonio y no tenian mas placer que estar juntos, y para poder hablar con mas confianza, iban al bosque á pasearse.

—Guárdato, la decia Juanito, de acercarte mucho al castillo.

Pero una hermosa tarde, cuando el sol iluminaba la verde yerba del bosque á través de las copas de los árboles, y las tórtolas espresaban sus quejas en animados gorjeos, Juanita se puso á escucharlas y comenzó á llorar y al verla Juanito echó á llorar tambien. Estaban tan turbados co-



mo si se hallaran próximos á la muerte; miraron á su alrededor, se habian perdido é ignoraban por dónde debian volver á su casa. El sol estaba ocultándose detrás de la montaña; Juanito miró á través de los árboles y vió que se hallaban próximos á las viejas paredes del castillo, se asustó y quedó pálido y desfallecido. Juanita comenzó á cantar:

Pajarillo, pajarillo,
el del dorado collar;

¿qué cantas, qué cantas, díme?
 cantas, cantas tu pesar
 ¿Qué canta mi palomita,
 qué cantas, dímelo tú,
 cantas acaso su muerte?
 Cántala tú, sí, tú, sí, tú.

Juanito miró á Juanita, la cual se habia convertido en un ruiseñor, que cantaba, sí, tú, sí, tú. Un ave nocturna de brillantes ojos voló tres veces alrededor de ella, y gritó tambien tres veces: ¡hu, hu, hu! Juanito no podia moverse, estaba como petrificado, no podia llorar, ni hablar, ni menear mano ni pié. Acababa de ponerse el sol, voló el ave á un arbusto y á poco salió de detrás de él una vieja pálida y flaca; con grandes ojos colorados, nariz aplastada y retorcida por la punta, que la llegaba hasta la barba. Murmuró algunas palabras, llamó al ruiseñor y le cogió con la mano.

Juanito no podia hablar, ni moverse del sitio donde se hallaba, el ruiseñor desapareció. Volvió luego la mujer y dijo con voz ronca:

—Yo te saludo, la luna ha aparecido en el cielo, estás libre; sea en buen hora.

Y Juanito quedó en libertad.

Arrojóse entonces á los pies de aquella mujer, y le suplicó le permitiese llevarse á su Juanita, mas ella le dijo que no lo conseguira jamás, y se marchó. La llamó, lloró, se lamentó, todo fue en vano.

—Oh, qué va á ser de mí!

Juanito echó á andar hasta que llegó á una aldea lejana, donde guardó ovejas por mucho tiempo. Con frecuencia iba á dar una vuelta alrededor del castillo, pero nunca se

acercaba; al fin soñó una noche que se había encontrado una rosa de color de sangre, en cuyo centro había una perla muy grande; cogió la rosa, se marchó al castillo, y todo lo que tocaba con ella quedaba desencantado; también soñó haber vuelto á reunirse con su Juanita. Cuando despertó por la mañana comenzó á buscar por las montañas y valles para ver si encontraba una rosa como con la que había soñado, la buscó nueve días seguidos y una mañana halló una rosa de color de sangre; en su centro había una gota de rocío tan grande como una hermosa perla. Dirigióse al castillo con su rosa, no se quedó petrificado y pudo seguir andando hasta llegar á la puerta.

Juanito se puso muy alegre, tocó las puertas con la flor y se abrieron; entró y se detuvo en el patio para escuchar dónde se oía el canto de los pájaros, hasta que le oyó al fin; se dirigió hácia aquel punto y se encontró en un salón en el cual se hallaba la hechicera rodeada de siete mil jaulas de pájaros.

Cuando vió á Juanito se encolerizó mucho, gritó, y le arrojó hiel y veneno, pero no pudo acercarse á dos pasos de él, que no quiso retroceder, y siguió recorriendo las jaulas llenas de pájaros, pero contenían muchos centenares de runseñores; ¿cómo encontrar á su Juanita?

Hallándose en esto, se acercó la vieja á hurtadillas á una jaula que tenía un pájaro al cual abrió la puerta, fué corriendo, tocó á la jaula con la flor y también á la vieja, que desde entonces no podía encantar ya á nadie, y se encontró al lado de Juanita, que se arrojó á su cuello mucho mas hermosa que lo había estado nunca.

Volvió antes de marcharse á todos los pájaros á su primitivo sér de doucellas y se fué con su Juanita á su casa, donde vivieron por mucho tiempo felices y contentos.

EL JÓVEN GIGANTE.

Un labrador tenia un hijo tan grande como el dedo pulgar. Nunca crecia, y en muchos años su estatura no se aumentó ni en un solo dedo. Un dia que iba su padre á trabajar al campo, le dijo el pequeñillo :

—Padre, quiero ir contigo.

—¿Venir conmigo? dijo el padre; ¡quédate ahí! Fuera de casa no servirias más que para incomodar, y ademas podrias perderte.

Pero el enano echó á llorar, y por tener paz, se le metió su padre en el bolsillo y le llevó consigo. En cuanto llegó á la tierra que iba á arar, le sentó en un surco recién abierto.

Estando allí se apareció un gigante muy grande que venia del otro lado de las montañas :

—Mira, el coco, le dijo su padre, que queria meter miedo á su hijo para que fuera mas obediente; viene á cogerte. Pero el gigante, que habia oido esto, llegó en dos pasos al surco, cogió al enanito y se le llevó sin decir una palabra. El padre, mudo de asombro, no tuvo fuerzas ni aun para dar un grito. Creyó perdido á su hijo, y no esperó volverle á ver más.

El gigante se le llevó á su casa, y le crió por sí mismo, y el enanito tomó de repente una gran estatura, creció y



llegó á ser parecido á un gigante. Al cabo de dos años el gigante fué con él al bosque, y para probarle, le dijo:

—Cógeme una varilla.

El muchacho era ya tan fuerte, que arrancó de la tierra

un arbolito con raíces. Pero el gigante se propuso que creciera todavía más, y llevándosele consigo, le crió todavía durante otros dos años. Al cabo de este tiempo, habían aumentado de tal modo sus fuerzas, que arrancaba de la tierra un árbol, aunque fuera muy viejo. Pero esto no era suficiente para el gigante; le crió todavía durante otros dos años, al cabo de los cuales fué con él al bosque, y le dijo:

—Cógeme un palo de un tamaño regular.

El jóven arrancó de la tierra la encina mayor del bosque, que dio un horrible estallido, no siendo este esfuerzo mas que un juego para él

—Está bien, dijo el gigante, ya ha concluido tu educación.—Y le llevó á la tierra donde le habia cogido.

Ha.lábase ocupado en labrar su padre, cuando se acercó á él el jóven gigante y le dijo.

—Ya estoy aquí, padre mio, y hecho todo un hombre.

El labrador, asustado, exclamó

—No, tú no eres mi hijo, yo no te quiero, márchate.

—Sí, yo soy vuestro hijo. Dejadme trabajar en lugar vuestro. Yo araré tan bien y mejor que vos

—No, no, tú no eres mi hijo, y tú no sabes arar; márchate.

Pero, como tenia miedo al coloso, dejó el arado y se puso á alguna distancia. Entouces, el joven, cogiendo su instrumento con una sola mano, se apoyó encima con tal fuerza, que la reja se hundió profundamente en la tierra. El labrador no pudo dejar de gritarle.

—Si quieres arar, no debes profundizar tanto, pues te saldrá muy mal el trabajo

El jóven desenganchó entonces los caballos y se engancho al arado, diciendo á su padre.

—Id á casa, y decid á mi madre que me prepare una comida abundante; entro tanto acabaré de arar esta tierra.

El labrador fue á su casa y se lo dijo todo á su mujer.

En cuanto al jóven gigante, aró toda la tierra, que tendría muy bien dos fanegas, por sí solo, y en seguida la rastrelló arrastrando dos rastrillos á la vez. Cuando hubo concluido fué al bosque, arracó dos encinas que se echó al hombro, y colgando en la una los dos rastrillos, y en la otra los dos caballos, lo llevó todo á casa de sus padres con la misma facilidad que si fuera una psja.

Cuando entró en el patio, su madre, que no le conocia, exclamó:

—¿Quién es ese horrible gigante?

—Es nuestro hijo, dijo el labrador.

—No, dijo ella, no es nuestro hijo; nuestro hijo ha muerto ya. Nosotros no hemos tenido nunca ninguno tan grande el nuestro era muy pequeño.

Y dirigiéndose á él:

—Márchate, lo gritó; nosotros no te queremos.

El jóven no la contestó.

Llevó los caballos á la cuadra, les dió heno y avena y los cuidó perfectamente. Despues, cuando hubo concluido, entró en el cuarto, y sentándose en el hanco:

—Madre, dijo, tengo hambre, ¿está pronta la comida?

—Sí, respondió, y puso delante de él dos platos muy grandes, llenos hasta arriba, y que hubieran bastado para comer ella y su marido durante ocho dias.

El joven se comió todo; en segunda preguntó si había algo más.

—No; eso es todo lo que tenemos.

—Eso apenas ha bastado para abrirme el apetito; necesito otra cosa.

La madre no se atrevió á negarse. puso á la lumbre una marmita muy grande, llena de tocino y se le dió en cuanto estuvo cocido.

—Vamos, dijo, ahora ya se puede tomar un bocado.

Y se lo tragó todo sin que se le quitase el hambre.

Entonces dijo á su padre:

—Veo que en casa no hay lo que necesito para comer. Búscadme una barra de hierro, bastante fuerte, que no se rompa encima de mi rodilla y me iré á correr el mundo.

El labrador estaba admirado. Enganchó los dos caballos al carro y trajo de la fragua una barra de hierro tan grande y tan gruesa que apenas podían arrastrarla los dos caballos.

El jóven la cogió y la rompió en su rodilla como una paja; tiró los pedazos á un lado. El padre enganchó cuatro caballos, y trajo otra barra de hierro, mucho mas grande y fuerte que la primera. Pero su hijo la rompió tambien encima de la rodilla, diciendo: Esta tampoco vale nada, tráedme otra mas fuerte. El padre enganchó por último ocho caballos y trajo una que apenas podían arrastrarla todos ellos. En cuanto la cogió el hijo en su mano, rompió un poco de una punta; y dijo á su padre. Ahora veo que no podeis procurarme una barra de hierro como la que necesito. Me marcho de vuestra casa.

Para correr el mundo se hizo herrero. Llegó á una ciudad donde habia un herrero muy avaro que no daba nunca nada á nadie y queria guardárselo todo para él solo. Se presentó en la fragua y le pidió trabajo. El maestro se admiró de ver un jóven tan vigoroso, y contó con que daria buenos martillazos y ganaria bien su dinero. ¿Cuánto quieres de jornal? le preguntó.

—Nada, respondió el otro, pero cada quincena cuando

pagues á los demás quiero darte dos puñetazos, que quedarás obligado á recibir.

El avaro quedó muy satisfecho del contrato, que le ahorcaba mucho dinero. Al día siguiente el oficial forastero fué el que dió el primer martillazo cuando el maestro llevó la barra de hierro, ardiendo; la dió tal golpe, que el hierro se rompió, y saltó, y el yunque se hundió tan profundamente en el suelo que no pudieron volverle á sacar. El maestro, incomodado, le dijo: No sirves para el oficio, porque pagas muy fuerte; ¿qué quieres que te dé por ese martillazo que has pagado?

—No quiero mas que darte un puntillazo: uno solo

Y le dió tal puntillazo, que le hizo saltar por encima de cuatro carros de heno. Despues buscó la barra de hierro mas gruesa que pudo hallar en la fragua, y cogéndola como un baston, continuó su camino.

Un poco mas lejos llegó á una granja, y preguntó á su dueño si necesitaba algun criado

—Sí le respondi, necesito uno. Tú me pareces un muchacho muy vigoroso y que sabes ya tu obligacion. Pero ¿cuanto quieres de salario?

Le respondi que no queria salario y se contentaba con darle todos los años tres trómpis, que se obligaria á recibir. El extranjero se alegró mucho de este contrato porque era tambien muy avaricioso.

Al día siguiente habia que ir á buscar madera al bosque, los otros criados estaban ya de pie, pero nuestro jóven se saltaba aun en la cama. Uno de ellos le gritó:

—Levántate, que ya es hora, vamos al bosque y es preciso que vengas con nosotros.

—Id delante, le contestó bruscamente, yo estaré de vuelta mucho antes que vosotros.

Los otros fueron á buscar al amo y le dijeron que el cristo nuevo estaba todavia acostado y no queria ir con ellos al bosque. El amo les dijo que fueran á despertarle otra vez y le dieron órden de enganchar los caballos. Pero nuestro hombre les volvió á responder: Id delante, que yo estaré de vuelta antes que vosotros.

Todavía estuvo acostado dos horas: al cabo de este tiempo se levantó y despues de haber cogido dos fanegas de guisantes y hacerse un buen cocido que comió tranquilamente engancho los caballos para conducir la carreta al bosque. Para llegar á este sitio habia que pasar por un camino que se hallaba en una hondonada; hizo pasar primero la carreta, despues, deteniendo los caballos volvió atrás, cubrió el camino con árboles y malezas, de modo que no era posible pasar. Cuando entró en el bosque los otros volvian ya con sus carretas cargadas, y les dijo:

Id delante, que yo estaré en casa antes que vosotros. Sin andar mas, se contentó con arrancar dos árboles enormes que cehó en su carreta, y despues se volvió por el mismo camino. Cuando los halló detenidos y sin poder pasar delante de los árboles que habia preparado con aquel objeto les dijo:

Si os hubiérais quedado en casa esta mañana como yo, habríais dormido una hora mas, y no entraríais esta noche otra mas tarde.

Y como no podian avanzar sus caballos, los desenganchó, los puso encima de la carreta, y cogiendo él mismo la lanza en la mano, cargó con todo como si fuera un puñado de plumas. Cuando estuvo al otro lado:

Ved, les dijo, como llego mucho antes que vosotros; y continuó su camino sin aguardarlos. Al llegar cogió un árbol en la mano, y le enseñó al amo, diciendo:

¿No es este un hermoso tronco?

El amo dijo á su mujer: Este es un buen criado: si se levanta mas tarde que los demás, tambien está de regreso antes que ellos.

Sirvió al granjero durante un año. Cuando éste espiró y recibieron su salario los otros criados, quiso tambien cobrarse el sayo. Pero el amo, atemorizado á la perspectiva de los golpes que tenia que recibir, le suplicó en el acto se los perdonase, declarándole que preferia ser él mismo su criado y cederle la granja.

—No, le respondió, yo no quiero la granja, soy criado, y quiero continuar siéndolo, pero lo que se ha convenido debe ejecutarse.

El granjero le ofreció darle todo lo que quisiera, pero fue un vano, pues respondia siempre:

—No.

Le pidió un plazo de quince dias para buscar alguna escapatoria. El otro consintió.

El arrendatario reunió entonces á todos sus criados y les pidió su parecer. Despues de haber reflexionado por mucho tiempo, respondieron que con un criado semejante nadie estaba seguro de su vida, y que mataria á un hombre como á una mosca. Fueron, pues, de parecer que se le hiciera bajar al pozo, se proteste de limpiarle, y en cuanto estuviera abajo, echarle encima de la cabeza una porcion de piedras de molino que estaban allí cerca, de modo que lo matasen en el acto.

El consejo agradó al arrendatario y el criado se apresuró á bajar al pozo. En cuanto estuvo en el fondo, le arrojaron aquellas enormes piedras creyendo que le desharian la cabeza, pero él les gritaba desde abajo.

—Echad las gallinas de ahí, arañan en la arena, y me cae en los ojos, me han cegado.

El arrendatario hizo ¡specha! ¡specha! como si echara las gallinas. Cuando concluyó y subió el criado.

—Mira, le dijo, qué hermoso collar.

Era la mayor de las piedras que tenía alrededor del cuello.

El criado seguía exigiendo su salario, pero el arrendatario le pidió otros quince días, decidido á reflexionarlo. Sus criados le aconsejaron enviase al jóven á un molino encantado, para moler el grano durante la noche, pues nadie había salido vivo al día siguiente. Este consejo agradó al arrendatario, y en el mismo instante envió á su criado al molino á llevar ocho fanegas de trigo y molerlas durante la noche, porque estaban ya haciendo falta. El criado echó dos fanegas de trigo en su bolsillo derecho, dos en el izquierdo, se cargó cuatro en una alforja, dos por delante y dos por detrás, y marchó corriendo al molino. El molinero le dijo que podía muy bien moler de día y no de noche, pues todos los que se aventuraban á ello, habían aparecido muertos á la mañana siguiente.

—No moriré yo; idos á costar, y dormid sin cuidado.

Y entrando en el molino empezó á moler el trigo como si no se tratase de nada.

Hácia las once de la noche entró en el cuarto del molinero, y se sentó en un banco. Al cabo de un instante se abrió la puerta por sí misma y se vió entrar una mesa muy grande, en la que se colocaron por sí solos una multitud de platos y de botellas llenos de las cosas mas esquisitas, sin que pareciera nadie para llevarlos. Los taburetes se colocaron también alrededor de la mesa, sin que se presentara nadie, pero el jóven vió al fin dedos sin mano ni nada qué iban y venían á los platos, y manejaban los tenedores y

los cuchillos. Como tenia hambre y le olian bien los manjares, se sentó tambien á la mesa y comió con apetito.

Cuando hubo concluido de cenar y los platos vacíos anunciaron que los invisibles habian concluido tambien, oyó claramente que apagaban las luces y se apagaron todas de repente. Entonces, en la oscuridad, sintió en su mejilla una cosa parecida á un bofeton, y dijo en voz alta

—Si empiezas, empiezo yo tambien.

Recibió sin embargo un segundo y correspondió entonces.

Los bofetones dados y devueltos continuaron toda la noche, y el jóven gigante no se quedó atrás en el juego. Al amanecer cesó todo. Llegó el molinero y se admiró de hallarle vivo todavia.

—Me no regalado bien, dijo el gigante. he recibido bofetones, pero tambien los he dado.

El molinero se puso muy contento, porque ya estaba desencantado su molino; queria dar al jóven gigante mucho dinero para recompensarle.

—No quiero dinero, le dijo, tengo más del que necesito.

Y echándose sus sacos de harina á la espalda, volvió á la granja, y declaró al arrendatario que estaba concluida su comision y queria su salario.

El arrendatario estaba asustado; no podia estar quieto en un lugar, iba y venia por el cuarto, y las gotas de sudor le caian por el rostro. Para respirar un poco abrió la ventana; pero antes que tuviera tiempo de desconfiar, le dió un puntilon en el criado, que le hizo salir volando por la ventana y subir por el aire, en que continuó hasta perderse de vista.

Entonces dijo el criado á la arrendataria:

—Ahora es toca á vos, pues vuestro marido no ha podido recibir el segundo puntillon.

Pero ella exclamó :

—No, no, á las mujeres no se las pega.

Y abrió la otra ventana, porque la corría el sudor por la frente, pero recibió un puntillon que la echó á volar por el aire, más alto todavía que á su marido, porque era mucho más ligera.

Su marido la gritaba :

—Ven conmigo.

Y ella le respondia

—Ven conmigo tú, pues no puedo ir yo.

Y continuaron flotando en el aire, sin conseguir reunirse, y quizá flotan en él todavía.

En cuanto al joven gigante, cogió su barra de hierro y se puso en camino.

EL OSO Y EL REYEZUELO.

El oso y el lobo se paseaban un día por el bosque, cuando el oso oyó cantar á un pájaro.

—Hermano lobo, le preguntó, ¿quién es ese hermoso cantor?

—Es el rey de los pájaros, contestó el lobo, debemos saludarle.

Era en efecto el reyezuelo.

—En ese caso, dijo el oso, S. M. tendrá su correspondiente palacio. Me alegraría verle.

—Eso no es tan fácil como piensas, replicó el lobo, pues es preciso aguardar á que esté en él la reina.

La reina llegó en este intermedio, la cual, lo mismo que el rey, tenía en su pico gusanillos para dar de comer á sus hijuelos. El oso los hubiera seguido con mucho gusto, pero le detuvo el lobo por la manga, diciéndole

—No, espera á que salgan.

Tuvieron únicamente cuidado con el lugar donde se hallaba el nido, y continuaron su camino.

Mas el oso no podia parar de curiosidad hasta ver el palacio del rey de los pájaros, y no tardó en volver. El rey y

la reina estaban fuera; dirigió una mirada á hurtadillas, y vió cinco ó seis pajarillos acostados en el nido.

—Si es este el palacio, exclamó, es un palacio bien triste; y en cuanto á vosotros, vosotros no sois hijos de un rey, sino unas criaturas bien pequeñas é innobles.

Los reyezuelos se incomodaron mucho al oír esto y comenzaron á gritar:

—No, no, no, nosotros no somos lo que nos dices; nuestros padres son nobles; pagarás cara esta injuria.

El lobo y el oso tomaron miedo al oír esta amenaza y se refugiaron en sus agujeros.

Pero los reyezuelos continuaron gritando y haciendo ruido, y dijeron á sus padrés en cuanto vinieron á traerles de comer:



—El oso ha venido á insultarnos, no nos menearemos de aquí, y no comeremos nada hasta que hayais dejado bien puesta nuestra reputacion.

—No tengais cuidado, les dijo el rey, volveré por vuestra honra.

Y marchó volando con la reina hasta el agujero del oso, donde le gritó:

—Viejo gruñon, ¿por qué has insultado á mis hijos? te pesará, porque vamos á hacerte una guerra á muerte.

Declarada la guerra, el oso llamó en su auxilio al ejército de los cuadrúpedos, el buey, la vaca, el asno, el ciervo, el corzo y todos sus semejantes. El reyezuelo convocó por su parte á todos los que vuelan por los aires, no solo á los pájaros grandes y pequeños, sino tambien á los insectos alados: tales como las moscas, cínifes, abejas y avispas.

Cuando llegó el dia de la batalla, el reyezuelo envió espías para saber quién era el general del ejército enemigo; el cínife, como el mas pequeño de todos, voló al bosque donde estaba reunido el enemigo y se ocultó bajo la hoja de un árbol, á cuyo alrededor se hallaba deliberando el consejo. El oso llamó al zorro y le dijo:

—Compadre, tú eres el mas astuto de todos los animales, tú serás nuestro general.

—Con mucho gusto, contestó, pero es preciso convenir en una señal.

Nadie se atrevió á decir una palabra.

—Pues bien, continuó: yo tengo una cola muy hermosa, larga y espesa como un penacho rojo; mientras la tenga levantada en alto, las cosas van bien y marchais adelante; pero en cuanto la baje al suelo, será la señal de sálvese el que pueda.

El cínife, que habia comprendido bien, fué al punto á contárselo todo al reyezuelo.

Al rayar la aurora, recorrían los cuadrúpedos el campo de batalla, galopando de tal manera que la tierra temblaba bajo sus pies. El reyezuelo apareció en los aires con su ejército, que zumbaba, gritaba y volaba por todas partes de un modo que causaba vértigos. Se atacaron con furor. Pero el reyezuelo envió á la avispa con la orden de colo-

carse bajo la cola del zorro y picarle con todas sus fuerzas. El zorro no pudo menos de dar un salto al primer agujonazo, pero conservando, sin embargo, la cola en el aire; al segundo se vió obligado á bajarla un instante; pero al tercero no pudo tenerla alzada por mas tiempo y la apretó entre las piernas, dando agudos gritos. Al ver esto, creyeron los cuadrúpedos que se habia perdido todo, y comenzaron á huir cada uno á su agujero, y así ganaron la batalla los pájaros.

El rey y la reina volaron enseguida á su nido, exclamando:

—Somos vencedores, hijos; bebed y comed alegremente.

—No, contestaron los pajarillos; es necesario que venga el oso á pedirnos perdon y á declarar que reconoco nuestra nobleza.

El reyezuelo voló al agujero del oso y le dijo:

—Viejo gruñon, ve á pedir perdon delante del nido de mis hijos, y á declararles que reconoces su nobleza. ¡Ay de tí si no!

Asustado el oso, se acercó arrastrando y pidió el perdon exigido; entonces se sosegaron al fin los reyezuelos y pasaron la noche alegremente en fiestas.

LOS DOCE CAZADORES.

Habia una vez un príncipe que tenía una novia, á la cual quería mucho; hallábase siempre á su lado y estaba muy contento, pero tuvo noticia de que su padre, que vivía en otro reino, se hallaba mortalmente enfermo, y quería verle antes de morir; entonces dijo á su amada:

—Tengo que marcharme y abandonarte, pero aquí tienes esta sortija en memoria de nuestro amor, y cuando sea rey volveré y te llevaré á mi palacio.

Se puso en camino, y cuando llegó al lado de su padre, se hallaba moribundo, y le dirigió estas palabras:

—Querido hijo mio, he querido verte por última vez antes de morir; prométeme casarte con la mujer que te designe.

Y le nombró una princesa que debía ser su esposa.

El joven estaba tan afligido, que le contestó sin reflexionar:

—Sí, querido padre, cumpliré vuestra voluntad.

Y el rey cerró los ojos y murió.

Comenzó entonces á reinar el hijo, y trascurrido el tiempo del luto debía cumplir su promesa, por lo que envió á

buscar á la hija del rey con la cual habia dado palabra de casarse. Súpolo su primera novia y sintió mucho su infidelidad, llegando casi á perder la salud. Entonces la preguntó su padre:

—Díme, querida hija, ¿qué te falta? ¿qué tienes?

Reflexionó ella un momento y despues contestó:



—Querido padre, quisiera encontrar once jóvenes iguales á mi rostro y estatura.

El rey la respondió:

—Se cumplirá tu deseo si es posible.

Y mandó buscar por todo su reino once doncellas que fueran iguales á su hija en rostro y estatura.

Cuando las hubo encontrado, se vistieron todas de cazadores con trages enteramente iguales; la princesa se des-

pidió despues de su padre y se marchó con sus compañeras á la corte de su antiguo novio; preguntó si necesitaba cazadores y si podian entrar todos en su servicio. El rey la miró y no la conoció; pero como todos eran tan buenos mozos, dijo que sí, que los recibiría con gusto. Y quedaron los doce cazadores á servicio del rey.

Pero el rey tenia un leon, que era un animal mágico, pues sabia todo lo oculto y secreto, y una noche le dijo:

—¿Crees que tienes doce cazadores?

—Sí, contestó el rey, los cazadores son doce.

Pero el leon añadió:

—Te engañas, son doce doncellas.

El rey replicó:

—No puede ser verdad; ¿cómo me lo probarás?

—Manda echar guisantes en tu cuarto, replicó el leon, y lo verás con facilidad. Los hombres tienen el paso firme; cuando andan sobre guisantes, ninguno se mueve; pero las mujeres caminan con inseguridad y vacilan y los guisantes ruedan.

El rey siguió su consejo y mandó estender los guisantes. Mas un criado del rey, que queria mucho á los cazadores, cuando supo que debian ser sometidos á una prueba, se lo contó diciéndoles:

—El leon quiere probar al rey que sois mujeres.

Agradecióselo la princesa y dijo á sus doncellas:

—Id con cuidado, y andad con paso fuerte por los guisantes.

Cuando el rey llamó al dia siguiente á los cazadores y fué á su cuarto, donde estaban los guisantes, comenzaron á andar con fuerza y con un paso tan firme y seguro, que ni uno solo rodó ni se movió. Cuando se marcharon, dijo el rey al leon:

—Me has engañado, andan como hombres.

El leon le contestó:

—Lo han sabido, y han procurado salir bien de la prueba, haciendo un casuerzo. Pero manda traer doce husos á tu cuarto, y cuando entren verás cómo se sonrien, lo cual no hacen los hombres.

Agradó al rey el consejo y mandó llevar las ruecas á su cuarto.

Pero el criado, que tenia cada vez mas aficion á los cazadores, fué á verlos y les descubrió el secreto. Entonces dijo la princesa á sus once doncellas, así que estuvieron solas.

—Estad con cuidado y no miréis á las ruecas.

Cuando el rey llamó al dia siguiente á los doce cazadores, entraron en su cuarto sin mirar á las ruecas. El rey dijo entonces al leon:

—Me has engañado, son hombres, pues no han mirado las ruecas.

El leon le contestó:

—Han sabido que debian ser sometidos á esta prueba y han procurado vencerse.

Pero el rey no quiso creer ya al leon.

Los doce cazadores seguian al rey constantemente á la caza, el cual habia llegado á tenerlos verdadero cariño; pero un dia, estando cazando, llegó la noticia de que habia llegado la esposa del rey; su antigua novia, al oirlo, lo sintió tanto, que la faltaron las fuerzas y cayó desmayada en el suelo. El rey creyó que habia dudo mal de corazon á su querido cazador, se acercó á él para auxiliarlo, le quitó el guante, y vió en su mano la sortija que habia regalado á su primera novia; miróla entonces á la cara y la conoció, conmoviéndose de tal modo su alma, que la dió un beso, y cuando volvió en sí la dijo:

—Tú eres mía y yo soy tuyo, y ningún hombre del mundo puede separarnos.

Envió á su otra novia un caballero diciéndola regresase á su reino, pues estaba ya casado, y no tardaron en celebrar su boda, perdonando al leon, porque habia dicho la verdad.

EL SASTRECILLO VALEROSO.

Un sastrecillo estaba sentado en su mesa cerca de la ventana en una hermosa mañana de verano, cosiendo alegremente y con mucha prisa, cuando acertó á pasar por la calle una mujer que voceaba.

—¿Quién compra buena crema? ¿Quién compra buena crema?

Esta palabra crema sonó tan agradablemente á nuestro hombre que, asomando su pequeña cabeza por la ventana, exclamó

—Aquí, buena mujer, entrad aquí y encontrareis comprador.

Sumó cargada con su pesado cesto los tres escalones de la tienda del sastre y tuvo que poner delante de él todos sus cacharros para que los mirase, manejase y oliese el uno despues del otro concluyendo por decir:

—Me parece que es buena esta crema; dadme dos onzas, buena mujer, y aunque sea un cuarteron.

La vendedora, que habia creído hacer un negocio mucho mejor, le dió lo que pedía, pero se fué gruñendo y refunfuñando.

—Ahora, exclamó el sastrecillo, suplico á Dios que tenga á bien bendecir esta buena crema para que me dé fuerza y vigor.

Y cogiendo el pan del armario partió una larga rebana—
la para estender su crema encima.

—¿Qué bien me va á saber! pensó para sí, pero antes de comérmela voy á acabar este *claqueet*.

Colocó la tostada á su lado y se puso á coser de nuevo, y era tal su alegría que daba las puntadas cada vez mayores. Pero el olor de la crema atraía las moscas que cubrían la pared y vinieron en gran número á colocarse encima de ello.

—¿Quién os ha llamado aquí? dijo el sastro echando estos huéspedes incómodos.

Pero las moscas sin hacerle caso volvieron en mayor número que antes.

Se incomodó entonces, y sacando de su cajón un pedazo de paño.

—Esperad, exclamó, yo os arreglaré, y las dió sin piedad.

Después del primer golpe, contó las muertas y no había nada menos que siete, que estaban con las patas extendidas.

—¡Diablos! se dijo admirado de su valor, parece que soy un valiente; es necesario que lo sepa toda la ciudad.

Y en su entusiasmo se hizo un cintaron y bordó encima con letras muy gordas: «Mató siete de un cachete.»

—Pero la ciudad es muy pequeña, añadió en seguida; debe saberlo el mundo entero.

El corazón le saltaba de alegría dentro del pecho, como la cola de un corderillo.

Se puso su cintaron y resolvió correr el mundo, pues su

tienda le pareció desde entonces un teatro muy pequeño para su valor.

Antes de salir de su casa buscó por toda ella lo que había de llevar, pero no encontró mas que un queso rancio



que se metió en el bolsillo. Delante de la puerta había un pájaro en su jaula, que se metió en el bolsillo con el queso.

Después emprendió valerosamente su camino y como era listo y activo, anduvo una semana.

Pasó por una montaña, en cuya cumbre había una enorme gigante que miraba tranquilamente á los pasajeros. El sastrecillo se fué derecho á él y le dijo:

—Buenos días, compañero; ¿qué haces ahí sentado? Estás mirando cómo se mueve el mundo á tus pies? Yo me he puesto en camino en busca de aventuras; ¿quieres venir conmigo?

El gigante le contestó con aire de desprecio:

—¡Bribonzuelo, sietemesino!

—¿Cómo te atreves á decirme eso? exclamó el sastre.

Y desabotonándose el chaleco, le enseñó el cinturón diciendo:

—Lée aquí y verás con quien las has.

El gigante que leyó, «siete de un cachete», se imaginó que eran hombres lo que había muerto el sastre y miró con un poco más de respeto á su débil interlocutor. Sin embargo para experimentar le cogió un guijarro en la mano y le apretó con tal fuerza que rezumaba agua.

—Ahora, le dijo, haz lo que yo, si tienes tanta fuerza.

—¿No es más que eso? dijo el sastre, pues eso es un juego de niño para mí.

Y metiendo la mano en su bolsillo sacó el queso que llevaba en él y le apretó en su mano de manera que le sacó todo el jugo que tenía.

—¿Qué te parece? añadió; ¿hay alguna diferencia entre los dos?

El gigante no sabía qué decir y no comprendía que un enano pudiera tener tantas fuerzas. Cogió otro guijarro y le tiró tan alto que apenas le distinguía la vista más perspicaz, y le dijo:

—Vamos, hombrecillo, haz lo que yo.

—Bien tirado, dijo el sastre, pero la piedra ha caído. Yo voy á tirar otra que no caerá.

Y sacando el pájaro que estaba en su bolsillo le echó á volar.

El pájaro, contento al verse libre, partió mas rápido que una flecha y no volvió mas.

—¿Qué dices ahora, camarada? añadió.

—Está muy bien hecho, respondió el gigante; mas quiero ver si cargas tanto como lejos tiras.

Y condujo al sastrecillo delante de una enorme encina que estaba caída en el suelo.

—Si verdaderamente tienes fuerzas, le dijo, es preciso que me ayudes á levantar este árbol.

—Con mucho gusto, contestó el hombrecillo, carga el tronco en tus espaldas, yo cargaré con las ramas y la copa que es lo mas pesado.

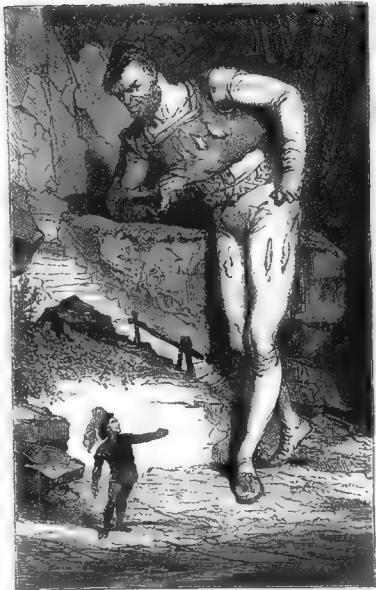
El gigante se echó el tronco á espaldas, pero el sastrecillo se sentó en una rama de manera que el gigante, que no podia mirar hácia atrás, llevaba todo el árbol y además al sastre que se habia instalado pacíficamente y cantaba con la mayor alegría:

Iban juntos tres sastres
á caballo una tarde,

como si hubiera sido para él un juego de niños el llevar un árbol. El gigante anonadado bajo el peso y no pudiendo resistirle dados algunos pasos, gritó:

—Mira, voy á tirarle al suelo.

El hombrecillo saltó muy listo en tierra y cogiendo el árbol entre sus brazos como si hubiera llevado lo que le correspondia dijo al gigante:



—Bien flojo eres para ser tan alto.
Continuaron su camino y acertando á pasar por delante

de un cerezo, cogió el gigante la copa del árbol donde se hallaba la mas madura, y encorvándole hasta el suelo, le puso en la mano del sastrecillo para que comiese las cerezas, pero éste era demasiado débil para sostenerle, y en cuanto le soltó el gigante, enderezándose el árbol se llevó al sastre consigo. Bajó sin hacerse daño, pero el gigante le dijo:

—¿Qué es eso? no tienes fuerzas para encorvar semejante bagatela?

—No se trata de fuerzas, respondió el sastrecillo, ¿qué es eso para un hombre que ha derribado siete de un cachete? He saltado por encima del árbol para librarme de las balas, porque allá abajo hay unos cazadores que tiran á los matorrales. Haz tú otro tanto si puedes.

El gigante probó, pero no pudo saltar por encima del árbol y se quedó encerrado en las ramas. Así conservó la ventaja el sastre.

—Puesto que eres un muchacho tan valiente, dijo el gigante, es preciso que vengas á nuestra caverna y pases la noche con nosotros.

El sastre consintió en ello con mucho gusto. En cuanto llegaron encontraron á otros gigantes sentados cerca de la lumbre comiéndose cada uno un carnero asado que tenia en la mano. El sastre creyó que la habitacion era mucho mayor que su tienda.

El gigante le enseñó su cama y le mandó que se acostase, pero como la cama era demasiado grande para un cuerpo tan pequeño, se acurrucó en un rincon. A la media noche, creyendo el gigante que dormia con un profundo sueño, cogió una barra de hierro y dió un golpe muy grande en medio de la cama, con lo que pensó haber matado decididamente al enano. Los gigantes se levantaron al amanecer y

se fueron al bosque; se habían olvidado del sastre, cuando le vieron salir de la caverna con un aire muy alegre y un tanto descarado; llenos de miedo y temiendo no los matase á todos, echaron á correr sin esperar á mas

Continuó el sastrecillo su viaje y despues de haber andado mucho tiempo, llegó al jardin de un palacio, y como estaba un poco cansado se echó en el musgo y se durmió. Las personas que pasaron por allí se pusieron á mirarle por todos lados y leyeron en su cinturón: «Siete de un cachete.»

—¡Ah! dijeron para sí, ¿qué es lo que viene á hacer aquí este rayo de la guerra en el seno de la paz? Debe ser algun señor muy poderoso.

Fueron á dar parte á su rey, añadiendo que si llegaba á declararse la guerra seria un auxiliar muy eficaz, por lo que habia que ganarle á cualquier precio.

Agradó al rey este consejo y envió á uno de sus cortesanos para ofrecerle, en cuanto despertase, un empleo en su servicio.

El enviado permaneció de centinela cerca del hombrecillo, y cuando comenzó á abrir los ojos y á estirarse le hizo la propuesta

—Con ese objeto he venido, respondió el otro; estoy pronto á entrar al servicio del rey.

Se le recibió con toda clase de honores y le designaron una habitacion en la corte. Pero los militares estaban celosos de él y hubieran querido verle á mil leguas de allí.

—¿En qué vendrá á parar todo esto? se decian unos á otros.

—Si tenemos alguna desazon con él, se arrojará sobre nosotros y matará siete de una vez. Ninguno de nosotros sobrevivirá.

Resolvieron presentarse al rey y presentarle todos su dimision

—No podemos, le dijeron, permanecer al lado de un hombre que derriba siete de un cachete.

El rey sintió mucho verse abandonado por todos sus leales servidores y hubiera deseado no haber conocido nunca al que era causa de ello y del que se hubiese desecho con mucho gusto. Pero no se atrevia á despedirle por temor de que este hombre terrible le matase lo mismo que á su pueblo, para apoderarse de un trono.

El rey, despues de haber pensado mucho en ello, halló un espediente. Mandó hacer al hombrecillo una oferta que no podia dejar de aceptar en su calidad de héroe. En un bosque de aquel pais habia dos gigantes que cometian toda clase de robos, asesinatos é incendios. Nadie se acercaba á ellos sin temer por su vida. Si conseguia vencerlos y matarlos, el rey le daba su hija única por mujer con la mitad del reino por dote. Para ayudarle en caso necesario pusieron cien caballos á su disposicion. Pensó el sastrecillo que la ocasion de casarse con una princesa tan linda era muy buena y que no se encontraria todos los dias. Declaró que consentia en ir contra los jgantes, pero que para nada queria la escolta de los cien caballos, pues el que habia mata-do siete de un cachete, no temia á dos adversarios á la vez.

Se puso en marcha seguido de los cien caballos y, cuando llegó á la entrada del bosque, les dijo que le esperaran que él solo se las compondría con los dos jgantes. Despues entró en el bosque, mirando alrededor con precaucion. Al cabo de un rato distinguió á los dos jgantes, estaban dormidos bajo un árbol y roncaban con tanta fuerza que hacian encorvarse á las ramas. El sastrecillo llenó sus dos bolsillos de guijarros y subiendo al árbol sin perder tiempo se deslizó

por una rama que se adelantaba precisamente por entre los dos gigantes dormidos y dejó caer algunos guijarros, uno tras otro, sobre el estómago de uno de ellos. El gigante no sintió nada en un principio, pero al fin despertó y empujando á su compañero le dijo.

—¿Por qué me pegas?

—Estás soñando, dijo el otro, yo no te he tocado.

A poco volvieron á dormirse. El sastre tiró entonces una piedra al segundo.

—¿Qué hay? exclamó éste. ¿Qué es lo que has tirado?

—Yo no te he tirado nada, tú sueñas, respondió el primero.

Disputaron por algun tiempo, pero, como estaban cansados, concluyeron por callar y volverse á dormir. El sastre sin embargo continuó su juego y escogiendo el mayor de los guijarros le tiró con todas sus fuerzas sobre el estómago del primer gigante.

—¡Esto es ya demasiado! exclamó éste y levantándose como furioso saltó sobre su compañero que le pagó en la misma moneda.

El combate fue tan terrible que arrancaban árboles enteros para servirse de ellos como de armas, y no cesó hasta que ambos quedaron muertos en el suelo.

El sastrecillo huyó entonces de su presto.

—Por fortuna, pensó para sí, no han arrancado tambien el árbol en que yo me hallaba, pues me hubiera visto obligado á saltar á otro como una ardilla, pero en nuestro oficio todos somos listos.

Sacó la espada y despues de haber dado dos buenos golpes en el pecho á cada uno de ellos, volvió á reunirse á su escolta á la que dijo:

—Ya he concluido; les he dado el golpe de gracia; el

negocio ha estado reñido, querían resistir y hasta han arrancado árboles para tirármelos, pero ¿de qué sirve todo esto contra un hombre como yo que derriba siete de un cachete?

—¿No estás herido? le preguntaron los soldados.

—No, dijo, no han podido tocarme ni á la punta de un cabello?

Los soldados no quisieron creerlo; entraron en el bosque y encontraron en efecto á los gigantes nadando en su sangre y los árboles arrancados por todas partes á su alrededor.

El sastrecillo reclamó la recompensa prometida por el rey, pero éste, que se arrepentía de haber empeñado su palabra, buscó un medio para librarse del héroe.

—Hay, le dijo, otra aventura que debes llevar á cabo antes de obtener á mi hija y la mitad de mi reino. Frencuenta m.a bosque un unicornio que hace muchos estragos, es preciso que te apoderes de él.

—Un unicornio me da todavía menos miedo que dos gigantes; siete de un cachete es mi divisa.

Tomó una cuerda y un hacha y entro en el bosque mandando á los que le acompañaban que le esperasen fuera. No tuvo que andar mucho tiempo; el unicornio apareció bien pronto y corrió hácia él para herirle.—Poco á poco, dijo, muy deprisa no está en regla.—Permaneció inmóvil hasta que el animal estuvo cerca de él, y entonces se deslizó muy listo detrás del tronco de un árbol. El unicornio, que se había lanzado contra el árbol con todas sus fuerzas, metió en él un cuerno tan profundamente que le fue imposible sacarle, y así le cogió.—El pájaro está en la jaula, se dijo el sastro, y saliendo de su escondrijo, se acercó al unicornio, le pasó la cuerda alrededor del cuello, le partió el

cuerno metido en el árbol á fuerza de hachazos y, cuando hubo acabado, llevó el animal delante del rey.

Pero el rey no podia decidirse á cumplir su palabra y le impuso otra tercera condicion. Se trataba de apoderarse de un jabalí que hacia grandes estragos en los bosques. Los cazadores del rey tenian órden de ayudarlo. El sastro aceptó diciendo que esto no era mas que un juego de niños. Entró solo en el bosque sin que lo sintieran los cazadores, á los que el jabalí habia recibido y muchas veces de tal manera que no tenia ánimo de volver. El jabalí en cuanto distinguió al sastro se precipitó hácia él, echando espuma y enseñando sus agudos colmillos, pero el ligero hombrecillo se refugió en una ermita que habia allí cerca y volvió á salir enseguida, saltando por la ventana. El jabalí entró detrás de él, pero el sastrecillo volvió en dos saltos y cerró la puerta de modo que la fiera se encontró presa, pues era demasiado pesada y grande para salvarse por el mismo camino. Despues de esta hazafia llamó á los cazadores para que vieran al prisionero con sus propios ojos, y se presentó al rey, el cual se vió obligado esta vez á darle á pesar suyo su hija y la mitad de su reino. Con mucha mas dificultad se hubiera decidido si hubiera sabido que su yerno no era un gran guerrero sino un infeliz sastrecillo. La boda se celebró con mucha magnificencia y poca alegría, y de un sastro se hizo rey.

Algun tiempo despues, la jóven reina oyó una noche á su marido que decia soñando.—Vamos, muchacho, concluye ese chalco y remienda ese pantalon ó sino te doy con la vara entre las orejas.—Comprendió entonces el sitio en que se habia educado su marido y al dia siguiente fué á quejarse á su padre suplicándole la libreria de un marido que no era mas que un miserable sastro.

Para consolarla, la dijo el rey:

—Deja tu cuarto abierto esta noche; mis criados estarán á la puerta y, en cuanto esté dormido, entrarán y le llevarán cargado de cadenas á un navío que le conducirá lejos de aquí.

La reina estaba muy contenta, pero un escudero del rey que lo había oído todo y que amaba al nuevo príncipe, fué y le descubrió el complot.

—Yo lo arreglaré, le dijo el sastro

Por la noche se acostó como de costumbre, y cuando su mujer le creyó bien dormido fué abrir la puerta y se volvió á acostar á su lado. Pero el hombrecillo, que fingía dormir, se puso á gritar en alta voz:

—Vamos, muchacho, termina ese chaleco ó te doy con la vara en las orejas. He derribado siete de un cachete, he muerto dos gigantes, cazado un unicornio y un jabali, ¿tendré miedo de gentes que estan ocultas á mi puerta?

Al oír estas últimas palabras se asustaron todos de tal modo que echaron á correr como si hubieran visto al diablo y nadie se atrevió ya á declararse contra él. De esta manera conservó la corona toda su vida.

EL FESTIN CELESTIAL.

Un hijo de un pobre labrador oyó decir un día en la iglesia al sacerdote que quien quiere ir al cielo tiene que andar derecho. Se puso en camino, marchando siempre en línea recta por montes y por valles, sin hacer nunca ningún rodeo. Al fin de su camino llegó á una gran ciudad en medio de la cual habia una hermosa iglesia donde se celebraban los oficios divinos. Admirado de la magnificencia que le rodeaba creyó haber llegado al Paraíso y se detuvo allí lleno de alegría.

Cuando se concluyeron los oficios le mandó salir el sacristan, á lo que le contestó:

—No, no saldré, he llegado al fin al cielo y me quedo en él.

El sacristan fué á buscar al cura y le dijo que habia en la iglesia un niño que no queria salir y que se imaginaba estar en el Paraíso.

—Si lo cree así, dijo el cura, hay que dejarle.

Vino en seguida donde estaba el niño y le preguntó si queria trabajar. El niño le contestó que sí y que estaba acostumbrado al trabajo, pero que no queria salir del cielo.

Se quedó en la iglesia y como veía á los fieles adorar de rodillas á una imágen del niño Jesus, creyó que aquel era Dios y dijo á la imágen:

—¡Qué delgado estás, Dios mio! de seguro esas gentes no te dan de comer, yo repartiré contigo mi pan.



—Entonces oyó una voz que le dijo:

—Da á los pobres que tienen hambre y me contentarás á mí.

Una pobre anciana tendía su mano temblona á la puerta de la iglesia á los transeúntes. El niño le dió la mitad de

su pan , despues miró á la imágen y le pareció que se sonreia , hizo lo mismo todos los dias figurándosele que la imágen estaba mas contenta cada vez.

Algun tiempo despues cayó malo y no se levantó de la cama en ocho dias. En cuanto pudo levantarse se fué á arrodillar á los pies del niño Jesus. El cura que le seguia le oyó decir así :

—No me acuses, Dios mio, si hace tanto tiempo que no te he alimentado , estaba enfermo y no podia levantarme.

Como continuaba de rodillas le preguntó el cura lo que hacia.

—¡Oh! padre mio, respondió, mirad lo que me ha dicho el niño Jesus. He visto tu buena voluntad y es suficiente. El domingo próximo vendrás conmigo al festin celestial.

El sacerdote pensó que le ordenaba Dios dar la comunion al pobre niño y le preparó para aquel gran dia. El niño asistió el domingo á los oficios divinos, pero en el momento de la comunion le llamó Dios al Paraiso y le sentó á su lado en el festin celestial.

LOS TRES PELOS DE ORO DEL DIABLO.

Haba una mujer que dio á luz un hijo, el cual nació de pie, por lo que la predijeron que á los catorce años se casaría con la hija del rey.

Por los mismos dias pasó el rey por aquella aldea sin que nadie le conociese, y preguntado lo que había de nuevo, le respondieron que acababa de nacer un niño de pie, y que todo lo que emprendiese le saldría bien, y que le habían vaticinado que cuando tuviera catorce años se casaría con la hija del rey.

El rey tenía muy mal corazón, y esta predicción le incomodó. Fue á buscar á los padres del recién nacido, y les dijo en tono amistoso:

—Vosotros sois unos pobres; dadme á vuestro hijo, y yo cuidaré de él.

Negáronse desde luego, mas el forastero les ofreció mucho oro, y se dijeron á sí mismos —«Puesto que el niño ha nacido de pie, todo lo que le suceda será por su bien.» Y acabaron por ceder y entregar á su hijo.

El rey le puso en una caja y le llevó á orillas de un río, donde le arrojó pensando que libraba á su hija de un aman-

te con el que no contaba. Pero la caja en vez de irse á fondo, comenzó á flotar como un barquichuelo sin que entrase en ella ni una sola gota de agua; la corriente la arrastró hasta dos leguas mas allá de la capital, donde se detuvo junto á la esclusa de un molino. Un criado del molinero, que se hallaba allí por casualidad, la vió y la sacó con un garfio, esperando encontrar al abrirla grandes tesoros, pero se halló con un niño muy bonito, despierto y alegre. Le llevó al molino, y el molinero y su mujer, que no tenían hijos, le recibieron como si se le hubiera enviado Dios. Trataron muy bien al huermanito, que creció en su casa en fuerzas y en buenas cualidades.

Sorprendido un día el rey por una tempestad, entró en el molino, y preguntó al molinero si era hijo suyo aquel jóven.

—No señor, le contestó, es un espósito que hemos encontrado en una caja que arrastró el agua hasta la esclusa del molino hará unos catorce años; mi criado le sacó del agua.

El rey conoció entonces que este era el niño que había nacido de pie y que arrojó él al río.

—Buenas gentes, les dijo; ¿no podría este jóven llevar una carta de parte mia á la reina? Le daré dos monedas de oro por su trabajo.

—Lo que mande V. M., le contestaron, y dijeron al jóven que se preparase para ponerse en camino.

El rey envió á la reina una carta en que la mandaba prender al portador, darle muerte y enterrarle, de manera que á su regreso lo encontrase hecho todo.

El muchacho se puso en camino con la carta, pero se extravió y llegó por la noche á un bosque muy espeso. A lo lejos distinguió una débil luz en medio de las tinieblas.

y dirigiéndose hácia aquel lado llegó á una casita pequeña, donde se encontró una vieja sentada junto al hogar. Sorprendida al ver al jóven, le dijo aquella mujer :

—¿De dónde vienes y qué quieres?



—Vengo del molino, respondió, llevo una carta á la reina, me he perdido en el camino, y quisiera pasar la noche aquí.

—Desgraciado jóven, le replicó la mujer, has caído en

una caverna de ladrones, y si te encuentran aquí, morirás sin remedio.

—A Dios gracias, dijo el jóven, no tengo miedo, y además estoy tan cansado que me es imposible ir mas lejos.

Se echó en un banco y se durmió; poco despues llegaron los ladrones y preguntaron incomodados por qué se hallaba allí aquel forastero.

—¡Ah! dijo la vieja, es un pobre niño que se ha perdido en el bosque y le he recibido por compasion; lleva una carta á la reina.

Los ladrones pidieron la carta para leerla, y vieron que contenia la órden de dar muerte al portador. A pesar de la dureza de su corazon se compadecieron del pobre diablo; el capitan rompió la carta y puso otra en su lugar, en que decia que tan pronto como llegase se casara el jóven con la hija del rey. Despues los ladrones le dejaron dormir en el banco hasta la mañana siguiente, y en cuanto despertó, le entregaron la carta y le enseñaron el camino.

Apenas recibió la carta, ejecutó la reina lo que se decia en su contenido, se celebraron las bodas con magnificencia, la hija del rey se casó con el niño nacido de pie, y como era guapo y amable vivia á gusto con él.

Algun tiempo despues volvió el rey á su palacio y vió que se habia cumplido la prediccion, y que el niño nacido de pie se habia casado con su hija.

—¿Cómo habeis hecho eso? dijo; yo habia dado en la carta una órden muy diferente.

La reina le enseñó la carta, y le dijo que podia ver lo que contenia.

La leyó y vió que habian cambiado la suya.

Preguntó al jóven lo que habia hecho de la carta que le habia entregado, y por qué habia dado otra.

—No sé nada de eso, replicó el jóven, á menos que no la hayan cambiado la noche que pasé en el bosque.

El rey, encolerizado, le dijo:

—Esto no puede quedar así; el que pretenda á mi hija debe traerse del infierno tres pelos de oro de la cabeza del diablo. Traémelos, y entonces te pertenecerá mi hija.

El rey, al darle esta comision, creia que no volveria mas.

El jóven le respondió:

—No tengo miedo al diablo, iré á buscar los tres pelos de oro.

Y se despidió del rey y se puso en camino.

Llegó á poco delante de una gran ciudad, á cuya puerta le preguntó el centinela cuál era su estado y lo que sabia

—Todo, le respondió.

—Entonces, dijo el centinela, haz el favor de decirnos por qué la fuente de nuestro mercado, que antes daba siempre vino, se ha secado y no mana mas que agua.

—Esperad, le respondió, y os lo daré á mi regreso.

Mas lejos, llegó delante de otra ciudad; el centinela de la puerta le preguntó cuál era su estado y lo que sabia.

—Todo, le contestó.

—Entonces haz el favor de decirnos por qué el árbol grande de nuestra ciudad, que antes daba siempre manzanas de oro no produce ya ni aun hojas.

—Esperad, le respondió, y os lo diré á mi regreso.

Más lejos todavía llegó delante de un ancho rio que necesitaba pasar. El barquero le preguntó su estado y lo que sabia.

—Todo, le respondió.

—Entonces, dijo el barquero, has el favor de decirme si debo permanecer siempre en este puesto sin ser relevado nunca.

—Espera, le contestó, y te lo diré á mi regreso.

Al otro lado del agua encontró la boca del infierno esta-
la negra y llena de humo. El diablo no se hallaba en su
casa, pero encontró á su patrona, que estaba sentada en un
sillon grande.

—¿Qué quieres? le preguntó, con un tono bastante
dulce.

—Necesito tres pelos de oro de la cabeza del diablo, sin
lo cual no puedo vivir con mi mujer.

—Mucho pedir es eso, le dijo, y si el diablo te ve cuan-
do entre, pasarás un rato muy malo; sin embargo, tengo
interés por tí, y voy á procurar ayudarte.

Le convirtió en hormiga y le dijo:

—Ocúltate en los pliegues de mi vestido; aquí estarás
seguro.

—Gracias, la contestó; creo que esto va bien; pero necesi-
to además saber tres cosas: por qué una fuente que man-
naba siempre vino, no mana ya ni aun agua; por qué un
árbol que daba manzanas de oro, no produce ya ni aun
hojas, y si cierto barquero debe permanecer siempre en su
puesto sin ser relevado nunca.

Esas son tres preguntas muy difíciles, pero no tengas
cuidado, está con atencion á lo que diga el diablo cuando
le arranque los tres pelos de oro.

Por la noche volvió el diablo á su casa, y apenas habia
entra-lo, notó un olor extraño.

—¿Qué hay aquí de nuevo? dijo; huele á carne humana.

Registró todos los rincones, pero sin encontrar nada, y
y la patrona le armó una quimera.

—Acabo de barrer y de arreglarlo todo, le dijo, y vas á desarreglarlo; siempre estás oliendo á carne humana, siéntate y cena.

Como estaba cansado, en cuanto cenó, puso la cabeza en la rodilla de la patrona, y la dijo que le espulgase un poco, pero no tardó en dormirse y roncar. La vieja cogió un pelo de oro, lo arrancó y lo puso á su lado.

— ¡Ay! exclamó el diablo, ¿qué haces?

—He tenido un mal sueño, dijo la patrona, y te he agarrado del pelo.

—¿Qué has soñado? la preguntó el diablo.

—He soñado que la fuente de un mercado que manaba siempre vino, se ha secado y no da ya ni aun agua; ¿cuál puede ser la causa?

— ¡Ah! ;si lo supieran! contestó el diablo; hay un sapo en la fuente debajo de una piedra, no tienen mas que matarle y volverá á manar vino.

La huéspedada se puso á espulgarle otra vez, se volvió á dormir y comenzó á roncar.

Entonces lo arrancó el segundo pelo.

— ¡Ay! ¿qué haces? exclamó el diablo encolerizado.

—No te muevas, le respondió, es un sueño que he tenido.

—¿Qué has soñado? la preguntó.

—He soñado que en cierto pais hay un árbol, que daba antes manzanas de oro, y ahora no tiene ni aun hojas; ¿cuál puede ser el motivo?

— ¡Oh! si lo supieran! replicó el diablo; hay un raton que soca la raíz; no tienen mas que matarle y el árbol volverá á producir manzanas de oro; pero si continua royéndola, se secará por completo. Ahora dejadme en paz tú y tus sueños. Si me vuelves á despertar, te daré un bofetón.

Pacificóle la patrona y volvió á espulgarle hasta que se durmió y comenzó á roncar. Entonces le arrancó el tercer pelo de oro. El diablo se levantó gritando y quería pegarla; pero ella le supo engañar, diciéndole:

—¿Quién puede librarse de un mal sueño?

—¿Qué has soñado ahora? la preguntó con curiosidad.

—He soñado con un barquero que se queja de estar pasando siempre el río con su barca, sin que le reemplace nunca nadie.

—¡Ah! el tonto, repuso el diablo, no tiene mas que poner el remo en la mano al primero que vaya á pasar el río y quedará libre, viéndose el otro obligado á servir á su vez de barquero.

Como la patrona lo habia arrancado los tres cabellos de oro y habia sabido las tres respuestas que queria saber, lo dejó en paz y él se durmió hasta la mañana siguiente.

Apenas hubo el diablo salido de la casa, cogió la vieja á la hormiga de entre los pliegues de su vestido, y volvió al jóven su forma humana.

—Ahí tienes los tres cabellos, le dijo.

—¿Has oído bien las respuestas del diablo á tus tres preguntas?

—Muy bien, respondió, no las olvidaré.

—Entonces ya no tienes cuidado, le dijo, y puedes seguir tu camino.

Dió gracias á la vieja por lo bien que le habia ayudado, y salió del infierno muy contento de haber tenido tan buena fortuna.

Cuando llegó donde estaba el barquero, se hizo pasar al otro lado antes de darle la respuesta prometida, y entonces le dió el consejo del diablo.

—No tienes mas que poner el remo en la mano al primero que venga á pasar el rio

Poco despues llegó á la ciudad, donde se hallaba el árbol estéril, el centinela esperaba tambien su respuesta.

—Mata al raton, que roe las raices, le dijo, y volverán á nacer las manzanas de oro.

El centinela le dió en agradecimiento dos asnos cargados de este metal precioso.

Tocó, por último en la ciudad, cuya fuente estaba seca, y dijo al centinela:

—En la fuente, debajo de la piedra, hay un sapo; buscadlo y matadlo, y volverá á correr el vino en abundancia.

El centinela le dió las gracias, y dos asnos ademas cargados de oro.

El niño nacido de pie llegó por último donde se hallaba su mujer, que se regocijó de todo corazón por su regreso, y en particular al saber que todo le habia salido bien.

Entregó al rey los tres pelos de oro del diablo; el rey quedó muy satisfecho al ver los cuatro asnos cargados de oro y le dijo:

—Ahora has cumplido ya con todas las condiciones, y mi hija es tuya. Pero, querido hijo mio, dime, ¿de dónde has sacado tanto oro? Pues has traído un verdadero tesoro.

—Lo he cogido, le contestó, cerca de un rio que he atravesado; es la arena que hay en aquella orilla.

—¿Podria yo coger otro tanto? le preguntó el rey que era muy avaro.

—¿Mucho más, le respondió; hay un barquero, dirigios á él para pasar el rio y podreis llenar todos los sacos que lleveis.

El avaro monarca se puso en seguida en camino, y al llegar á la orilla del rio hizo señal al barquero para que

arrimase la barca. El barquero le mandó entrar, y en cuanto estuvieron al otro lado, le puso el remo en la mano y saltó fuera. El rey quedó así de barquero en castigo de sus pecados.

—¿Sigue siéndolo todavía?

—¡Ah! sin duda, puesto que nadie le ha tomado el remo.

TOM POUCE.

Un pobre labrador estaba sentado una noche en el rincón del hogar; mientras su mujer hilaba á su lado, él la decía:

—Cuánto siento no tener hijos! ¡Qué silencio hay en nuestra casa mientras en las demás todo es alegría y ruido!

—Sí, respondió su mujer suspirando, yo quedaria contenta, aunque no tuviésemos mas que uno solo tan grande como el dedo pulgar y le querríamos con todo nuestro corazón.

En este intermedio se hizo embarazada la mujer y al cabo de siete meses dió á luz un niño bien formado con todos sus miembros, pero que no era mas alto que el dedo pulgar. Entonces dijo:

—Es tal como le hemos deseado, mas no por eso le queremos menos.

Y sus padres le llamaron Tom Pouce, á causa de su tamaño. Le criaron lo mejor que pudieron, mas no creció, y quedó como habia sido desde su nacimiento. Parecia sin embargo, que tenia talento sus ojos eran inteligentes y manifestó bien pronto en su pequeña persona astucia y actividad para llevar á cabo lo que se le ocurría.

Preparábase un día el labrador para ir á cortar madera á un bosque, y se decía. Cuánto me alegraría tener alguien que llevase el carro.

—Padre, exclamó Tom Pouce, yo quiero guiarle, yo; no tengais cuidado, llegaré á buen tiempo.

El hombre se echó á reir.

—Tú no puedes hacer eso, le dijo, eres demasiado pequeño para llevar el caballo de la brida.

—¿Qué importa eso, padre? Si mamá quiere enganchar, me meteré en la oreja del caballo, y lo dirigiré donde queráis que vaya.

—Está bien, dijo el padre, veamos.

La madre enganchó el caballo y puso á Tom Pouce en la oreja, y el hombrecillo le guiaba por el camino que había que tomar, tan bien que el caballo marchó como si le condujese un buen carretero, y el carro fué al bosque por buen camino.

Mientras daban la vuelta á un recodo del camino, el hombrecillo gritaba:

—¡Soo, arre! Pasahan dos forasteros.

—Dica mio, exclamó uno de ellos, ¿qué es eso? Hé ahí un carro que va andando: se oye la voz del carretero y no se ve á nadie.

—Es una cosa bastante estraña, dijo el otro, vamos á seguir á ese carro y á ver donde se detiene.

El carro continuó su camino y se detuvo en el bosque, precisamente en el lugar donde había madera cortada. Cuando Tom Pouce distinguió á su padre, le gritó:

—¿Ves padre, qué bien he traído el carro? ahora bájame.

El padre cogió con una mano la brida, sacó con la otra á su hijo de la oreja del caballo y lo puso en el suelo: el pequeñuelo se sentó alegremente en una paja.

Al ver á Tom Pouce, se admiraron los dos forasteros, no sabiendo qué pensar.

Uno de ellos llamó aparte al otro y le dijo:

—Ese diablillo podría hacer nuestra fortuna si le enseñásemos por dinero en alguna ciudad; hay que comprarle.

Se acercaron al labrador y le dijeron:

—Vendednos ese enanillo: le cuidaremos bien.

—No, respondió el padre, es hijo mio, y no le vendo por todo el oro del mundo.

Pero al oír la conversacion, Tom Pouce habia trepado por los pliegues del vestido de su padre subiendo hasta sus espaldas, desde donde le dijo al oído:

—Padre vendedme á esos hombres, volveré pronto.

Su padre se le dió á los hombres por una hermosa moneda de oro.

—¿Dónde quieres ponerte? le dijeron.

—¡Ah! ponedme en el ala de vuestro sombrero; podré pasearme y ver el campo, y tendré cuidado de no caerme.

Hicieron lo que él queria, y en cuanto Tom Pouce se despidió de su padre, se marcharon con él, caminando hasta la noche. Entonces los gritó el hombrecillo:

—Esperadme, necesito bajar.

—Quédate en el sombrero, dijo el hombre; poco me importa lo que tengas que hacer, los pájaros hacen mucho mas algunas veces.

—No, no, dijo Tom Pouce, bajadme en seguida.

El hombre le cogió y le puso en el suelo, en una tierra junto al camino; corrió un instante entre los surcos, y despues se metió en un agujero que habia buscado espresamente.

—Buenas noches, caballeros, ya estais demás aqui, les gritó riendo.

Quisieron cogerle metiendo palos en el agujero, mas fue trabajo perdido. Tom se escondia mas adentro cada vez, y empezando á oscurecer de repente, se vieron obligados á entrar en su casa incomodados y con las manos vacías.



Cuando estuvieron lejos, salió Tom Pouce de su cueva. Temia aventurarse por la noche en medio del campo, pues una pierna se rompe enseguida. Por fortuna encontró un caracol vacío:

—A Dios gracias, dijo, pasaré la noche en seguridad aquí dentro. Y se estableció allí.

Cuando iba á dormirse oyó dos hombres que pasaban, y el uno decía al otro:

—¿Cómo nos arreglaríamos para robar el oro y la plata á ese cura tan rico?

—Yo os lo diré, les gritó Tom Pouce.

—¿Qué hay? exclamó uno de los ladrones asustados; ¿he oído hablar á alguien?

Continuaban escuchando, cuando Tom Pouce les gritó de nuevo:

—Llevadme con vosotros y os ayudaré.

—¿Dónde estás?

—Buscadme por el suelo, por donde sale la voz.

Los ladrones concluyeron por encontrarle:

—Pequeño extracto de hombre, le dijeron, ¿cómo quieres sernos útil?

—Mirad, les dijo, me deslizaré por entre los hierros de la ventana en el cuarto del cura, y os pasaré todo lo que me pidáis.

—Pues vamos á probarlo, le dijeron.

En cuanto llegaron al presbiterio, Tom Pouce se deslizó en el cuarto; despues se puso á gritar con todas sus fuerzas.

—¿Queréis todo lo que hay aquí?

Los ladrones asustados le dijeron:

—Habla bajo, vas á despertar á la gente.

Pero él, haciendo como si no los hubiera oído, gritó de nuevo:

—¿Qué es lo que queréis? ¿Queréis todo lo que hay aquí?

La criada que dormía en el cuarto de al lado, oyó este ruido, se levantó y escuchó. Los ladrones habían batido retirada; en fin, tomaron ánimo, y creyendo únicamente

que el picarillo quería divertirse á sus espensas volvierón atrás y le dijeron por lo bajo:

—Déjate de bromas, pásanos algo.

Entonces Tom se puso á gritar con todas sus fuerzas

—Voy á dároslo todo: abrid las manos.

La criada oyó bien claro esta vez, saltó de la cama y corrió á la puerta. Los ladrones, viendo esto, echaron á correr como si el diablo se les hubiera aparecido; no oyendo nada mas la criada, fué á encender una luz. Cuando volvió, Tom Pouce se fué á ocultar en la pajera sin que se viese. La criada, despues de haber registrado todos los rincones sin descubrir nada, fué á acostarse, y creyó que había soñado.

Tom Pouce habia subido al heno, donde se arregló una camita; pensaba descansar allí hasta el dia, y volver en seguida á casa de sus padres. ¡Pero debía sufrir tantas pruebas todavía! ¡Hay tanto malo en el mundo! La criada se levantó á la aurora para dar de comer al ganado. Su primera visita fue á la pajera, cogió un brazado de heno con el pobre Tom Pouce dormido dentro. Dormía tan profundamente, que no se apercibió de nada, y no despertó hasta que estaba en la boca de una vaca que le habia cogido con un puñado de heno. Creyó en un principio que habia caído dentro de un molino, pero comprendió bien pronto donde se hallaba en realidad. Evitando dejarse mascar entre los dientes, concluyó por deslizarse por la garganta á la panza. La habitacion le parecia estrecha, sin ventana, y no veia ni sol ni luz. La morada le desagradaba mucho, y lo que complicaba mas su situacion, es que bajaba siempre nuevo heno, y el espacio se le hacia mas estrecho cada vez.

Lleno de terror, gritó al fin lo mas alto que pudo:

—¡Basta de heno! ¡Basta de heno! no quiero mas.

La criada estaba precisamente en aquel momento ocupada en ordeñar la vaca; aquella voz que oyó sin ver á nadie, y que reconoció por la que la habia despertado ya la noche anterior, la asustó de tal modo, que se cayó al suelo vertiendo la leche.

Fué corriendo á buscar á su amo y le dijo:

—Oh! ¡Dios mio! ¡Señor cura, que habla la vaca!

—Tú estás loca, respondió el sacerdote, y sin embargo, fué el mismo al establo para asegurarse de lo que pasaba.

Pero apenas habia entrado, gritó de nuevo Tom Pouco

—¡Basta de heno! ¡no quiero mas!

El cura se asustó á su vez, y creyendo que la vaca tenía el diablo en el cuerpo, dijo que era preciso matarla. La mataron, y la panza en que se hallaba prisionero el pobre Tom, fue arrojada al estiércol.

El pobrecillo trabajó mucho para desenredarse, y empezaba á sacar la cabeza fuera, cuando le sucedió una nueva desgracia. Un lobo hambriento se arrojó sobre la panza, y se la tragó de una vez. Tom Pouco no perdió ánimo.

—Quizá, pensó para sí, será tratable este lobo.

Y desde su vientra donde estaba encerrado, le gritó:

—Querido amigo, quiero enseñarte dónde puedes hallar una buena comida.

—¿Dónde? le dijo el lobo.

—En tal y tal casa; no tienes mas que deslizarte por el albañal á la cocina y encontrarás tortas, tocino, salchichas, á boca qué quieres.

Y le designó la casa de su padre con la mayor exactitud.

El lobo no se lo hizo decir dos veces se introdujo en la

cocina y dió un buen avance á las provisiones. Pero cuando estuvo harto y tuvo que salir, se hallaba tan hinchado con el alimento, que no pudo conseguir pasar por el albañal. Tom, que habia contado con esto, comenzó á hacer un ruido terrible en el cuerpo del lobo saltando y brincando con todas sus fuerzas:

—¿Quieres estarte quieto, le dijo el lobo, vas á despertar á todos.

—¿Y qué? le respondió el hombrecillo. ¿No te has regalado tú? tambien yo quiero divertirme.

Y se puso á gritar todo lo que pudo.

Concluyó por despertar á sus padres, que corrieron y miraron en la cocina, á través de la cerradura. Cuando vieron que habia un lobo, se armaron el hombre con una hacha y la mujer con una hoz.

—Ponte detrás, dijo el hombre á su mujer, cuando entraron en el cuarto, voy á darle con mi hacha, si no lo mato del golpe, le cortas tú el vientre.

Tom Pouce, que oyó la voz de su padre, se puso á gritar:

—Soy yo, querido padre, quien está en el vientre del lobo.

—Gracias á Dios, dijo el padre lleno de alegría, que hemos encontrado á nuestro hijo.

Y mandó á su mujer que dejara la hoz de lado para no herir á su hijo. Despues levantó su hacha, y tendió muerto al lobo de un golpe en la cabeza, y en seguida le abrió el vientre con su cuchillo y tijeras, y sacó al pequeño Tom.

—¡Ah! le dijo, ¡qué inquietos hemos estado por tu suerte!

—Sí, padre, he corrido mucho, pero por fortuna, héme aquí, vuelto á la luz.

—¿Dónde has estado?

—¡Ah, padre! he estado en un hormiguero, en la panza de una vaca y en el vientre de un lobo. Ahora me quedo con vosotros.

Y no volveremos á venderte por todo el oro del mundo, dijeron sus padres abrazándole y estrechándole contra su corazón.

Le dieron de comer y le compraron vestidos, porq̄us los suyos se habian estropeado durante el viaje.

EL DINERO LLOVIDO DEL CIELO.

Habia una vez una niña que era huérfana y vivía en tan estremada pobreza que no tenía ni cuarto ni cama donde dormir, no poseyendo mas que el vestido que cubria su cuerpo y un pedacito de pan que la habia dado un alma caritativa; pero era muy buena y muy piadosa.

Como se veia abandonada de todos, se puso en camino, confiando en Dios. A los pocos pasos encontró un pobre que la dijo.

—;Si me pudieras dar algo de comer, porque tengo tanta hambre!...

Y ella le dió todo su pan diciéndole.

—Dios te ayude.

Y continuó andando.

Poco despues encontró un niño que lloraba, diciendo:

—Tengo frio en la cabeza, dame algo para cubrirme.

Se quitó su gorro y se le dió. Un poco mas allá vió otro que estaba medio helado porque no tenía jubon y le dió el sayo: otro por último la pidió su saya y se la dió tambien.

Siendo ya de noche llegó á un bosque, donde halló otro niño que le pidió la camisa.

La caritativa niña pensó para sí:

—La noche es muy oscura, nadie me verá, bien puedo darle mi camisa.

Y se la dió tambien.

Ya no la quedaba nada que dar. Pero en el mismo ins-



tante comenzaron á caer las estrellas del cielo y al llegar á la tierra se volvian hermosas monedas de oro y plata, y aunque se habia quitado la camisa se encontró con otra enteramente nueva y de tela mucho mas fina. Reunió todo el dinero y quedó rica para toda su vida.

LOS TRES HEREDEROS AFORTUNADOS.

Un padre reunió á sus tres hijos en su presencia y les dió: al primero un gallo, al segundo una guadaña, y al tercero un gato.

—Soy viejo, les dijo, y está cercana mi muerte; quiero antes de que llegue, asegurar vuestro porvenir. No tengo dinero que dejaros, y aunque os parezcan de poco valor las cosas que ahora os doy, eso depende del uso que hagais de ellas; buscad cada uno un pais en que sea desconocido el objeto que posee y hará su fortuna.

El mayor de los hijos se puso en camino con su gallo, despues de la muerte de su padre, pero por todas cuantas partes pasaba era conocido el gallo; en las ciudades le veía encima de los campanarios, dando vueltas con el viento; en los campos le oía cantar continuamente, y á nadie chocaba su animalito, de manera que no se hallaba en la situación más á propósito para mejorar se suerte.

Llegó por último á una isla donde nadie sabia lo que era un gallo, de modo que les costaba mucho trabajo conocer la aproximacion de las diferentes partes del dia. Sabian muy bien cuándo era de dia y cuándo era de noche, pero

los que dormían por la noche, ignoraban siempre la hora que era.

—Mirad, les dijo, qué animal tan hermoso; tiene una corona de rubíes en la cabeza y lleva espuelas en los pies como los caballeros. Por la noche canta tres veces á horas fijas; la última cuando va á salir el sol. Cuando canta en medio del día, indica que va á cambiar el tiempo.



Este discurso gustó mucho á los habitantes de la isla; á la noche siguiente nadie se durmió, y todos escucharon con la mayor ansiedad al gallo anunciar las dos, las cuatro y las seis de la mañana. Le preguntaron si vendía aquel hermoso pájaro, y cuánto quería por él.

—Quiero el oro que pueda llevar un asno en una carga, les contestó.

Todos contestaron que semejante precio era una bagatela para un animal tan maravilloso, y se apresuraron á dárselo.

Viendo volver rico á su hermano mayor, los hermanos menores se llenaron de asombro, y el segundo resolvió partir tambien para ver si le valia algo su hoz. Pero por todas partes por donde pasaba encontraba á los labradores provistos de hoces tan buenas como la suya. Por fortuna desembarcó al fin en una isla en que nadie sabia lo que era una hoz. Cuando el trigo estaba seco en aquel pais, le cortaban con la mano, espiga á espiga, malgastando mucho tiempo y no menos dinero, por lo que estaban muy caros los cereales. Cuando nuestro hombre se puso delante de ellos á segar el trigo con tanta facilidad y tan pronto, todos le miraron asombrados. Le compraron su instrumento por el precio que quiso, y obtuvo un caballo cargado con todo el oro que podia llevar.

El tercer hermano quiso sacar partido á su vez de su gato. Como á los otros dos, no se le presentó ninguna buena ocasion ínterin estuvo en tierra firme; en todas partes habia gatos, y en número tan grande, que se tiraban muchos de ellos apenas habian nacido. Se hizo conducir, por último, á una isla, donde por fortuna no habian visto nunca ninguno; pero en cambio habia en ella tal número de ratones, que corrian por las mesas y los bancos, aun en presencia de los dueños de las casas. Todos sufrían este terrible azote; el mismo rey no podia libertarse de él, pues por todos los rincones de su palacio se oían correr los ratones y no se veía libre nada de cuanto podia alcanzar su diente. En cuanto entró el gato limpió dos salas, de modo que los habitantes suplicaron al rey adquiriese para el Estado este precioso animal. El rey le pagó sin regatear en el precio de un mulo cargado de oro, y el hermano menor volvió á su pais, mucho más rico todavía que los dos mayores.

HISTORIA DÉ UNO QUE HIZO UN VIAJE

PARA SABER LO QUE LEA MIEDO.

Un labrador tenia dos hijos, el mayor de los cuales era muy listo y entendido, y sabia muy bien á qué atenerse en todo, pero el menor era tonto y no entendia ni aprendia nada, y cuando le veian las gentes decian .

—Trabajo tiene su padre con él

Cualdo habia algo que hacer, tenia siempre que mandárselo al mayor, pero si su padre le mandaba algo siendo de noche, ó le enviaba al oscurecer cerca del cementerio, ó siendo ya oscuro al camino ó cualquier otro lugar sombrío, le contestaba siempre:

—¡Oh! no, padre, yo no voy allí; ¡tengo miedo! pues era muy miedoso.

Si por la noche referian algun cuento alrededor de la lumbre, en particular si era de espectros y fantasmas, decian todos los que le oian

—¡Qué miedo!

Pero el menor, que estaba en un rincon escuchándolos no podia comprender lo que querian decir:

—Siempre dicen ¡miedo, miedo! yo no sé lo que es mie-

do . ese debe ser algun oficio del que no entiendo una palabra.

Mas un dia le dijo su padre:

—Oye tú , el que está en el rincon : ya eres hombre y tienes fuerzas bastantes para aprender algo con que ganarte la vida. Bien ves cuánto trabaja tu hermano, pero tú no haces mas que perder el tiempo.

—¡Ay padre! le contestó, yo aprenderia algo de buena gana, y sobre todo quisiera aprender lo que es miedo, pues de lo contrario no quiero saber nada.

Su hermano mayor se echó á reir al oirle, y dijo para sí.

—¡Dios mio, qué tonto es mi hermano! nunca llegará á ganarse el sustento.

Su padre suspiró y le contestó :

—Ya sabrás lo que es miedo: mas no por eso te ganarás la vida.

Poco despues fue el sacristan de visita , y le refirió el padre lo que pasaba, diciéndole cómo su hijo menor se daba tan mala muña para todo y que no sabia ni aprendia nada. ¿Podreis creer que cuando le ho preguntado si queria aprender algo para ganarse su vida, me contestó que solo queria saber lo que es miedo?

—Si no es mas que eso, le respondió el sacristan, yo se lo enseñaré: enviádmelo á mi casa, y no tardará en saberlo.

El padre se alegró mucho, pues pensó entre sí:

—Ahora quedará un poco menos orgulloso.

El sacristan se le llevó á su casa para enviarle á tocar las campanas. A los dos dias le despertó á media noche, le mandó levantarse, subir al campanario y tocar las campanas.

—Ahora sabrás lo que es miedo, dijo para sí.

Saló tras él, y cuando el jóven estaba en lo alto del campanario, é iba á coger la cuerda de la campana, se puso en medio de la escalera, frente á la puerta, envuelto en una sábana blanca.

—¿Quién está ahí? preguntó el jóven

Pero la fantasma no contestó ni se movió.

—Responde, ó te hago volver por donde has venido, tú no tienes nada que hacer aquí á estas horas de la noche.

Pero el sacristan continuó inmóvil, para que el jóven creyese que era un espectro. El jóven le preguntó por segunda:

—¿Quién eres? habla, si eres un hombre hourado, ó si no te hago rodar por la escalera abajo.

El sacristan creyó que no haria lo que decia y estuvo sin respirar como si fuese de piedra. Entonces le preguntó el jóven por tercera vez, y como estaba ya incomodado, dió un salto y echó á rodar al espectro por la escalera abajo de modo que rodó diez escalones y fue á parar á un rincón. En segunda tocó las campanas, y se fué á su casa, se acostó sin decir una palabra y se durmió. La mujer del sacristan esperó un largo rato á su marido; pero no volvia. Llena entonces de recelo, llamó al jóven y le preguntó.

—¿No sabes dónde se ha quedado mi marido? ha subido á la torre detrás de tí.

—No, contestó el joven, pero allí habia uno en la escalera frente á la puerta, y como no ha querido decirme palabra ni marcharse, he creido que iba á burlarse de mí y lo he tirado por la escalera abajo. Id allí y veréis si es é, pues lo sentiria.

La mujer fué corriendo; y halló á su marido que estaba en un rincón y se quejaba porque tenia una pierna rota

Se le llevó en seguida á su casa y fué corriendo á la del padre del jóven.

—Vuestro hijo, exclamó, me ha causado una desgracia muy grande, ha tirado á mi marido por las escaleras y le ha roto una pierna; ese es el pago que nos ha dado el bribon.

Su padre se asustó, fué corriendo y llamó al jóven.

—¿Qué mal pensamiento te ha dado para hacer esa picardía?

—Padre, le contestó, escuchadme, pues estoy inocente. Era de noche y estaba allí como un alma del otro mundo. Ignoraba quién era, y le he mandado tres veces hablar ó marcharse.

—¡Ay! replicó su padre, sólo me ocasionas disgustos: véte de mi presencia, no quiero volverte á ver más.

—Bien, padre con mucho gusto, pero esperad á que sea de día, yo iré y sabré lo que es miedo, así aprenderé un oficio con que poderme mantener.

—Aprende lo que quieras, le dijo su padre, todo me es indiferente.

Allí tienes cinco duros para que no te falte por ahora que comer, márchate y no digas á nadie de dónde eres, ni quién es tu padre, para que no tenga que avergonzarme de tí.

—Bien, padre, haré lo que queréis, no tengais cuidado por mí.

Como era ya de día se quedó el jóven con sus cinco duros en el bolsillo, y echó á andar por el camino real, diciendo constantemente:

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién me enseña lo que es miedo?

Entonces encontró un hombre que oyó las palabras que

decía el joven para sí, y cuando se hubieron alejado un poco hácia un sitio que se veía una horca, le dijo:

—Mira, allí hay siete pobres á los que por sus muchos pecados han echado de la tierra y no quieren recibir en el cielo; por eso ves que están aprendiendo á volar; ponte debajo de ellos, espera á que sca de noche, y sabrás lo que es miedo.

—Sí no es mas que eso, dijo el joven, lo haré con facilidad; pero no dejes de enseñarme lo que es miedo y te daré mis cinco duros; vuelve á verme por la mañana temprano.

Entonces fué el joven á donde estaba la horca, se puso debajo y esperó á que fuera de noche, y como tenia frio encendió lumbre; pero á media noche era el aire tan frio que no le servia de nada la lumbre; y como al aire hacia moverse á los cadáveres y chocar entre sí, creyó que teniendo frio él que estaba al lado del fuego, mucho mas debuan tener los que estaban mas lejos, por lo que procuraban reunirse para calentarse, y como era muy compasivo, cogió la escalera, subió y los descolgó uno tras otro hasta que bajó á todos siete. En seguida puso mas leña en el fuego, sopló y los colocó alrededor para que se pudiesen calentar. Pero como no se movian y la lumbre no hacia ningun efecto en sus cuerpos, les dijo:

—Mirad lo que hacéis, porque si no vuelvo á colgaros.

—Pero los muertos no le oían, callaban y continuaban sin hacer movimiento alguno. Incomodado, les dijo entonces.

—Ya que no queréis hacerme caso, despues que me he propuesto ayudaros, no quiero que os calenteis mas.

Y los volvió á colgar uno tras otro. Entonces se echó al lado del fuego y se durmió, y á la mañana siguiente cuando vino el hombre, quería que le diese los cinco duros; pues le dijo

—¿Ahora ya sabrás lo que es miedo?

—No, respondió, por qué lo he de saber? Los que están ahí arriba tienen la boca bien cerrada, y son tan tontos, que no quieren ni aun calentarse.

Entonces vio el hombre que no estaba el dinero para él y se marchó diciendo:

—Con esta no me ha ido muy bien.

El jóven continuó su camino y comenzó otra vez á decir

—¿Quién me enseñará lo que es miedo? ¿quién me enseñará lo que es miedo?

Oyéndolo un carretero que iba trás él, le preguntó:

—¿Quién eres?

—No lo sé, le contestó el jóven.

—¿De dónde eres? continuó preguntándole el carretero.

—No lo sé.

—¿Quién es tu padre?

—No puedo decirlo.

—¿En qué vas pensando?

—¡Ah! respondió el jóven, quisiera encontrar quien me enseñase lo que es miedo, pero nadie quiere enseñármelo.

—No digas tonterías, replicó el carretero, ven conmigo, ven conmigo, y veré si puedo conseguirlo.

El jóven continuó caminando con el carretero y por la noche llegaron á una posada, donde determinaron quedarse. Pero apenas llegó á la puerta, comenzó á decir en alta voz:

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿quién me enseña lo que es miedo?

El posadero al oírle se echó á reír diciendo

—Si quieres saberlo, aquí te se presentará una buena ocasión.

—Calla, le dijo la posadera, muchos temerarios han

perdido ya la vida, y sería lástima que esos hermosos ojos no volvieran á ver la luz mas.

Pero el jóven la contestó:

—Aunque me sucediera otra cosa peor, quisiera saberlo, pues ese es el motivo de mi viaje.

No dejó descansar á nadie en la posada hasta que le dijeron que no lejos de allí habia un castillo arruinado, donde podria saber lo que era miedo con solo pasar en él tres noches.

El rey habia ofrecido por mujer á su hija, que era la doncella mas hermosa que habia visto el sol, al que quisiese hacer la prueba. En el castillo habia grandes tesoros, ocultos que estaban guardados por los malos espíritus, los cuales se descubrían entoces, y eran suficientes para hacer rico á un pobre. A la mañana siguiente se presentó el jóven al rey, diciéndole que si se lo permitia pasara tres noches en el castillo arruinado.

El rey le miró y como le agradase, le dijo:

—Puedes llevar contigo tres cosas, con tal que no tengan vida, para quedarte en el castillo.

El jóven le contestó:

—Pues bien, concededme llevar leña para hacerumbre, un torno y un tajo con su cachila.

El rey le dió todo lo que habia podido. En cuanto fue de noche entró el jóven en el castillo, encendió en una sala un hermoso fuego, puso al lado el tajo con el cachillo, y se sentó en el torno.

—¡Ah! ¡si me ensañaran lo que es miedo! dijo; pero aqui tampoco lo aprenderé.

Hacia media noche se puso á atizar el fuego y cuando estaba soplando oyó de repente decir en un rincon.

—¡Miau! ¡miau! ¡frio tenemos!

—Locos, exclamó, ¿por qué gritais? si teneis frio, venid, sentaos á la lumbre, y calentaos. .

Y apenas hubo dicho esto, vió dos hermosos gatos negros, que se pusieron á su lado y le miraban con sus ojos de fuego; al poco rato, en cuanto se hubieron calentado, dijeron.

—Camarada, ¿quieres jugar con nosotros á las cartas?

—¿Por qué no? les contestó; pero enseñadme primero las patas.

—Entonces estendieron sus manos.

—¡Ah! les dijo ¿qué uñas tan largas teneis! aguardad á que os las corte primero.

Entonces los cogió por los pies, los puso en el tajo y los aseguró bien por las patas.

—Ya os he visto las uñas, les dijo, ahora no tengo ganas de jugar.

Los mató y los tiró al agua. Pero á poco de haberlos tirado, iba á sentarse á la lumbre, cuando salieron de todos los rincones y rendijas una multitud de gatos y perros negros con cadenas de fuego; eran tantos en número que no se podían contar; gritaban horriblemente, rodeaban la lumbre, tiraban de él y le querían arañar. Los miró un rato con la mayor tranquilidad, y así que se incomodó cogió su cuchillo, exclamando:

—Marchaos, canalla.

Y se dirigió hácia ellos.

Una parte escapó y á la otra la mató y la echó al estanque. En cuanto concluyó su tarea se puso á soplar la lumbre y volvió á calentarse. Y apenas estuvo sentado, comenzaron á cerrársele los ojos y tuvo ganas de dormir. Miró á su alrededor, y vió en un rincón una hermosa cama.

—Me viene muy bien, dijo.

Y se echó en ella.

Pero cuando iban á cerrársele los ojos, comenzó á andar la cama por sí misma y á dar vueltas alrededor del cuarto.

—Tanto mejor, dijo, tanto mejor.

Y la cama continuó corriendo por los suelos y escaleras como si tiraran de ella seis caballos. Mas de repente cayó, quedándose él debajo y sintiendo un peso como si tuviera una montaña encima, pero levantó las colchas y almohadas y se puso en pie diciendo:

—No tengo ganas de andar.

Se sentó junto al fuego y se durmió hasta el otro día. El rey vino á la mañana siguiente, y como le vió caído en el suelo creyó que los espectros habian dado fin con él y que estaba muerto. Entonces dijo:

—¡Qué lastima de hombre! ¡tan buen mozo!

El jóven al oirlo, se levantó y le contestó:

—Aun no hay por qué tenerme lástima.

El rey, admirado, le preguntó cómo le habia ido.

—Muy bien, le respondió, ya ha pasado una noche, las otras dos vendrán y pasarán tambien.

Cuando volvió á la casa le miró asombrado el posadero:

—Temia, dijo no volverte á ver vivo; ¿sabes ya lo que es miedo?

—No, contestó, todo es inútil, si no hay alguien que quiera enseñármelo.

A la segunda noche fue de nuevo al castillo, se sentó á la lumbre, y comenzó su vieja cancion:

—¿Quién me enseña lo que es miedo?

A la media noche comenzaron á oirse ruidos y golpes, primero débiles, despues mas fuertes, y por último cayó por la chimenea con mucho ruido la mitad de un hombre, quedándose delante de él.

—Hola, exclamó, todavía falta el otro medio, esto es muy poco.

Entonces comenzó el ruido de nuevo: parecía que tronaba, y se venía el castillo abajo y cayó la otra mitad.



—Espera, le dijo, encenderé un poco el fuego.

Apenas hubo concluido y miró á su alrededor, vió que se habian unido las dos partes, y que un hombre muy horrible se habia sentado en su puesto.

—Nosotros no hemos apostado, dijo el jóven, el banco es mio.

El hombre no le quiso dejar sentar, pero el jóven le levantó con todas sus fuerzas y se puso de nuevo en su lugar. Entonces cayeron otros hombres uno despues de otro, que cogieron nueve huesos y dos calaveras y se pusieron á jugar á los bolos. El jóven, alegrándose, les dijo.

—¿Puedo ser de la partida?

—Si, si tienes dinero.

—Y bastante, les contestó, pero vuestras bolas no son bien redondas.

Entonces cogió una calavera, la puso en el torno y la redondeó.

—Asi están mejor, les dijo; ahora vamos.

Jugó con ellos y perdió algun dinero; mas en cuanto dieron las doce todo desapareció de sus ojos. Se echó y durmió con la mayor tranquilidad. A la mañana siguiente fué el rey á informarse.

—¿Cómo lo has pasado? le preguntó.

—He jugado y perdido un par de pesetas, le contestó:

—¿No has tenido miedo?

—Por el contrario, me he divertido mucho. ¡Ojalá supiera lo que es miedo!

A la tercera noche se sentó de nuevo en su banco y dijo incomodado:

—¿Cuándo sabré lo que es miedo?

En cuanto comenzó á hacerse tarde se le presentaron seis hombres muy altos que traian una caja de muerto.

—¡Ay! les dijo, este es de seguro mi primo, que ha muerto hace un par de dias.

Hizo señal con la mano y dijo:

—Ven, primito, ven.

Pasieron el ataúd en el suelo, se acercó á él y levantó la tapa; habia un cadáver dentro. Le tentó la cara, pero estaba fria como el hielo.

—Espera, dijo, te calentaré un poco.

Fuó al fuego, calentó su mano, y se la puso en el rostro, pero el muerto permaneci6 frio. Entonces le cogió en brazos, le llevó á la lumbre y le puso encima de sí y le frotó los brazos para que la sangre se le pusiese de nuevo en movimiento. Como no conseguia nada, se le ocurri6 de pronto:

—Si me meto con él en la cama, se calentará.

—Se llevó al muerto á la cama, le tapó y se echó á un lado. Al poco tiempo estaba el muerto caliente y comenzó á moverse. Entonces, dijo el jóven:

—Mira, hermanito, ya te he calentado.

Pero el muerto se levantó diciendo:

—Ahora quiero estrangularte.

—¡Hola! le contestó, son esas las gracias que me das! ¡Pronto volverás á tu caja!

Le cogió, le metió dentro de olla y cerró; entonces volvieron los seis hombres y se le llevaron de allí.

—No me asustarán, dijo; aquí no aprendo yo á ganarme la vida.

Entonces entró un hombre que era mas alto que los otros y tenia un aspecto horrible, pero era viejo y tenia una larga barba blanca.

—¡Ah, malvado, pronto sabrás lo que es miedo, pues vas á morir!

—No tan pronto, contestó el jóven.

—Yo te quiero matar, dijo el hechicero.

—Poco á poco, eso no se hace tan fácilmente, yo soy tan fuerte como tú y mucho mas todavía.

—Eso lo veremos, dijo el anciano; ven, probaremos.

Entonces lo condujo á un corredor muy oscuro, junto á una fragua, cogió un hacha y dió en un yunque, que metió de un golpe en la tierra.

—Eso lo hago yo mucho mejor, dijo el jóven.

Y se dirigió á otro yunque; el anciano se puso á su lado para verle, y su barba tocaba en la bigornia. Entonces cogió el jóven el hacha, abrió el yunque de un golpe y clavó dentro la barba del anciano.

—Ya eres mio, le dijo, ahora morirás tú.

Entonces cogió una barra de hierro y comenzó á pegar con ella al anciano hasta que comenzó á quejarse y le ofreció, si le dejaba libre, darle grandes riquezas. El jóven soltó el hacha y le dejó en libertad. El anciano lo condujo de nuevo al castillo y le enseñó tres cofres llenos de oro, que habia en una cueva.

—Una parte es de los pobres, la otra del rey y la tercera tuya.

Entonces dieron las doce y desapareció el espíritu, quedando el jóven en la oscuridad.

—Yo me las arreglaré, dijo.

Empezó á andar á tientas, encontró el camino del cuarto y durmió allí junto á la lumbre. A la mañana siguiente volvió el rey y lo dijo:

—Ahora ya sabrás lo que es miedo.

—No, le contestó, no lo sé; aquí ha estado mi primo muerto y un hombre barbudo que me ha enseñado mucho dinero, pero no ha podido enseñarme lo que es miedo.

Entonces le dijo el rey:

—Tú has desencantado el castillo y te casarás con mi hija.

—Todo eso está bien, le contestó; pero sin embargo, aun no sé lo que es miedo.

Entonces sacaron todo el oro de allí y celebraron las bodas, pero el joven rey, aunque amaba mucho á su esposa y estaba muy contento, no dejaba de decir:

—¿Quién me enseñará lo que es miedo? ¿quién me enseñará, etc.?

Esto disgustó al fin á su esposa y dijo á sus doncellas:

—Voy á procurar enseñarle lo que es miedo.

Fue al arroyo que corria por el jardin y mandó traer un cubo entero lleno de peces. Por la noche cuando dormia el joven rey, levantó su esposa la ropa y puso el cubo lleno de agua encima de él, de manera que los peces al saltar, dejaban caer algunas gotas de agua. Entonces despertó diciendo:

—¡Ah! ¿quién me asusta? ¿quién me asusta, querida esposa? ahora sé ya lo que es miedo.

LA MADRE VIEJA.

Una pobre anciana estaba sentada una noche sola en su cuarto en una gran ciudad, pensando que habia perdido primero á su marido, despues sus dos hijos; luego todos sus parientes unos despues de otros y por último que acababa de morir su postrer amigo y quedaba abandonada y sola en el mundo. Sentia en su corazon un disgusto tan profundo, sobre todo por la pérdida de sus dos hijos, que llegaba en su dolor hasta acusar á Dios.

Se hallaba así sumida en tristes pensamientos cuando la pareció oír tocar á misa. Admirada de que se hubiese pasado tan pronto la noche, encendió su luz y se dirigió hácia la iglesia. A su llegada halló la nave alumbrada no por velas como de costumbre, sino por una luz estraña y de un resplandor dudoso. La iglesia estaba llena de gente, todos los sitios estaban ocupados y cuando la anciana quiso sentarse en el banco en que lo hacia siempre, le encontró lleno de gente. Mirando á los que estaban sentados en él reconoció á sus parientes difuntos, con sus trages de hechura antigua pero con el rostro pálido. No hablaban ni cantaban, solo se oía un murmullo sordo y un ruido ligero en toda la iglesia.

Una de sus tias difuntas se acercó á ella y la dijo.

—Mira hácia el altar y verás á tus hijos.

La pobre madre vió en efecto á sus dos hijos, el uno estaba en la horca y el otro en la rueda. Entonces la dijo su tia.

—Mira lo que hubieran llegado á ser tus hijos, si Dios los hubiera dejado en el mundo y no los hubiera llamado á sí cuando estaban todavía en la edad de la inocencia.

La anciana entró en su casa temblando y dió gracias á Dios de rodillas porque habia hecho por ella mucho mas de lo que podia desear ni comprender. Se echó en la cama y murió á los tres dias.



LA ONDINA DEL ESTANQUE.

Haba en cierto tiempo un molinero que vivía feliz con su mujer tenían dinero y bienes y su propiedad aumentaba de año en año, pero la desgracia, dice el proverbio, viene durante la noche; su fortuna disminuyó de año en año, lo mismo que se había aumentado, y por último el molinero apenas podía llamar suyo el molino en que habitaba. Hallábase muy afligido, y cuando se acostaba por la noche terminado su trabajo, apenas podía descansar, pues sus penas le hacían dar vueltas en la cama. Una mañana se levantó antes de la aurora y salió para tomar el aire, imaginando que sentía algún alivio en su pesar. Cuando pasaba cerca de la escalera del molino, comenzaba á apuntar el primer rayo del sol y oyo un ligero ruido en el estanque. Se volvió y distinguió á una mujer muy hermosa, que se elevaba lentamente en medio del agua, sus largos cabellos, que habia echado con sus delicadas manos sobre sus espaldas, descendían por ambos lados y cubrían su cuerpo blanco y brillante como la nieve. No tardó en conocer que era la ondina del estanque, é ignoraba en su terror si debía quedarse ó huir de allí, pero la ondina dejó oír su dulce voz,

le llamó por su nombre y le preguntó por qué estaba tan triste. El molinero permaneció como mudo en un principio, pero oyéndola hablar con tanta gracia, se animó y le refirió que anteriormente había vivido feliz y rico, y que ahora se había quedado tan pobre que ignoraba qué hacerse.

—No tengas cuidado, contestó la ondina; yo te haré mas feliz y dichoso de lo que nunca has sido; más es preciso que me prometas darme lo que acaba de nacer en tu casa.

—Sin duda será algún perro ó algún gato, pensó para sí el molinero y la preguntó lo que la pedía.

La ondina se sumergió en el agua y él volvió corriendo, consolado y alegre, á su molino; aun no había llegado cuando salió la criada de la casa y le dijo que se regocijase, pues su mujer acababa de dar á luz un niño. Quedó el molinero como herido de un rayo, comprendiendo entonces que la maliciosa ondina sabía lo que pasaba y le había engañado. Acercóse al lecho de su mujer con la cabeza baja, y cuando le preguntó.

—¿Por qué no te alegras por el nacimiento de nuestro nuevo hijo?

La refirió lo que le había sucedido y la promesa que había hecho á la ondina.

—¿De qué me sirve la prosperidad y las riquezas, añadió, si debo perder á mi hijo?

Mas ¿qué había de hacer? sus mismos parientes cuando fueron á felicitarle, no le pudieron dar remedio ninguno.

La fortuna volvió sin embargo á la casa del molinero; cuanto emprendía le salía siempre bien, parecia que los baules y cofres se llenaban por sí mismos y que el dinero se multiplicaba en sus armarios durante la noche; trascur-

rido algun tiempo, era mucho mas rico que antes. Pero no podia gozar de su felicidad pues la promesa que habia hecho á la ondina destrozaba su corazon. Siempre que pasaba cerca del estanque tenia verla subir á la superficie y recordarle su deuda. No dejaba al niño acercarse al agua.

—Ten cuidado, le decia, si te acercas alguna vez ahí, saldrá una mano que te cogerá y te arrastrará al fondo.

Sin embargo como los años pasaban uno tras otro, y la ondina no parecia, comenzó á tranquilizarse el molinero.

El niño creció y llegó á hombre y le colocaron en casa de un cazador, en cuanto aprendió á cazar y supo bien la profesion, le recibió á su servicio el señor de la aldea, donde habia una hermosa y honrada jóven que agradó al cazador, y cuando lo supo su amo, le regalo una casita, donde vivieron felices y tranquilos amándose de todo corazon.

El cazador perseguia un dia un corzo; el animal salió del bosque á la llanura, y él le siguió matándole de un tiro. No habia notado que se hallaba cerca del peligroso estanque, y en cuanto cogió su presa fué á lavarse las manos llenas de sangre. Pero apenas las habia metido en el agua, cuando salió la ondina del fondo, le enlazó sonriente en sus húmedos brazos, y le arrastró tras sí con tal prontitud, que la ola le cubrió enteramente al cerrarse.

Cuando entrada la noche el cazador no volvia á su casa, su mujer sintió grande inquietud; salió á buscarle y como la habia referido algunas veces que tenia que guardarse de las emboscadas de la ondina y que no se atrevia á aventurarse en las cercanías del estanque, sospechó lo que habia sucedido. Corrió al estanque, y cuando vió la escopeta á la orilla no dudó ya de su desgracia. Llamó á su marido por su nombre, lamentándose y retorciéndose las manos, pero todo fue en vano, corrió al otro lado del estanque, dirigió á

la ondina las injurias mas violentas, mas no sintió respuesta alguna. El agua continuaba tranquila y la luna casi llena la miraba sin hacer el menor movimiento.

La pobre mujer no se separaba del estanque; con precipitados pasos y sin descansar daba vueltas á su alrededor, callando unas veces, dando gritos otras y murmurando algunas en voz baja. Faltáronle al fin las fuerzas, se sentó en el suelo y cayó en un profundo letargo; bien pronto comenzó á soñar.

Parecíala subir con la mayor inquietud por entre dos masas de rocas; las espinas y las piedras herian sus pies; la luna bañaba su rostro y el viento agitaba sus largos cabellos. Cuando llegó á la cumbre de la montaña, todo cambió de aspecto. El cielo era azul, el aire suave, la tierra descendia en suave pendiente, y en medio de un verde prado, esmaltado todo de flores, vió una bonita cabaña; se acercó á ella y abrió la puerta; en el interior se hallaba sentada una anciana de cabellos blancos, que la hizo una seña con la mayor amabilidad. La pobre mujer despertó en el mismo instante. Era ya de dia y decidió poner en seguida en práctica, lo que su sueño la habia aconsejado. Subió la montaña con gran trabajo y encontró todo lo que habia visto la noche anterior; la vieja la recibió con mucha bondad y la indicó una silla donde sentarse.

—Sin duda has tenido alguna desgracia, la dijo, cuando vienes á visitar mi solitaria cabaña.

La mujer la refirió llorando lo que la habia pasado.

—Consuélate, dijo, yo te recorreré. Toma ese peine de oro; espera hasta que llegue la luna llena, entonces vas á la orilla del estanque, te sientas y pasas el peine por tus largos cabellos negros. Cuando hayas concluido, le pones allí al lado y ya verás lo que sucede.

Volvió la mujer á su casa, pero transcurrió mucho tiempo antes de llegar la luna llena; al fin brilló en el cielo el redondo disco; fué entonces á la orilla del estanque, se sentó y pasó el peine de oro por sus largos cabellos negros, y cuando hubo concluido se sentó junto al agua. Poco después comenzó á moverse el fondo, se levantó una ola, rodó hácia la orilla y se llevó el peine. Aun no habria podido



tocar al fondo cuando se abrió el espejo del agua y subió á la superficie la cabeza del cazador; no habló, pero dirigió á su mujer una mirada llena de tristeza. En el mismo instante se levantó con grande ruido una segunda ola y cubrió la cabeza del cazador. Todo desapareció en seguida, el estanque quedó tranquilo como anteriormente y la faz de la luna volvió á brillar en él.

La mujer se marchó desesperada, pero se la apareció en sueños la cabaña de la vieja; á la mañana siguiente se puso en camino y contó su pena á la buena hada. La vieja la dió una flauta de oro y la dijo:

—Espera hasta la luna llena; entonces, coges esta flauta, te pones á la orilla del estanque, tocas un rato y cuando hayas concluido la dejas en la arena, y verás lo que sucede.

La mujer hizo lo que la habia dicho la vieja. Apenas habia dejado la flauta en la arena, comenzó á moverse el fondo del agua, se levantó una ola, se adelantó hácia la orilla y se llevó la flauta. Poco despues se entreabrió el agua, y no solo subió á la superficie la cabeza del cazador, sino todo él hasta la mitad de su cuerpo.

Estendió sus brazos hácia ella con ardoroso amor, pero vino una segunda ola con grande estrépito, le cubrió y le arrastró al fondo.

—¡Ah! dijo la desgraciada mujer, ¿de qué me sirve ver á mi amado para perderle enseguida?

Llenóse de nuevo su corazon de tristeza, pero un sueño la indicó por tercera vez la cabaña de la anciana. Se puso en camino y el hada la dió una rueca de oro, la consoló y la dijo:

—Todavía hay esperanza: aguarda hasta que llegue la luna llena; entonces tomas la rueca, te colocas en la orilla é hilas hasta que hayas llenado el uso; cuando concluyas colóca la rueca junto á el agua y verás lo que sucede.

La mujer siguió el consejo punto por punto: en cuanto llegó la luna llena, llevó la rueca de oro orilla del agua é hiló con la mayor actividad hasta que hubo concluido todo su lino y el hilo llenó el huso.

Apenas dejó la rueca junto á la orilla, se removi6 el fon-

do del agua con mas violencia que nunca, se adelantó una ola y se llevó la rucsa.

Enseguida subió á la superficie la cabeza y todo el cuerpo del cazador, saltó en un instante á la orilla, tomó á su mujer de la mano y echaron á correr, pero apenas habian dado algunos pasos, cuando se levantó toda el agua del estanque formando sólo una ola y se estendió por la llanura con una violencia irresistible.

Los dos fugitivos veian ya la muerte delante de sus ojos, cuando la mujer, con angustia, llamó á la vieja en su corazón, y en un momento fueron convertidos ella en sapo y él en rana.

La ola que los habia alcanzado no pudo acabar con ellos, pero los separó y los llevó muy lejos el uno del otro.

Cuando se retiró el agua y pusieron el pie en un terreno seco, volvieron á tomar su forma humana, pero ninguno de los dos sabia lo que habia sucedido al otro, se hallaban entre hombres estraños que no conocian su país; los separaban altas montañas y profundos valles. Los dos se vieron obligados á guardar ovejas para ganar el sustento y durante muchos años condujeron su ganado por los bosques y los campos, llenos de tristeza y de pesar.

En una ocasion, cuando comenzaban á brotar las flores de la primavera, salieron los dos con un rebaño en el mismo dia y la casualidad quiso que marchasen al encuentro el uno del otro. El mundo distinguió la pendiente de una montaña y dirigió hácia ella sus ovejas. Llegaron juntos al valle, pero no se conocieron y sin embargo se alegraron de no estar solos. Desde entonces llevaron todos los dias sus ganados á pacer juntos; no se hablaban, pero sentian un consuelo desconocido á sus almas.

Una noche cuando la luna brillaba en el cielo y descan-

saban ya las ovejas, sacó el pastor la flauta de su zorro y tocó una sonata muy melodiosa, pero también muy triste; cuando acabó vió que la pastora lloraba amargamente.

—¿Por qué lloras? le preguntó.

—¡Ah! contestó; así brillaba la luna cuando toqué por última vez esa sonata en la flauta y apareció en la superficie del agua la cabeza de mi amado.

La miró entonces el pastor, y le pareció que caía un velo de sus ojos, pues reconoció á su amada mujer, y mirándole á la luz de la luna que daba en su rostro, le reconoció ella á su vez. Arrojándose en los brazos uno del otro, se abrazaron, y no se pregunta si fueron dichosas.

LOS TRES RAMOS VERDES.

Habia una vez un ermitaño que vivía en un bosque al pie de una montaña; pasaba el tiempo rezando y haciendo buenas obras, y todas las tardes llevaba por penitencia dos cubos grandes de agua desde la ladera hasta la cumbre de la montaña, para regar las plantas y dar de beber á los animales, pues reinaba en aquella altura un aire tan fuerte que todo lo secaba, y los pájaros, que huían en aquel desierto de la presencia del hombre, buscaban en vano agua que beber con sus perspicaces ojos. Un ángel del Señor se aparecía al ermitaño para recompensar su piedad, y en cuanto concluía su tarea le daba de comer, como á aquel profeta que era sustentado por los cuervos de órden del Eterno.

El ermitaño llegó así, en olor de santidad, hasta una edad muy avanzada; pero un día en que vió á lo lejos un pobre pecador, á quien llevaban al cadalso, se atrevió á decir:

—Ya vas á pagar lo que has hecho.

Por la tarde, cuando subió el agua á la montaña, no se le apareció el ángel como costumbre, ni le trajo su comida. Atemorizado, inquirió en el fondo de su corazón en lo que podía haber ofendido á Dios, y no podía descubrirlo. Pos-

tróse en tierra y estuvo orando día y noche sin querer tomar alimento alguno.



Un día, cuando estaba llorando amargamente en el bosque, oyó á un pájaro que cantaba con una voz tan melodiosa que no pudo menos de decirle:

—¡Ah! pajarito, que contento cantas! El Señor no está incomodado contigo. ¡Ay! si pudieras decirme en lo que le

he ofendido, haria penitencia y volveria la alegría á mi corazón.

El pájaro le contestó:

—Has cometido una mala accion, condenando á un pobre pecador que llevaban al cadalso por eso está incomodado contigo el Señor, pues solo á él le corresponde juzgarle. Sin embargo, si haces penitencia y te arrepientes de tu pecado, te perdonaré.

El ermitaño vió entonces al ángel del Señor delante de él, con una rama seca en la mano.

El ángel le dijo estas palabras:

—Llevarás esta vara seca hasta que salgan de ella tres ramos verdes, y por las noches, cuando vayas á dormir la colocarás debajo de tu cabeza. Mendigarás el pan de puerta en puerta y no permanecerás mas que una noche bajo el mismo techo. Tal es la penitencia que te impone el Señor.

El hermitaño tomó la vara y comenzó á andar por el mundo, que hacia tanto tiempo tenia olvidado. No vivia mas que de las limosnas que le daban á las puertas, pero con frecuencia no hacian caso de sus súplicas y mas de una puerta permanecia cerrada, de modo que pasaba dias enteros sin tener una migaja de pan.

Un dia, en que habia estado desde por la mañana hasta por la noche mendigando de puerta en puerta y no habian querido darle nada, ni aun dejarle pasar la noche en un rincón del pajar, fué á un bosque, donde encontró un hueco abierto en una roca, en el que habia sentada una vieja.

—Buena mujer, la dijo, déjame pasar la noche en tu casa.

—No, le contestó; yo no me atreveria, aunque pudiera. Tengo tres hijos que son ladrones, y si te ven aquí cuando vengan nos matarán á los dos.

—Déjame entrar, dijo el ermitaño; no nos harán nada á ninguno de los dos.

La vieja tuvo compasion y se enterneció.

El hombre se echó al pié de la escalera con su vara debajo de la cabeza. La vieja le preguntó por qué se ponía así, y la refirió que cumplía una penitencia y que debía ser su almohada aquella rama seca. La mujer exclamó llorando.

—¡Ay! si Dios castiga así una simple palabra, ¿que será de mis hijos cuando comparezcan, el dia del juicio, delante de él.

A la media noche volvieron los ladrones haciendo mucho ruido. Encendieron una lumbre muy grande que iluminó toda la pieza, de modo que no tardaron en ver al hombre debajo de la escalera; encolerizados dijeron entonces á su madre:

—¿Quién es ese hombre? Olvidas que te hemos prohibido recibir aquí á nadie?

—Dejadle; es un pobre pecador que hace penitencia de sus pecados, contestó la madre.

—¿Qué ha hecho? preguntaron los bandidos. Vamos, viejo, cuéntanos tus pecados.

Se levantó entonces, y les refirió cómo por haber ofendido á Dios con sólo una palabra, habia tenido que someterse á una vida de expiacion. Los ladrones se conmovieron de tal modo al oír su historia, que se llenaron de terror al considerar su vida pasada; volvieron en sí, y comenzaron á hacer penitencia con sincera contricion.

El ermitaño, despues de haber convertido á aquellos pecadores, se echó á dormir debajo de la escalera. Pero al dia siguiente le encontraron muerto, y la vara seca, colocada bajo su cabeza, habia echado tres ramos verdes, por que el Señor le habia perdonado ya.

LOS SEIS COMPAÑEROS

QUE LO CONSIGUEN TODO.

Había una vez un hombre que era muy hábil en todos los oficios. Se hizo soldado y sirvió con valor, pero cuando se concluyó la guerra recibió la licencia con algún dinero para el gasto del camino. Esto no le convenía y se propuso, si encontraba compañeros, obligar al rey á darle todos los tesoros del reino.

Tomó incomodado el camino del bosque, y vió allí á un hombre que acababa de desarraigat seis árboles muy grandes con la mano, como si no hubieran sido mas que seis hojas de yerba.

Le preguntó.

—¿Quieres seguirme y servir á mis órdenes?

—Con mucho gusto, respondió el otro, pero antes tengo que llevar á mi madre este hacedillo de lana.

Y cogiendo uno de los árboles ató con él los otros, y se echó el haz á espaldas y se lo llevó.

Volvió á poco á encontrar á su amo, que le dijo.

—Nosotros dos lo conseguiremos todo.

Un poco mas allá encontraron un cazador que estaba de rodillas y que apuntaba con su escopeta.

El soldado le preguntó:

—¿A qué apuntas, cazador?

El le contestó:

—Dos leguas de aquí hay una mosca colocada en la rama de una encina, y quiero meterla la bala en el ojo izquierdo.

—¡Oh! Ven conmigo, le dijo el soldado. Nosotros tres lo conseguiremos todo.

El cazador le siguió y llegaron delante de siete molinos de viento que daban vueltas con la mayor velocidad, sin embargo de que no hacia un pelo de viento y no se movía la hoja de ningun árbol.

El soldado le dijo:

—No concibo cómo pueden andar estos molinos, pues no hace aire.

Dos leguas mas allá vieron un hombre que estaba subido en un árbol; tenia una de las narices tapada y soplabá con la otra.

—¿Qué diablos soplas ahí arriba? le preguntó el soldado.

—Dos leguas de aquí, le respondió, hay siete molinos de viento, y estoy soplando para hacerlos andar.

—¡Oh! ven conmigo, dijo el soldado; nosotros cuatro lo conseguiremos todo.

El que soplabá bajó del árbol y les acompañó. Al cabo de algun tiempo vieron á un hombre que estaba sobre un solo pie; se habia quitado el otro, y le tenía á su lado.

—Hé ahí uno, dijo el soldado, que de seguro quiere descansar.

—Soy un andarín, respondió el otro, y por no ir tan

de prisa me he quitado una pierna; cuando tengo puestas las dos ando más que las golondrinas.

—¡Oh! ven conmigo, dijo el soldado; nosotros cinco lo conseguiremos todo.

Se fué con ellos, y poco tiempo despues encontraron un hombre que tenia un sombrero pequeño puesto encima de la oreja.

El soldado le dijo:

—Dispensadme, caballero, creo que harfais mejor en poneros el sombrero derecho.

—Me guardaré muy bien, dijo el otro, pues si me pongo el sombrero derecho, hace un frio tan grande, que los pájaros se hielan en el aire y caen muertos en el suelo.

—¡Oh! entonces, dijo el soldado, ven conmigo; nosotros seis lo conseguiremos todo.

Los seis entraron en una ciudad en que el rey habia mandado pregonar que el que quisiera luchar en la carrera con su hija, se casaria con ella si era vencedor; pero se le cortaria la cabeza si era vencido. El soldado se presentó y preguntó si podia correr en lugar suyo uno de su compañía.

—¿Por qué no? respondió el rey; pero su vida y la tuya servirán de prenda, y si es vencido os cortarán á los dos la cabeza.

Convenidos asi, el soldado mandó al andarin que se pudiese la segunda pierna y le recomendó correr sin perder tiempo y no despreciar nada para obtener la victoria. Se habia decidido que seria vencedor el que trajese primero agua de una fuente situada muy lejos de allí.

El andarin y la hija del rey recibieron un cántaro cada uno al mismo tiempo; pero apenas habia dado algunos pasos la princesa, cuando se habia perdido de vista el andarin, como si se le hubiera llevado el viento. Llegó en segui-

da á la fuente, llenó su cántaro y se puso en camino. Pero se sintió cansado en medio del tránsito, y poniendo el cántaro en el suelo se hechó á dormir un rato; mas tuvo el cuidado de ponerse debajo de la cabeza un cráneo de caballo que encontró allí cerca para no tardar en despertar con la dureza de la almohada.



La princesa, que corria tan bien como puede hacerlo una persona en el estado natural, llegó á la fuente y se apresuró á volver despues de haber llenado el cántaro.

Encontró al andarin dormido:

—Bueno, se dijo alegremente, el enemigo está en mis manos.

Vació el cántaro del dormido y continuó su camino.

Todo se habia perdido; mas por fortuna, el cazador colocado en lo alto del palacio, vió esta escena con su perspicaz vista.

—Pues no faltaba más, dijo; sino que ganara la princesa

Y disparando su carabina, rompió el cráneo de caballo que servia de almohada al audarin, sin hacerle daño ninguno.

Despertando el otro sobresaltado, vió que estaba vacío su cántaro, y que la princesa le habia tomado ya un gran adelanto. Pero volvió á la fuente sin desanimarse, llenó de nuevo su cántaro y llegó al término de la carrera diez minutos antes que la princesa.

—Al fin, dijo, he tenido que menear bien las piernas; lo que habia hecho antes no era en realidad correr.

Pero el rey y su hija estaban furiosos de ver que el vencedor era un miserable soldado licenciado; resolvieron perderle á él y á todos sus compañeros.

El rey dijo á su hija:

—No tengas miedo. He encontrado un buen medio, no se me escaparán.

Después, bajo pretexto de observarles, los hizo entrar en un cuarto cuyo suelo era de hierro, lo mismo que las puertas y las ventanas.

En medio de la habitacion habia una mesa con una espléndida comida.

—Entrad, les dijo el rey; regalaos bien.

Y en cuanto estuvieron dentro, hizo cerrar con cerrojos todas las puertas por fuera. Después mandó venir á su cocinero y le dió la orden de encender lumbre debajo del cuarto hasta que el piso de hierro se pusiera enteramente roj. Puso en ejecucion la orden y los seis compañeros que estaban á la mesa comenzaron á tener calor; creyeron en un principio que provenia de lo mucho que comian; pero yendo el calor siempre en aumento, quisieron salir, y vieron que las puertas y las ventanas estaban cerradas y que el rey habia querido jugarles una mala pasada.

—Pero ha cerrado el golpe, dijo el hombre del sombrero. Lo, pues voy á hacer venir un frio que hará impotente al calor.

Entonces se metió el sombrero hasta los ojos, y comenzó á hacer tal frio, que desapareció el calor y se helaron los platos de la mesa.

Al cabo de dos horas el rey, creyendo que estaban ya muertos, hizo abrir las puertas y vino á ver por sí mismo lo que les habia sucedido. Pero halló á los seis muy frescos y contentos, diciendo que deseaban poder salir para ir á calentarse un poco, porque hacia tal frio en el cuarto, que se les habian helado los platos encima de la mesa. Incomodado el rey, fué á buscar al cocinero, y le preguntó por qué no habia ejecutado sus ordenes.

Pero el cocinero le respondió:

—He echado una lumbre capaz de asar una docena de bueyes. Vedlo vos mismo.

El rey reconoció en efecto que se habia echado una lumbre muy grande debajo del cuarto en que los seis compañeros habian sabido librarse del calor.

El rey, deseoso de deshacerse de estos incómodos huéspedes, llamó al soldado, y le dijo

—Si quieres ceder los derechos que tienes á la mano de mi hija, te daré todo el oro que desees.

—Con mucho gusto, señor, respondió el otro; dadme únicamente todo el oro que pueda llevar uno de los míos y dejo á la princesa.

El rey se puso muy alegre; el soldado le dijo que volveria á buscar su oro dentro de quince dias. Entre tanto convocó en el mismo instante á todos los sastres del reino y los alquiló por quince dias para hacer un saco. En cuanto estuvo concluido, el Hércules de la banda, el que desarrai-

gaba los árboles con la mano, se lo echó á cuestas y se presentó en palacio. El rey preguntó quién era aquel mozo tan vigoroso que llevaba en las espaldas un fardo de paño tan grande como una casa, y cuando lo supo se asustó pensando en todo el oro que cabía dentro. Hizo traer un tonel que apenas podían hacer rodar seis hombres de los mas fuertes, pero el Hércules lo cogió con una mano y, echándole en el saco, se quejó de que le hubiesen traído tan poco que no había, ni aun para llenar el fondo.

El rey hizo traer sucesivamente todo su tesoro, que pasó entero al saco, sin llevar ni aun la mitad.

—Traed mas, gritó el Hércules, dos nueces no bastan para hartar á un hombre.

Trajeron además setecientos carros cargados de oro de todas las partes del reino, y los metió en el saco con huesos y todo.

Cuando estuvo todo dentro, aun quedaba lugar, pero dijo:

—Hay que concluir, bien puede uno cerrar su saco antes de que esté lleno.

Y se le echó á espaldas, y fué á reunirse á sus compañeros.

El rey viendo que un solo hombre se llevaba todas las riquezas del reino, se puso muy enfadado y mandó montar á toda su caballería, con la órden de perseguir á los compañeros y quitarles el saco. Poco despues les alcanzaron dos regimientos que les dijeron:

—Daos prisioneros, entregad el saco y el oro que contiene, ó morís en el acto.

—¿Qué decís? respondió el que soplabá, ¿que somos prisioneros? Antes echareis todos á volar.

Y tapándose una de las narices se puso á soplar con la

otra á los dos regimientos, de modo que los dispersó acá y allá, por el azul del cielo, por encima de los valles y las montañas. Un antiguo sargento mayor le pidió gracia, diciendo que tenia nueve cicatrices, y que un valiente como él no merecia ser tratado tan ignominiosamente. El que soplaba se detuvo un poco, de manera que el sargento cayó sin lesion, pero le dijo

—Vé á buscar á tu rey y dile que aunque hubiera enviado doble gente contra nosotros, yo los hubiera hecho bailar á todos en el aire.

Al saber la aventura, dijo el rey :

—Es preciso dejarlos marcharse los pícaros son hechiceros. Los seis compañeros se llevaron así sus riquezas, se las repartieron, y vivieron felices hasta el fin de sus dias.

LA LIEBRE Y EL ERIZO.

Esta historia, niños, va á pareceros una mentira y sin embargo es verdadera, pues mi abuelo de quien la sé no dejaba nunca, cuando me la referia, de añadir:

—Debe sin embargo ser verdadera, pues, si no, no la contaria nadie.

Hé aquí la historia tal como ha pasado.

Era una hermosa mañana de verano, durante el tiempo de la siega, precisamente cuando el alforfon, trigo negro, está en flor. El sol brillaba en el cielo, el aire de la mañana ponía en movimiento los trigos, las alondras cantaban volando, las abejas zumbaban en el alforfon, las personas iban á la iglesia con el vestido del domingo y todo el mundo se alegraba y tambien el erizo.

El erizo estaba delante de su puerta, tenia los brazos cruzados, miraba pasar el tiempo y cantaba un cantarcillo, ni mas ni menos que como lo canta un erizo en una hermosa mañana de domingo.

Mientras cantaba así, á media voz, se le ocurrió, muy osadamente en verdad, interin su mujer lavaba y vestia á sus hijuelos, dar algunos paseos por la llanura é ir á ver cómo

crecían los nabos. Los nabos se hallaban cerca de su casa, tenía la costumbre de comerlos con su familia y los cogía como si fueran suyos. Dicho y hecho.

El erizo cerró la puerta detrás de sí y se puso en camino. Apenas se hallaba fuera de la casa é iba precisamente á pasar por delante de una zarza, que se hallaba junto al campo donde crecen los nabos, cuando encontró á la liebre que había salido con una intención semejante, para ir á visitar sus berzas.



Así que el erizo vió á la liebre, pensó jugarla una buena treta y la dió los buenos días con mucha política; pero la liebre que era un personaje muy grande á su manera y de un carácter orgulloso, no devolvió el saludo, sino que dijo con un aire muy burlon:

—¿Cómo corres tan temprano por el campo, en una mañana tan hermosa?

—Voy á pasearme, dijo el erizo.

—A pasearte? dijo riendo la liebre; me parece que necesitarías para ello cambiar de piernas.

Esta respuesta disgustó mucho al erizo, pues no se incomodaba, mas que cuando se trataba de sus piernas, porque las tenía torcidas do nacimiento.

—Te imaginas quizá, dijo á la liebre, ¿qué tus piernas valen mas que las mías?

—Lo creo al menos, dijo la liebre.

—Eso es lo que está por ver, repuso el erizo; apuesto á que, si corremos juntos, corro mas que tú.

—¿Con tus piernas torcidas? Tú te chanceas, dijo la liebre; pero si quieres apostaremos. ¿Qué vamos á ganar?

—Un luis de oro y una botella de aguardiente, dijo el erizo.

—Apostado, dijo la liebre; toca y podemos probarlo en el acto.

—No, á nada viene tanta prisa, dijo el erizo; aun no he tomado nada hoy y quiero ir á mi casa á tomar cualquier cosa. Volveré dentro de media hora.

Consintió la liebre y se marchó el erizo. Por el camino se iba diciendo á sí mismo. La liebre se fia en sus largas piernas, pero yo se la jugaré. Se dá mucha importancia, pero es muy tonta y lo pagará.

En cuanto llegó á su casa, dijo el erizo á su mujer.

—Mujer, vistete corriendo; es preciso que veagas al campo conmigo.

—¿Qué pasa? dijo su mujer.

He apostado con la liebre un luis de oro y una botella de aguardiente á que corro mas que ella, y es preciso que seas de la partida.

—Pero Dios mio, hombre, dijo la mujer al erizo levantando la cabeza: ¿estás en tu sentido, has perdido la cabeza? ¿Cómo pretendes luchar en la carrera con la liebre?

—Silencio, mujer, dijo el erizo; no te metas en lo que

no te importa. Nunca te mezcles en los negocios de los hombres. Anda, vístete y ven conmigo.

¿Qué había de hacer la mujer del erizo? tenía que obedecer, con ganas ó sin ellas.

Cuando salían juntos, dijo el erizo á su mujer:

—Pon cuidado en lo que voy á decirte. Vamos á correr por esa tierra grande que ves ahí. La liebre correrá por un surco y nosotros por el otro, partiremos de allá abajo. Tú no tienes mas que estar escondida dentro del surco, y cuando llegue la liebre cerca de tí, te levantas gritando: aquí estoy.

Apenas había dicho esto, llegaron al punto designado. El erizo indicó á su mujer el puesto que debía ocupar, y subió campo arriba. Cuando hubo llegado al otro extremo encontró á la liebre que le dijo:

—Vamos á correr.

—Sin duda, repuso el erizo.

—Pues, comencemos.

Y cada uno se colocó en su surco.

La liebre dijo:

—Una, dos, tres.

Y partió como un torbellino, saltando varas enteras. El erizo dió dos ó tres pasos detrás de ella, despues se agazapó en el surco y se estuvo quedo.

En cuanto llegó la liebre, á grandes zancadas al otro lado de la tierra, le gritó la mujer del erizo:

—Aquí estoy.

La liebre se admiró y maravilló mucho; creia oír al mismo erizo, pues la mujer era exactamente igual á su marido.

La liebre pensó para sí.

El diablo anda en esto.

Y añadió:

—Vamos á correr otra vez.

Y volvió á correr partiendo como un torbellino, saltando varas enteras, de modo que sus orejas flotaban al viento. La mujer del erizo no se movió de su puesto; cuando la liebre llegó al otro extremo de la tierra, la gritó el erizo:

—Aquí estoy.

La liebre fuera de sí, dijo.

—Volvamos á empezar, vamos á correr otra vez.

—¿Por qué no? respondió el erizo, estoy dispuesto á continuar todo el tiempo que quieras.

La liebre corrió así setenta y tres veces seguidas, y el erizo sostuvo la lucha hasta el fin; cada vez que la liebre llegaba á un extremo ó otro del campo, el erizo ó su mujer, decían siempre.

—Aquí estoy.

A las setenta y cuatro veces, la liebre no pudo concluir. Rodó por el suelo, en medio del campo la empezó á salir sangre por todas partes y espiró en el acto. El erizo cogió el Luis de oro que había ganado y la botella de aguardiente, llamó á su mujer para que saliese del surco y ambos entraron muy contentos en su casa y, si no se han muerto, viven todavía.

Así fue como el erizo en el erial de Buxtelmdc (1) corrió hasta que hizo morir á la liebre, y desde aquel tiempo ninguna liebre se ha atrevido á correr con ningún erizo de Buxtelmdc.

La moral de esta historia es mucho mas importante de lo que puede imaginarse; nadie, en primer lugar, debe burlar-

(1) País á cuyos habitantes se acusa de ser los bobos de Alemania.

se del mas pequeño, aunque sea un erizo; y, en segundo lugar, es bueno, si tomáis mujer, que la toméis de vuestra clase, y semejante á vos en un todo. Si sois erizo, tened cuidado de que vuestra mujer sea eriza, y lo mismo en las demas clases.

EL HUSO, LA LANZADERA Y LA AGUJA.

Quedóse huérfana una joven á poco de nacer, y su madrina, que vivia sola en una cabaña al estremo de la aldea, sin mas recursos que su lanzadera, su aguja y su huso, se la llevó consigo, la enseñó á trabajar y la educó en la santa piedad y temor de Dios. Cuando llegó la niña á los quince años, cayó enferma su madrina, y llamándola cerca de su lecho, la dijo:

—Querida hija, conozco que voy á morir; te dejo mi cabaña que te protegerá del viento y la lluvia, y te lego tambien mi huso, mi lanzadera y aguja, que te servirán para ganar el pan.

Poniéndola despues la mano en la cabeza, la bendijo, añadiendo:

—Conserva á Dios en tu corazon, y llegarás á ser feliz.

Cerráronse en seguida sus ojos, y la pobre niña acompañó su ataud llorando, y la hizo los últimos honores.

Desde entonces vivió sola, trabajando con la mayor actividad, ocupándose en hilar, tejer y coser y la bendiccion de la buena anciana la protegía en todo aquello en que ponía mano. Se podia decir que su provision de hilo era in-

gotable, y apenas habia tejido una pieza de tela ó cosido una camisa, se la presentaba en seguida un comprador que la pagaba con generosidad; de modo que, no sólo no se hallaba en la miseria, sino que podia también socorrer á los pobres.

Por el mismo tiempo, el hijo del rey se puso á recorrer el pais para buscar mujer con quien casarse. No podia elegir una pobre, pero tampoco queria una rica, por lo cual decia que se casaria con la que fuese á la vez la mas pobre y la mas rica. Al llegar á la aldea donde vivia nuestra jóven, preguntó, segun su costumbre, dónde vivian la mas pobre y la mas rica del lugar. Se le designó en seguida la segunda; en cuanto á la primera se le dijo que debía ser la óvca que habitaba en una cabaña aislada al extremo de la aldea.

Cuando pasó el príncipe, la rica, vestida con su mejor traje, se hallaba delante de la puerta, se levantó y salió á su encuentro, haciéndole una profunda cortesía; pero él la miró sin decirle una palabra y continuó su camino. Llegó á la cabaña de la pobre, que no habia salido á la puerta y estaba encerrada en su cuarto; detuvo su caballo y miró por la ventana á lo interior de una habitación que iluminaba un rayo de sol; la jóven estaba sentada delante de su rueda é hilaba con el mayor ardor. No dejó de mirar furtivamente al príncipe, pero se puso muy encarnada y continuó hilando, bajando los ojos aunque no me atreveré á asegurar que su hilo fuera tan igual como lo era antes; prosiguió hilando hasta que partió el príncipe. En cuanto no se le vió ya, se levantó á abrir la ventana, diciendo

—¡Qué calor hace aquí!

Y le siguió con la vista mientras pudo distinguir la pluma blanca de su sombrero.

Volvió á sentarse, por último, y continuó hilando, pero no se la iba de la memoria un refran que habia oido repetir con frecuencia á su madrina, el cual se puso á cantar, diciendo:

Corre huso, corre, á todo correr,
mira que es mi esposo y debe volver.

Mas hé aquí que el huso se escapó de repente de sus manos y salió fuera del cuarto; la jóven se le quedó mirando, no sin asombro, y le vió correr á través de los campos, dejando detrás de sí un hilo de oro. Al poco tiempo estaba ya muy lejos y no podia distinguírle. No teniendo huso, cogió la lanzadera y se puso á tejer.

El huso continuó corriendo, y cuando se le acabó el hilo, ya se habia reunido al príncipe.

—¿Qué es esto? exclamó; este huso quiere llevarme á alguna parte.

Y volvió su caballo, siguiendo al galope el hilo de oro. La jóven continuaba trabajando y cantando:

Corre, lanzadera, corre tras de él,
tráeme á mi esposo, pronto tráemelo.

En seguida se escapó de sus manos la lanzadera, dirigiéndose á la puerta; pero al salir del umbral comenzó á tejer, comenzó á tejer el tapiz mas hermoso que nunca se ha visto; por ambos lados le adornaban girnaldas de rosas y de lirios, y en el centro se veian pámpanos verdes sobre un fondo de oro; entré el follaje se distinguian liebres y conejos, y pasaban la cabeza, á través de las ramas, ciervos y corzos; en otras partes tenia pájaros de mil colores, á los que no faltaba mas que cantar. La lanzadera con-

tinuaba corriendo, y la obra adelantaba á las mil maravillas.

Corre, aguja, corre, á todo correr,
prepáralo todo, que ya va á volver.

La aguja, escapándose de sus dedos, echó á correr por el cuarto con la rapidez del relámpago, pareciendo que tenia á sus órdenes espíritus invisibles, pues la mesa y los bancos se cubrían con tapetes verdes, las sillas se vestían de terciopelo y las paredes de una colgadura de seda.



Apenas habia dado la aguja su última puntada, cuando la joven vió pasar por delante de la ventana la pluma blanca del sombrero del príncipe, á quien habia traído el hilo de oro; entró en la cabaña pasando por encima del tapiz y en el cuarto donde vió á la joven, vestida como antes, con su pobre trage, pero hilando, sin embargo, en medio de este lujo improvisado, como una rosa en una zarza.

—Tú eres la mas pobre y la mas rica, esclamo, ven, tú serás mi esposa.

Presentóle ella la mano sin contestarle, él se la besó, y haciéndola subir en su caballo, la llevó á la córte, donde se celebraron sus bodas con grande alegría.

El huso, la lanzadera y la aguja, se conservaron con la mayor cuidado en el tesoro real.

EL ABUELO Y EL NIETO.

Había una vez un pobre muy viejo que no veía apenas, tenía el oído muy torpe y le temblaban las rodillas. Cuando estaba á la mesa, apenas podía sostener su cuchara, dejaba caer la copa en el mantel, y aun algunas veces escapar la baba. La mujer de su hijo y su mismo hijo estaban muy disgustados con él, hasta que, por último, le dejaron en un rincón de un cuarto, donde le llevaban su escasa comida en un plato viejo de barro. El anciano lloraba con frecuencia y miraba con tristeza hácia la mesa. Un día se cayó al suelo, y se le rompió la escudilla que apenas podía sostener en sus temblorosas manos. Su nuera le llenó de improperias á que no se atrevió á responder, y bajó la cabeza suspirando. Compráronle por un cuarto una tarterilla de madera, en la que se le dió de comer de allí en adelante.

Algunos días despues, su hijo y su nuera vieron á su niño que tenía algunos años, muy ocupado en reunir algunos pedazos de madera que habia en el suelo.

—¿Qué haces? preguntó su padre.

—Una tartera, contestó, para dar de comer á papá y á mamá cuando sean viejos.



El marido y la mujer se miraron por un momento sin decirse una palabra. Despues se echaron á llorar, volvieron á poner al abuelo á la mesa, y comió siempre con ellos, siendo tratado con la mayor amabilidad.

LA MESA, EL ASNO Y LA VARA

MARAVILLOSA.

Habia una vez un sastre que tenia tres hijos y una cabra. Como la cabra daba leche para toda la familia, era necesario procurarla buen pasto, y llevarla al campo todos los dias. Los hijos se hallaban obligados á esto y lo hacian por turno. Un dia la llevó el mayor al cementerio, donde habia yerba muy crecida, que comió con extraordinaria alegría dando muchos saltos. Cuando volvian á casa al anochecer, la preguntó el mancebo.

—¿Has comido cabra?

A lo que le contestó.

Estoy atascada,
Saciada,
¡Bah! ¡ba!

—Vamos á casa, dijo el jóven y cogiéndola por la cuerda la llevó al establo, donde la ató.

—Ha comido la cabra todo lo que queria, dijo el sastre viejo.

—Sí, contestó el hijo está atascada y saciada.

Mas queriendo el padre asegurarse por sí mismo, fué al establo y se puso á acariciar á su querido animal, diciéndole.

—¿Cabrita, has comido bien?

La cabra le contestó.

¿Cómo habia de comer,
si no he hecho mas que correr
sin hallar una hoja que paecer?
¡Beh! ¡bé!

—¿Qué viejo! dijo el sastre, y saliendo del establo, rogó á su hijo.

—Embustero, no me has dicho, que la cabra estaba harta y ha vuelto en ayunas.—Cogió encolerizado la vara de medir, y le echó de la casa dándole de palos.

Al dia siguiente tocaba la vez al hijo segundo, quien buscó á lo largo del cercado del jardín un lugar bien provisto de yerba y la cabra cortó hasta el último tallo.—Por la noche cuando se trataba de volver la preguntó

—¿Has comido cabra?

A lo que contestó.

Estoy atascada,
Saciada.
¡Bah! ¡ba!

—Vamos á casa dijo el joven y la llevó al establo, donde la ató.

—¿Ha comido la cabra todo lo que necesitaba? dijo el sastre

—¡Oh! sí, contestó el hijo, está atascada y saciada

El sastre que era aficionado á verlo todo por sí mismo, fué al establo y preguntó.

—¿Cabrera, has comido bien?

A lo que respondió la cabra.

¿Cómo había de comer,
si no he hecho mas que correr
sin hallar una hoja que pacer?
¡Bah! ¡bá!

—¡Miserable! exclamó el sastre, ¿dejar en ayunas á animal tan bueno! y puso tambien en la calle á palos á su hijo segundo.

Toco al hijo menor al dia siguiente que para hacer bien las cosas buscó sotos provistos de buenas yerbas, en los que puso á comer á la cabra. Por la noche cuando se trató de volver, la preguntó.

—¿Has comido cabra?

A lo que contestó:

Estoy atascada,
Saciada,
¡Bah! ¡ba!

—Vamos á casa, dijo el jóven, y la llevó al establo, y la ató.

—¿Ha comido la cabra, todo lo que necesitaba? preguntó el sastre.

—Ah! contestó el hijo, está atascada y saciada.

Pero el sastre que no tenia confianza fué al establo, y preguntó.

—¿Has comido bien, cabrita?

Pero el malvado animal contesto

¿Cómo había de comer
si no he hecho mas que correr

sin hallar una hoja que pacer?
¡Beh! ¡bé!

—Raza de embusteros, gritó el sastre tan malos y tan desalmados unos como otros; pero no me enfadareis ya más! y fuera de sí de cólera, mojó á su hijo á palos con la vara de medir, de manera que el jóven escapó á su vez de la casa paterna

El sastre se quedó entonces solo con su cabra; al día siguiente fué al establo y se puso á acariciarla diciendola.

—Ven, querida cabrita, voy á llevarte á pacer yo mismo.

Cogió la cabra y la llevó á unos prados llenos de verde, á sitios donde brotaba la yerba con mil hojas, y á otros lugares que agradan á las cabras.

—Hoy te dije, puedes sacar la tripa de mal año, y la dejó pacer hasta la noche.

Entonces la preguntó.

—¿Has comido, cabra?

—A lo que contestó.

Estoy atascada,
Saciada,
¡Bah! ¡ba!

—Vamos á casa, dijo el sastre y la llevó al establo, donde la ató.

Al salir volvió á repetirla.

—¿Has comido bien hoy?

· Pero la cabra no se portó mejor con él padre que se había portado con los hijos.

„ Como habia de comer,
si no he hecho mas que correr
sin hallar una hoja que pacer?
¡Beh! ¡bé!

Sorprendido el sastre al oír esto, comprendió que había echado á sus hijos de su casa injustamente.

—Espera, dijo ingrato animal, el echarte así es muy poco, quiero marcarte de manera que no te atrevas jamás á presentarte delante de ningún honrado sastre.

En el mismo instante cogió la navaja de afeitar, dió jabón á la cabra en la cabeza y se la puso tan lisa como la palma de la mano, y como la vara era muy hermosa para ella, cogió su látigo y la dió tales latigazos que echó á correr dando saltos prodigiosos.

Viéndose solo en su casa comenzó el sastre á fastidiarse y hubiera querido llamar á sus hijos, pero nadie sabía lo que les había sucedido.

El mayor se había puesto de aprendiz en casa de un ebauista: aprendió el oficio con aplicación, y cuando terminó el tiempo de su contrato, quiso marcharse á probar fortuna. Su maestro le regaló una mesita comun en la apariencia, pero dotada de una preciosa cualidad. Cuando la ponían delante de alguien, y la decían: mesa sírveme; aparecía en el mismo instante con un hermoso mantel blanco, con su plato, su cuchillo y su tenedor, y otros platos llenos de toda clase de manjares, tantos como cabían en ella y un vaso lleno de vino tinto que regocijaba el corazón.

El jóven se creyó rico mientras viviera y echó á correr por el mundo sin hacer caso de si las posadas eran buenas ó malas, ó de si encontraba ó no qué comer.

Muchas veces ni aun entraba en ninguna parte, sino que en medio del campo en un bosque, en una pradera ponía su mesa, y sin mas que decirle, sírveme, se hallaba servido en el mismo instante.

Se le ocurrió al fin volver á casa de su padre, creyendo que ya se habría apaciguado su cólera, y que sería bien

recibido por la mesa maravillosa. En el camino entró una noche en una posada que estaba llena de viajeros, le dieron la enhorabuena por su llegada y le invitaron á sentarse á la mesa con ellos, pues si no le costaría mucho trabajo el encontrar comida.

—No, contestó, no quiero tomar parte en vuestro escote, es convidado por el contrario á tomarla conmigo.

Se echaron á reir creyendo querria burlarse, sin embargo, preparó su mesa en medio de la sala y dijo:

—Mesa, sírveme.

En seguida se cubrió de manjares, tales como no habían salido nunca de la cocina de la posada, y cuyo olor agradaba al olfato de los convidados.

—Vanos, señores, exclamó; á la mesa.

Viendo de lo que se trataba no se hicieron de rogar, y se pusieron á trabajar heroicamente con el cuchillo en la mano, pero los llenaba de admiracion el ver que á medida que se vaciaba un plato, le reemplazaba otro lleno. Hallábase en un rincón el posadero viendo todo esto sin saber qué pensar, pero se decía á sí mismo que una cocina de esta clase le seria muy útil en su posada.

El ebanista y sus compañeros pasaron alegremente una parte de la noche y al fin fueron á acostarse; el jóven al meterse en la cama, colocó su mesa cerca de la pared; mas el posadero no podia dormir, agitado por diferentes pensamientos; recordó que tenia en el granero una mesa vieja exactamente igual, y fué á buscarla en silencio y la colocó en lugar de la otra.

Despertó al dia siguiente el ebanista y despues de haber pagado por la noche que habia pasado en la posada, cogió la mesa sin apercibirse del cambio, y continuó su camino.

Llegó al medio día á la casa de su padre, quien le recibió con extraordinario placer

—¿Qué has aprendido, querido hijo? le preguntó.

—El oficio de ebanista, padre mio.

—Es un buen oficio, replicó el anciano, y ¿qué has traído de tus viajes?

—Padre, lo mejor de cuanto poseo, es una mesita pequeña.

El padre miró por todas partes y le dijo.

—Si es esa tu obra maestra, no tiene nada de extraordinario, es un mueble viejo que apenas puede tenerse de pie.

—Oh! contestó el hijo, es una mesa mágica, cuando la mando me sirva, se llena de los platos mejores, y de vino para alegrar el corazón, y á convidar á todos nuestros parientes y amigos, que vengan á regalarse, la mesa bastará para todos.

Apenas estuvieron reunidos puso su mesa en medio del cuarto y la dijo:

—Mesa, sírvenos.

Mas no escuchó sus órdenes y continuo vacía como una mesa ordinaria.

El pobre muchacho conoció entonces que se la habían cambiado, y quedó tan avergonzado como un embustero cogido en mentira.

Los parientes se burlaron de él y volvieron á sus casas sin haber comido ni bebido. El padre cogió su aguja y su dedal, y el hijo se puso á trabajar en casa de un maestro ebanista.

El segundo hijo entró en casa de un molinero. Cuando terminó su ajuste le dijo su amo:

—Te voy á dar este asno para recompensarte por tu

buena conducta. Es de una raza especial y no sirve para carga ni para tiro.

—¿Pues entonces, para qué sirve? contestó el jóven.

—Dá oro, contestó el molinero, no tienes mas que colocarle encima de un paño estendido y decir *bricklebrit* y el bueno del animal echará oro por delante y por detrás.

—Hé ahí un animal maravilloso, repuso el jóven.

Dió gracias á su amo y comenzó á correr el mundo. Cuando necesitaba dinero, con solo decir á mano *bricklebrit* llovian las monedas de oro sin tener mas trabajo que el de recogerlas. Por todas partes por donde iba, lo mejor no era bueno para él y lo mas caro estaba á su disposicion, pues tenia siempre la bolsa repleta. Despues de haber viajado algun tiempo, creyó se habria mitigado ya la cólera de su padre, y que podria ir á reunirse con él, pudiendo ser bien recibido, por lo menos en consideracion á su asno. Entró en la única posada en que su hermano habia perdido la mesa; llevaba su asno suelto; el posadero quiso cogerle y atarle, mas el jóven le dijo:

—No os tomeis ese trabajo, yo mismo iré y ataré á mi asno en la cuadra, porque quiero saber siempre donde se halla.

Sorprendido el posadero, supuso que un hombre que queria cuidar por sí mismo de su asno, no haria mucho gasto; pero cuando el forastero, metiendo la mano en el bolsillo, sacó dos monedas y le mandó le sirviera de todo lo mejor, abrió unos ojos muy grandes y se puso á buscar todo lo mejor que tenia. Despues de la comida, preguntó al posadero lo que le debia, quien no perdonando medio para aumentar la cuenta, le contestó que debia aun otras dos monedas de oro. El jóven metió la mano en el bolsillo, pero estaba vacío.

—Esperad un instante, dijo, voy á buscar dinero.
Y salió llevándose el mantel.

El posadero no comprendia nada de lo que estaba viendo, pero era curioso; siguió al viajero, y aunque este cerró la puerta de la cuadra, miró por una rendija. El forastero estendió el mantel debajo del asno, dijo *bricklebrit*, y el animal comenzó en seguida á echar oro por delante y por detrás; era una lluvia.

—¡Diablo! dijo el posadero; ¡escudos nuevecitos! Semejante tesoro no hacia daño á su asno.

El jóven pagó su gasto y se fué á acostar; mas el posadero se deslizó por la noche en la cuadra, quitó el asno que daba dinero y puso otro, en lugar suyo.

A la mañana siguiente tomó el jóven su asno, y se puso en camino creyendo que llevaba su animal mágico. Llegó al medio dia á casa de su padre, quien se alegró de verle y le recibió con los brazos abiertos.



- ¿Qué has hecho, hijo mio? le preguntó el viejo.
—Soy molinero, querido padre, le contestó.
—¿Qué traes de tu viaje?

—Nada mas que un asno.

—No faltan asnos entre nosotros, replicó el padre: mejor hubieras hecho en traernos una buena cabra.

—Pero, repuso el hijo, mi asno no es como los demás, es un asno mágico, no tengo mas que decir *bricklebril*, y enseguida deja caer tantas monedas de oro, que hay para llenar una manta; envíad á llamar á todos nuestros parientes, que voy á enriquecerlos de un golpe.

—No me disgusta, replicó el padre; ya no me cansaré en tirar de la aguja.

Y fué á buscar á toda su parentela.

Cuando estuvieron reunidos, hizo sitio el molinero, estendió su paño, y colocó el asno encima.—«Atenciou,» esclamó, y dijo: *bricklebril* Pero el asno no comprendia la magia, y lo que dejó caer en el paño ni aun por lo amarillo se parecia al oro. El pobre molinero conoció que lo habian robado, y poniendo una cara muy triste pidió perdón á sus parientes, que volvieron á sus casas tan pobres como habian venido. Su padre continuó obligado á vivir de la aguja y él se volvió de criado en un molino.

El tercer hermano se habia puesto de aprendiz en casa de un tornero, y como el oficio es difícil, tardó mucho mas tiempo en aprenderle que sus otros dos hermanos. Le enviaron á decir en una carta las desgracias que les habian sucedido, y que el posadero les habia robado los regalos mágicos de que eran poseedores. Cuando el tornero concluyó su aprendizaje y le llegó el tiempo de viajar, su maestro, para recompensarle por su buena conducta, le dió un saco, en el que habia un palo muy gordo.

—El saco me puede servir de algo, se dijo, me lo echaré á espaldas; pero ¿de qué me servirá el palo como no sea de peso?

—Voy á enseñarte su uso, le contestó el maestro; si alguno te hace mal, no tienes más que decir estas palabras: ¡palo, fuera del saco! En seguida saltará el palo á sus espaldas, y se meneará con tanta ligereza, que no podrá moverse en ocho dias; no cesando la broma hasta que digas: ¡palo, al saco!

El oficial dió gracias á su maestro, y se puso en camino con su saco; si se le arrimaba alguien demasiado cerca y queria tocarle, no tenia mas que decir: ¡palo, fuera del saco! y en seguida se ponía á limpiar la ropa de la gente sin que tuviesen tiempo de quitársela.

Llegó una noche á la posada donde se habia robado á sus hermanos; colocó su saco delante y se puso á referir todas las curiosidades que habia visto en el mundo.

—Sí, decía, cierto es que hay mesas que sirven de comer por sí solas, asnos que dan oro y otras cosas semejantes, que me hallo muy lejos de despreciar; pero todo esto no vale nada al lado del tesoro que llevo yo en mi saco.

El posadero enderezaba las orejas.

—Qué podrá ser, pensaba para sí, sin duda su saco está lleno de piedras preciosas me alegraría unirle al asno y á la meza, pues todas las cosas buenas entran por tres.

Cuando se acostaron, el jóven se echó en un banco, y se puso el saco debajo de la cabeza á manera de almohada. El posadero apenas le creyo bien dormido se acercó á él suavemente y comenzó á tirar poco á poco del saco para ver si podría quitarle y colocar otro en su lugar.

Mas el tornero le estaba espando hacia mucho tiempo, y en el momento en que el ladron dió un tirón fuerte exclamó: Palo, fuera del saco; y en seguida saltó el palo á las espaldas del beibon, y comenzó á plancharle las costuras del vestido. El desgraciado pedia perdon y misericordia, pero

cuanto mas gritaba mas fuerte caia el palo sobre sus espaldas, de modo que al fin dió con su cuerpo en tierra. Entonces, le dijo el tornero

—Si no me das en este mismo instante la mesa y el asno va á comenzar la danza otra vez.

—Ay, no, exclamó el posadero con una voz muy débil, todo te lo devolveré, pero haz entrar en el saco á ese maldito diablo.

—Seria sin embargo muy justo volver á comenzar, dijo el oficial, pero te perdono si cumples tu palabra.

Despues añadió:

—¡Palo al saco! y le dejó en paz

El tornero llegó al dia siguiente á casa de su padre con la mesa y el asno: su padre se alegró de volverle á ver, y le preguntó lo que habia aprendido.

—El oficio de tornero, querido padre, le contestó.

—Buen oficio, replicó el padre, ¿y que traes de tus viajes?

—Una hermosa pieza, amado padre, un palo metido en un saco

—¿Un palo? exclamó el padre, ¿y para qué? ¿Faltan acaso en ninguna parte?

—Pero no como el mio, querido padre, cuando le digo: Pa o fuera del saco, se lanza sobre los que me hacen daño, y los apalea hasta que caen al suelo pidiendo perdon, y me ha servido como vereis para recobrar la mesa y el asno que ese ladron de posadero habia robado á mis hermanos.

Mandados venir á los dos, y convidad á todos nuestros parientes, que quiero obsequiarlos y llenar sus bolsillos.

El sastre viejo fué á buscar á sus parientes aunque no tenia la mayor confianza; el tornero estendió un paño en el

cuarto, trajo al asno é unió á su hermano é pronunció las palabras sacramentales.

El molinero dijo *brachlebit*, y en seguida cayeron monedas de oro como si fueran granizo, y no cesó la lluvia hasta que todos ellos tuvieron mas de las que podian llevar (no te hubiera desagradado encontrarte allí querido lector). En seguida cogió el tornero la mesa y dijo á su hermano el ebanista.

—Ahora te toca á tí.

Apenas hubo dicho éste

—Mesa sírvenos. quedó servida y cubierta de los platos mas apetitosos.

Hubo entonces un festin como nunca lo habia visto el viejo en su casa, y todos continuaron reunidos divirtiéndose hasta que llegó la noche.

El sastre guardó cuidadosamente sus agujas, su dedal, su vara y sus hilos, y vivió contento y alegre el resto de sus dias en compañía de sus tres hijos.

¿Pero que habia sucedido á la cabra que fue causa de que el padre echara de su casa á sus tres hijos? Voy á referirlo.

Como tenia vergüenza de ver su cabeza pelada, fué á esconderse á una madriguera de zorras. Al volver percibió el zorro en la oscuridad dos ojos grandes que brillaban como ascuas, se asmedrentó y huyó.

Encontróse un oso y le dijo viendo su turbación:

—¿Qué hay, hermano zorro, de dónde vienes tan asustado?

—¡Ah! respondió el zorro; en el fondo de mi madriguera hay un mónstruo espantoso, que me ha mirado con dos ojos como dos ascuas.

—Pronto le echaremos, dijo el oso, y fué tambien á mirar al fondo de la madriguera; pero cuando vió aquellos

terribles ojos se llenó también de espanto, y huyó con la mayor ligereza para no tener que habérselas con el mónstruo.

Encontróle una abeja, y le dijo, viendo que su aspecto era poco tranquilo:

—¡Ah, compadre, qué cara tan triste tienes! ¿Qué ha sido de tu alegría?

—Dices bien, contestó el oso; pero hay en la madriguera del zorro un mónstruo de miradas tan terribles que no podemos hacerlo desalojar.

La abeja le replicó:

—Me da lástima de vosotros; yo soy una criatura débil, que apenas te dignas mirar en tu camino, pero sin embargo, creo que podré serle útil.

Volvió á la madriguera, se colocó en la cabeza de la cabra, y la picó con tal fuerza, que la chiva no pudo menos de gritar: ¡be! ¡be! y se lanzó al bosque como una loba; y desde entonces nadie sabe lo que se ha hecho de ella.

LOS TRES HERMANOS.

Un hombre tenia tres hijos y no poseia mas bienes que la casa en que vivia. Todos sus hijos querian heredarla, y no sabia cómo arreglarse para no perjudicar á ninguno. Lo mejor hubiera sido venderla y repartir el dinero entre los tres; pero no podia decidirse porque era la casa de sus antepasados. Al fin dijo á sus hijos:

—Marchaos á correr mundo, aprended cada uno un oficio, y cuando volvais heredaré la casa el que tenga mas habilidad.

La proposicion les agradó: el mayor resolvió ser herrador, el segundo barbero y el tercero maestro de cagrina. Se separaron, conviniendo estar en casa de su padre en un dia señalado. Cada uno de ellos se puso en casa de un buen maestro, que le enseñó bien el oficio. El mariscal herraba los caballos del rey, y creia que la casa seria para él. El barbero afeitaba á grandes señoras, y pensaba tambien que la casa vendria á ser suya. En cuanto al aprendiz de maestro de cagrina, recibió mas de un floretazo, pero apretaba los dientes y no se desanimaba, pues pensaba que si tenia miedo no seria para él la casa.

Cuando llegó el tiempo fijado, volvieron los tres á la casa de su padre. Pero no sabian cómo buscar la ocasion para manifestar su talento. Cuando hablaban entre sí de su situacion, acertó á pasar una liebre corriendo por la llanura.

—¡Diablo! dijo el barbero; hé aquí uno que viene como marca en cuaresma.

Cogiendo su vacía y su jabon, preparó la espuna hasta que el animal estuvo cerca, y corriendo tras él le jabonó á la carrera y le afeitó el bigote sin detenerse, ni cortarle un pelo de ninguna otra parte de su cuerpo.

—¡Eso es admirable! dijo el padre; si tus hermanos no hacen lo mismo, será para tí la casa.

Un instante despues pasó una silla de posta á escape.

—Padre mio, dijo el herrador, ahora vais á ver lo que sé yo hacer.

Y corriendo tras el coche, quitó á uno de los caballos las cuatro herraduras al galope y le puso otras cuatro.

—Eres un buen muchacho, dijo el padre, y vales tanto como tu hermano, y no sé en verdad como decidir entre los dos.

Pero el tercero dijo:

—Padre mio, ahora me toca á mí.

Y como empezaba á llover, sacó su espada y la agitó en todos sentidos encima de su cabeza, de modo que no le cayó ni una gota de agua. Aumentó la lluvia, y cayó al fin como si la echaran á cántaros, paró toda el agua con su espada, y permaneció hasta el fin, mojándose tan poco como si hubiera estado á cubierto dentro de un cuarto. Viendo esto el padre, no pudo ocultar su asombro.

—Tú has ganado, le dijo; la casa es tuya.

Los otros dos, llenos de la misma admiracion, aprobaron

la decision de su padre. Como se amaban todos mucho, permanecieron los tres juntos en la casa, ejerciendo su profesion, y ganaron mucho dinero. Vivieron dichosos hasta una edad muy avanzada. Habiendo muerto entonces uno de ellos, los otros se disgustaron de tal modo, que cayeron enfermos y murieron tambien.

Y á causa de su habilidad comun y de su recíproco afecto, se les enterró á los tres en la misma tumba.



LA SEPULTURA.

Un labrador muy rico estaba un día delante de su puerta, mirando sus campos y sus huertos; el llano estaba cubierto por la cosecha; los árboles estaban cargados de fruta. El trigo de los años anteriores llenaba de tal modo sus graneros, que las vigas del techo se doblaban bajo su peso. Sus establos estaban llenos de bueyes, de vacas y de caballos.

Entró en su cuarto y dirigió una mirada al cofre en que encerraba el dinero, pero mientras estaba absorto en la contemplación de estas riquezas, creyó oír en su interior una voz que le decía:

—¿Has hecho feliz, á pesar de todo tu oro, á alguno de los que te rodeaban? ¿Has aliviado la miseria de los pobres? ¿Has repartido tu pan con los que tenían hambre? ¿Has estado satisfecho con lo que poseías y no has deseado nunca más?

Su corazón no vaciló en contestar:

—Siempre he sido duro é inexorable, nunca he hecho nada por mis parientes ni por mis amigos. Más que en Dios he pensado siempre en aumentar mis riquezas. Aun cuan-

de hubiera poseído el mundo entero, no hubiera tenido nunca bastante.

Este pensamiento le atemorizó, temblándole las rodillas de tal modo que se vió obligado á sentarse. Al mismo tiempo llamaron á la puerta. Era uno de sus vecinos, cargado de hijos, á quienes no podia sustentar.—No ignoro, pensaba para sí, que mi vecino es mucho más desahogado que rico; sin duda no hará caso de mí, pero mis hijos me piden pan; voy á hacer una prueba.

En cuanto llegó á la presencia del rico, le dijo de esta manera:

—No ignoro que no os gusta socorrer á nadie, pero me dirijo á vos en la última desesperacion, como un hombre que, estando próximo á ahogarse, se agarra á la más débil rama. Mis hijos tienen hambre. prestadme un puñado de trigo. Un rayo de compasion penetró por primera vez en el hielo de aquel corazon avaro.

—No te prestaré un puñado, le respondió; te daré una fanega, pero con una condicion.

—¿Cuál? preguntó el pobre.

—Que pasarás las tres primeras noches, despues de mi muerte, velando sobre mi sepultura.

La proposicion no agradó mucho al pobre, pero en la necesidad en que se encontraba, tuvo que pasar por todo. Lo prometió, pues, y se llevó el trigo á su casa.

Parecia que el labrador habia adivinado el porvenir, pues á los tres dias murió de repente, sin que nadie lo sintiera. En cuanto estuvo enterrado, el pobre se acordó de su promesa; hubiera querido verse dispensado de ella, pero se dijo —Este hombre ha sido generoso para mí, ha dado pan á mis hijos, y además le he dado mi palabra y debo cumplirla.

A la caída de la tarde, fué al cementerio y se sentó encima de la sepultura.

Todo estaba tranquilo; la luna iluminaba los sepulcros y de cuando en cuando, volaba un bufo lanzando gritos fúnebres. A la salida del sol volvió á su casa sin haber corrido el menor peligro. Lo mismo se verificó á la noche siguiente.

La noche del tercer día sintió un secreto terror, como si fuera á pasar alguna cosa estraña. Al entrar en el cementerio, distinguió á lo largo de la pared un hombre como de unos cuarenta años, de rostro moreno y de ojos vivos y penetrantes, envuelto en una capa; bajo la cual sólo se veían unas grandes botas de montar.

—¿Qué buscáis aquí? le dijo el pobre; ¿no teneis miedo en este cementerio?

—Nada busco, respondió el otro, ¿y de qué he de tener miedo? Soy un pobre soldado licenciado y voy á pasar la noche aquí porque no tengo otro asilo.

—Pues bien, le dijo el pobre: ya que no teneis miedo, me ayudareis á guardar esta tumba.

—Con mucho gusto, respondió el soldado; mi oficio es hacer guardias. Quedémonos juntos y participaremos del bien ó del mal que se presente.

Los dos se sentaron encima de la sepultura.

Todo permaneció en silencio hasta el acercarse la media noche. Entonces sonó en el aire un silbido agudo y los dos guardias vieron delante de ellos al diablo en persona.

—Fuera de aquí, canallas, les gritó; este muerto me pertenece: voy á llevármele, y si no escapais pronto, os retuerzo el pescuezo.

—Señor de la pluma roja, le contestó el soldado: vos no sois mi capitan; no tengo ninguna orden que recibir de

vos y no os tengo miedo. Continuad vuestro camino; nosotros nos quedamos aquí.



El diablo pensó que con dinero lo obtendría todo de estos dos miserables, y tomando un tono mas dulce, les preguntó con la mayor familiaridad si consentían en alejarse dándoles una bolsa llena de oro.

—Con mucho gusto, respondió el soldado; eso es hablar como hombres, pero una bolsa de oro no es suficiente, pues no dejaremos este lugar si no nos dais con qué llenar una de mis botas.

—No tengo una cantidad tan grande aquí, dijo el diablo; pero voy á ir á buscarla. En la ciudad próxima vive un usurero amigo, que no vacilará en prestarme esa suma.

En cuanto partió el diablo, se quitó el soldado la bota izquierda diciendo:

—Vamos á jugarle una treta de campaña.—Compadre, dame tu navaja.

Cortó la suela de la bota y puso la badana derecha encima de unas yerbas muy altas, arrimada á un sepulcro que habia allí cerca.

No aguardaron mucho tiempo; el diablo llegó en breve con un pequeño saco de oro en la mano.

—Echadlo, dijo el soldado levantando un poco la bota, pero no será bastante cao

El diablo vació el saco, pero el oro cayó en el suelo y la bota quedó vacía.

—¡Imbécil! le gritó el soldado; ¿no te lo habia dicho? Vuelve y trae mucho mas.

El diablo partió meneando la cabeza y volvió al cabo de un rato con un saco mucho mayor bajo el brazo.

—Eso ya vale algo mas, dijo el soldado; pero dudo que hasta todavia para llenar la bota.

El oro cayó sonando, pero la bota quedó vacía. El diablo se aseguró por sí mismo mirando con sus ojos de fuego.

—¡Vaya unas botas que gastas! exclamó haciendo un gesto.

—¿Querias, replicó el soldado, que llevara como tú, un pie descalzo? ¿Desde cuándo te has vuelto avaro? Vamos, ve á buscar otro saco, ó si no ya estás demás aquí.

El diablo se alejó otra vez, pero estuvo mucho tiempo ausente; cuando volvió por fin, apenas podia llevar el enorme saco que traia sobre sus espaldas. Apresuróse á vaciarle en la bota, que se llenó menos que nunca. Iba encolerizado á arrancar las botas de manos del soldado, cuando vino á iluminar el cielo el primer rayo de sol naciente. En el mismo instante desapareció, lanzando un grito. La pobre alma se habia salvado.

El labrador queria repartir el dinero, pero el soldado le dijo :

—Da mi parte á los pobres. Voy á ir á tu casa, y con el resto viviremos juntos pacíficamente todo lo que Dios quiera.

LA MANIROTA. .

Habia una vez una jóven que era muy bonita, pero muy descuidada y perezosa. Cuando la hacian hilar, lo ejecutaba con tanto disgusto, que en vez de desenredar los pequeños pelotones de hilacha que se encuentran en el lino,



los arrancaba á puñados que echaba en el suelo á su lado. Su criada, que era una hilandera muy trabajadora, recogia

todas estas pizcas de lana, las limpiaba y las hilaba muy finas, y se llegó á hacer con ellas un bonito vestido.

Un jóven pidió por mujer á la manirota é iba ya á verificarse la boda. El dia antes la activa criada bailaba muy alegre con su vestido nuevo; la novia comenzó á cantar:

Con los restos de mi hilacha
se ha arreglado mi muchacha.

El novio la preguntó lo que queria decir, y le contó que con el lino que habia tirado se habia hecho un vestido su criada. El jóven, al saber esto, y al ver el descuido de la una y la actividad de la otra, dejó á su novia y se casó con la criada.

LOS ENANOS MÁGICOS.

I.

Habia un zapatero que, á consecuencia de muchas desgracias, llegó á ser tan pobre que no le quedaba material mas que para un solo par de zapatos. Le cortó por la noche para hacerle á la mañana siguiente: despues, como era hombre de buena conciencia, se acostó tranquilamente, rezó y se durmió. Al levantarse al otro dia fué á ponerse á trabajar, pero encontró encima de la mesa el par de zapatos hecho. Grande fue su sorpresa, pues ignoraba cómo habia podido verificarse esto. Tomó los zapatos, los miró por todas partes y estaban tan bien hechos, que no tenían falta ninguna. eran una verdadera obra maestra.

Entró en la tienda un comprador, al que agradaron tanto aquellos zapatos, que los pagó en doble de su precio y el zapatero pudo procurarse con este dinero cuero para dos pares más. Los cortó tambien por la noche y los dejó preparados para hacerlos al dia siguiente, pero al despertar los halló tambien concluidos, tampoco le faltaron compradores entonces, y con el dinero que sacó de ellos pudo comprar cuero para otros cuatro pares. A la mañana siguiente, te, los cuatro pares estaban tambien hechos, y por último,

toda la obra que cortaba por la noche la hallaba concluida á la mañana siguiente, de manera que mejoró de fortuna y casi llegó á hacerse rico.

Una noche cerca de Navidad, cuando acababa de cortar el cuero é iba á acostarse, le dijo su mujer.

—Vamos á quedarnos esta noche en vela para ver quiénes son los que nos ayudan de esta manera.

El marido consentió en ello, y dejando una luz encendida, se escondieron en un armario, detrás de los vestidos que habia colgados en él, y aguardaron para ver lo que iba á suceder. Cuando dieron las doce de la noche, entraron en el cuarto dos lindos enanitos completamente desnudos, se pusieron en la mesa del zapatero y tomando con sus pequeñas manos el cuero cortado, comenzaron á trabajar con tanta ligereza y destreza que era cosa que no habia más que ver. Trabajaron casi sin cesar hasta que estuvo concluida la obra, y entonces desaparecieron de repente.

Al día siguiente le dijo la mujer

—Esos enanitos nos han enriquecido; es necesario manifestarnos reconocidos con ellos. Deben estar muertos de frío teniendo que andar casi desnudos, sin nada con que cubriase el cuerpo; ¿no te parece que haga á cada uno una camisa, casaca, chaluco y pantalones, y además un par de medias? Hazle tú también á cada uno un par de zapatos.

El marido aprobó este pensamiento, y por la noche, cuando estuvo todo concluido, colocaron estos regalos en vez del cuero cortado encima de la mesa, y se ocultaron otra vez para ver cómo los tomaban los enanos. Iban á ponerse á trabajar al dar las doce, cuando en vez de cuero hallaron encima de la mesa los lindos vestiditos. En un principio manifestaron su asombro, á que bien pronto su-

cedió una grande alegría. Se pusieron en un momento los vestidos y comenzaron á cantar.

Despues empezaron á saltar y á bailar encima de las sillas y de los bancos, y por último, se marcharon bailando.

Desde aquel momento no se los volvió á ver mas, pero el zapatero continuó siendo feliz el resto de su vida, y todo lo que emprendia le salia bien.

II.

Habia una vez una pobre criada que era muy limpia y trabajadora; barria la casa todos los dias y sacaba la basura á la calle. Una mañana al ponerse á trabajar, encontró una carta en el suelo, y como no sabia leer colocó la escoba en un rincon y se la llevó á sus amos: era una invitacion de los enanos mágicos que la convidaban á ser madrina de uno de sus hijos. Ignoraba qué hacer, pero al fin, despues de muchas vacilaciones, aceptó, porque la dijeron que era peligroso el negarse.

Vinieron á buscarla tres enanos y la condujeron á una cueva que habitaban en la montaña. Todo era allí sumamente pequeño, pero tan bonito y tan lindo, que era cosa digna de verse. La recién parida estaba en una cama de ébano incrustada de perlas, con cortinas bordadas de oro; la cuna del niño era de marfil y su baño de oro macizo. Despues del bautizo queria la criada volver en seguida á su casa, pero los enanos la suplicaron con instancia que permaneciese tres dias con ellos. Los pasó en festejos y diversiones, pues estos pequeños seres la hicieron una brillante acogida.

Al cabo de los tres dias quiso volverse decididamente: la

llenaron los bolsillos de oro y la condujeron hasta la puerta de su subterráneo. Al llegar á casa de sus amos, quiso ponerse á trabajar porque encontró la escoba en el mismo sitio en que la habia dejado. Pero halló en la casa personas estrañas que la preguntaron quién era y lo que queria. Entonces supo que no habia permanecido tres dias como creia, sino siete años enteros en casa de los enanos y que durante este tiempo habian muerto sus amos.

III.

Un dia quitaron los enanos á una mujer su hijo que estaba en la cuna, y pusieron en lugar suyo un pequeño



monstruo que tenia una cabeza muy grande y unos ojos muy feos, y que queria comer y beber sin cesar. La pobre madre fué á aconsejarse de su vecina, la que la dijo que debia llevar el monstruo á la cocina, ponerle junto al fogon, encender lumbre á su lado, hacer hervir agua en dos

cáscaras de huevo y que esto haría reír al monstruo, y si se reía una vez se vería obligado á marcharse.

La mujer siguió el consejo de su vecina. En cuanto vió á la lumbre las cáscaras de huevo llenas de agua, exclamó el monstruo.

Yo no he visto nunca
aunque soy muy viejo,
poner á hervir agua
en cáscaras de huevo.

Y partió dando risotadas.

En seguida vinieron una multitud de enanos que trajeron al verdadero niño, le depositaron en la chimenea y se llevaron su monstruo consigo

LA HIJA DE LA VÍRGEN MARÍA.

A la entrada de un extenso bosque vivía un leñador con su mujer y un solo hijo, que era una niña de tres años de edad; pero eran tan pobres que no podían mantenerla, pues carecían del pan de cada día. Una mañana fue el leñador muy triste á trabajar y cuando estaba partiendo la leña, se le presentó de repente una señora muy alta y hermosa que llevaba en la cabeza una corona de brillantes estrellas, y dirigiéndole la palabra le dijo.

—Soy la señora de este país; tú eres pobre miserable; tráeme á tu hija, la llevaré conmigo, seré su madre y tendré cuidado de ella.

El leñador obedeció; fué á buscar á su hija y se la entregó á la señora, que se la llevó á su palacio.

La niña era allí muy feliz: comía bizcochos, bebía buena leche, sus vestidos eran de oro y todos procuraban complacerla.

Cuando cumplió los catorce años, la llamó un día la señora, y la dijo:

—Querida hija mía, tengo que hacer un viaje muy largo; te entrego esas llaves de las trece puertas de palacio, puedes abrir las doce y ver las maravillas que contienen,

pero te está prohibido tocar á la decimatercia que se abre con esta llave pequeña; guárdate bien de abrirla, pues te sobrevendrian grandes desgracias.



La jóven prometió obedecer, y en cuanto partió la señora comenzó á visitar las habitaciones; cada dia abria una diferente hasta que hubo acabado de ver las doce; en cada

una se hallaba el sitio de un rey, adornado con tanto gusto y magnificencia que nunca habia visto cosa semejante. Llenábase de regocijo, y los pages que la acompañaban se regocijaban tambien como ella. No la quedaba ya mas que la puerta prohibida, y tenia grandes deseos de saber lo que estaba oculto dentro, por lo que dijo á los pages que la acompañaban.

—No quiero abrirla toda, mas quisiera entreabrirla un poco para que pudiéramos ver á través de la rendija.

—¡Ah! no dijeron los pages, seria una gran falta, lo ha prohibido la señora y podria sucederte alguna desgracia.

La jóven no contestó, pero el deseo y la curiosidad continuaban hablando en su corazon y atormentándola sin dejarla descanso. Apenas se marcharon los pages, dijo para sí:

—Ahora estoy sola, y nadie puede verme.

Tomó la llave, la puso en el agujero de la cerradura á la dió vuelta en cuanto la hubo colocado. La puerta se abrió y apareció, en medio de rayos del mas vivo resplandor, la estatua de un rey magníficamente ataviada; la luz que de ella se desprendia la tocó ligeramente en la punta de un dedo y se volvió de color de oro. Entonces tuvo miedo cerró la puerta muy ligera y echó á correr, pero continuó teniendo miedo á pesar de cuanto hacia y su corazon latia constantemente sin recobrar su calma habitual; y el color de oro que quedó en su dedo no se quitaba á pesar de que todo se la volvía lavarse.

Al cabo de algunos dias volvió la señora de su viaje, llamó á la jóven y la pidió las llaves de palacio; cuando se las entregaba la dijo:

—¿Has abierto la puerta décimatercera?

—No, la contestó.

La señora puso la mano en su corazon, vió que latia con

mucha violencia y comprendió que había violado su mandato y abierto la puerta prohibida. Díjola sin embargo otra vez.

—¿De veras no lo has hecho?

—No, contestó la niña por segunda vez.

La señora miró el dedo, que se abia dorado al tocarle la luz; no dudó ya de que la niña era culpable y la dijo por tercera vez.

—¿No lo has hecho?

—No, contesto la niña por tercera vez.

La señora la dijo entonces:

—No me has obedecido y has mentido, no mereces estar conmigo en mi palacio.

La joven cayó en un profundo sueño y cuando despertó estaba acostada en el suelo, en medio de un lugar desierto.

Quiso llorar, pero no podia articular una sola palabra; se levanta y quiso huir, mas por cualquiera parte que lo hiciera, se veia detenida por un espeso bosque que no podia atravesar. En el circulo en que se hallaba encerrada encontró un árbol viejo con el tronco hueco que eligió para servirle de habitacion. Allí dormia por la noche, y cuando llovía ó nevaba, encontraba allí abrigo. Su alimento consistia en hojas y yerbas, las que buscaba tan lejos como podia llegar.

Durante el otoño venia una gran cantidad de hojas secas, las llevaba al hueco y en cuanto llegaba el tiempo de la nieve y el frio, iba á ocultarse en él. Gastáronse al fin sus vestidos y se la cayeron a pedazos, teniendo que cubrirse tambien con hojas. Cuando el sol volvía á calentar, salía, se colocaba al pie del árbol y sus largos cabellos la cubrían como un manto por todas partes. Permaneció largo

tiempo en aquel estado, experimentando todas las miserias y todos los sufrimientos imaginables.

Un día de primavera cazaba el rey del país en aquel bosque y perseguía á un corzo; el animal se refugió en la espesura que rodeaba al viejo árbol hueco; el príncipe bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada. Cuando hubo conseguido atravesar, vio sentada debajo del árbol á una joven maravillosamente hermosa, á la que cubrían enteramente sus cabellos de oro desde la cabeza hasta los pies. La miró con asombro y la dijo:

—¿Cómo has venido á este desierto?

Mas ella no le contesto, pues le era imposible despegar los labios. El rey añadió, sin embargo:

—¿Quieres venir conmigo á mi palacio?

Lo contestó afirmativamente con la cabeza. El rey la tomó en sus brazos, la subió en su caballo y se la llevó á su morada, donde la dió vestidos y todo lo demás que necesitaba, pues aun cuando no podía hablar, era tan bella y graciosa que se apasionó y se casó con ella.

Había trascurrido un año poco mas ó menos, cuando la reina dió á luz un hijo; por la noche, estando sola en su cama, se le apareció su antigua señora, y la dijo así:

—Si quieres contar al fin la verdad, y confesar que abriste la puerta prohibida, te abriré la boca y te volveré la palabra, pero si te obstinas ó insistes en el pecado ó insistes en mentar, me llevaré conmigo tu hijo recién nacido.

Entonces pudo hablar la reina, pero dijo solamente:

—No, no le abierro la puerta prohibida.

La señora la quitó de los brazos su hijo recién nacido y desapareció con él. A la mañana siguiente, como no encontraban el niño, se esparció el rumor entre la servidumbre de palacio de que la reina era ogra y le habia matado. Todo

lo oía y no podía contestar, pero el rey la amaba con demasiada ternura para creer lo que se decía de ella.

Trascurrido un año, la reina tuvo otro hijo; la señora se la apareció de nuevo por la noche y la dijo:

—Si quieres confesar al fin que has abierto la puerta prohibida te volveré á tu hijo, y te desataré la lengua, pero si te obstinas en tu pecado y continúas mintiendo, me llevaré también á este otro hijo.

La reina contestó lo mismo que la vez primera.

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora cogió á su hijo en los brazos y se lo llevó á su morada. Por la mañana cuando se hizo público que el niño había desaparecido también, se dijo en alta voz habersele comido la reina y los consejeros del rey pidieron que se la procesase; pero la amaba con tanta ternura que les negó el permiso, y mandó no volviesen á hablar más de este asunto bajo pena de la vida.

Al año tercero la reina dió á luz una hermosa niña, y la señora se presentó también á ella durante la noche, y la dijo:

—Sígueme.

La cogió de la mano, la condujo á su palacio, y la enseñó á sus dos primeros hijos, que la conocieron y jugaron con ella, y como la madre se alegraba mucho de verlos, la dijo la señora:

—Si quieres confesar ahora que has abierto la puerta prohibida, te volveré á tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez:

—No, no he abierto la puerta prohibida.

La señora la volvió á su cama, y la tomó su tercera hija.

A la mañana siguiente, viendo que no la encontraban, derian todos los de palacio á una voz.

—La reina es ogra, hay que condenarla á muerte.

El rey tuvo en esta ocasion que seguir el parecer de sus consejeros; la reina compareció delante de un tribunal y como no podia hablar ni defenderse, fue condenada á morir en una hoguera. Estaba ya dispuesta la pira, atada ella al palo, y la llama comenzaba á rodarla, cuando el arrepentimiento tocó á su corazon.

—Si pudiera, pensó entre sí, confesar antes de morir que he abierto la puerta.....

Y exclamó:

—Sí, señora, soy culpable.

Apenas se la habia ocurrido este pensamiento, cuando comenzó á llover y se la apareció la señora, llevando á sus lados los dos niños que la habian nacido primero y en sus brazos la niña que acababa de dar á luz, y dijo á la reina con un acento lleno de bondad:

—Todo el que se arrepiente y confiesa su pecado es perdonado.

Ella entregó sus hijos, la desató la lengua y la hizo feliz por el resto de su vida.

LOS HUÉSPEDES IMPORTUNOS.

En una ocasion dijo un gallo á una gallina.

—Ya es la estacion de las nueces, iremos al prado antes que las coja todas la ardilla.

—Escelente ida, contestó la gallina, partamos pues; nos divertiremos mucho.

Fueron juntos al prado, donde permanerieron hasta la noche; entonces ya por vanidad, ya porque habian comido demasiado, no quisieron volver á pie á su casa, y el gallo se vió obligado á hacer un carrito con cáscaras de nuez. Cuando estuvo arreglado se sentó donde la gallina y mandó al gallo que se enganchara á la lanza.

—Tú estás equivocada, la contestó el gallo, mejor quiero volver á pie que engancharme como una yegua; no, eso no entra en nuestro convenio; en un caso haré de cochero y me sentaré en el pescante; pero arrastrar un coche, ¡ca! eso no lo haré yo nunca.

Mientras disputaban de esta manera comenzó á gritar un ánade:

—¡Ah! ¡ladrones! ¿quién os ha dado permiso para estar bajo mis nogales? esperad ¡yo os arreglaré!

Y se precipitó con el pico abierto sobre el gallo, pero este volviendo las tornas sacudió bien al ánade, le puso el cuerpo como nuevo á picotazos, de modo que se dió por vencida y se dejó enganchar en el carruaje en castigo de su temeridad. El gallo se sentó en el pescante para dirigir el carro, que lanzó á la carrera gritando :

—¡Al galope! ánade, ¡al galope!

Cuando habian andado ya un gran trecho del camino encontraron dos viajeros que iban á pie; eran un alfiler y una aguja que les gritaron:

—¡Alto! ¡alto! Bien pronto, añadieron, será de noche y no podremos andar mas, porque el camino está lleno de barro y nos hemos detenido bebiendo cerveza á la puerta de la posada del Sastre, por lo que os suplicamos nos dejéis subir hasta la posada.



El gallo, en atencion á la flaqueza de los recien llegados, y del poco lugar que ocuparían por lo tanto, accedió á recibirlos, pero á condicion de que no pinchasen á nadie.

Por la noche, ya muy tarde, llegaron á una posada, y como no querian esponerse pasándola en el camino, y el ánade estaba muy cansada decidieron entrar. El posadero puso en un principio muchas dificultades. La casa estaba llena de gente y los nuevos viajeros no le parecieron de una condicion muy elevada, pero vencido al fin por sus buenas palabras y por la promesa que le hicieron de dejarle el huevo que acababa de poner la gallina en el camino, y aun el ánade, que ponía uno todos los dias, accedió á recibirlos por aquella noche. Se hicieron servir á cuerpo de rey y la pasaron de broma.

A la mañana siguiente, al apuntar el dia, cuando todos dormian aún, despertó el gallo á la gallina y rompiendo el huevo á picotazos, se lo comieron entre los dos y echaron las cáscaras en la ceniza; fueron en seguida á coger la aguja, que dormía profundamente, y tomándola por el ojo, la pusieron en el sillón del posadero, haciendo lo mismo con el alfiler que prendieron en la tohalla, despues se salieron volando por la ventana. El ánade, que se habia quedado en el corral para dormir á cielo raso, se levantó al oírlos, y metiéndose por un arroyo que pasaba por debajo de la pared, salió mucho mas pronto que habia entrado la noche anterior cuando venia corriendo la posta.

A las dos horas, poco mas ó menos, se levantó de la cama el posadero, y despues de haberse lavado, cogió la tohalla para secarse; pero se arañó el rostro con el alfiler, que le hizo una señal encarnada que le cogia de oreja á oreja. Bajó en seguida á la cocina para encender la pipa, pero al soplar la lumbre, le saltaron á los ojos los restos de la cáscara del huevo.

—Todo conspira hoy contra mí, se dijo á sí mismo.

Y se dejó caer disgustado en su ancho sillón; mas pronto

se levantó dando gritos, pues la aguja se le habia clavado hasta mas de la mitad; y no era en la cara. Este último acontecimiento acabó de exasperarle; sus sospechas recayeron en el acto en los viajeros que habia recibido la noche anterior; y en efecto, cuando fué á ver lo que se hacian, habian desaparecido. Entonces juró no volver á recibir en su casa á ninguno de esos *huéspedes importunos* que hacen mucho gasto, no pagan, y no contentos aun, suelen jugar alguna mala pasada.



POR FALTAR UN CLAVO.

Después de haber hecho muy buenos negocios en la feria, vender todas sus mercancías y llenar su bolsa de oro y de plata, quería un comerciante ponerse en camino para llegar á su casa antes de la noche. Metió su dinero en la maleta, la ató á la silla y montó á caballo.

Detúvose al medio día en una ciudad, y cuando iba á partir le dijo el mozo de la cuadra al darle su caballo:

—Caballero, falta á vuestro caballo un clavo en la herradura del pié izquierdo trasero.

—Está bien, contestó el comerciante; la herradura resistirá todavía seis leguas que me restan que andar. Tengo prisa.

Por la tarde, bajó otra vez para dar de comer un poco de pan á su caballo. El mozo salió á su encuentro y le dijo:

—Caballero, vuestro caballo está destrozado del pié izquierdo; llevadle á casa del herrador.

—No, no hace falta, contestó; para dos leguas que me quedan que andar aún puede andarlas mi caballo así como está. Tengo prisa.

Montó y partió. Pero poco después comenzó á cogear el

caballo, algo mas allá empezó á tropezar, y luego no tropezaba ya sino que cayó con una pierna rota. El comerciante se vió obligado á dejar allí al animal, á desatar su maleta, echársela á las espaldas y volver á pié á su casa, donde no llegó hasta muy entrada la noche.



—Aquel maldito clavo de que no quise hacer caso, murmuraba para sí, ha sido la causa de todas mis desgracias.
Lectores, corred despacio.

FIN.



ÍNDICE.

	Pág.	v
Al lector.		
Las tres hilanderas.		1
Los regalos de los gnomos.		6
El hijo ingrato.		10
Juan el Bel.		12
El judío en las espigas.		23
El rey de las ranas.		30
La reina de las abejas.		35
Hermanito y hermanita.		39
El pobre y el rico.		49
Blancanieve y Rojarosa.		51
Ruiponce.		60
La carga ligera.		66
Rosa-con-espigas.		80
Los músicos de Bremen.		85
La cenicienta.		91
El pescador y su mujer.		100
Los dos compañeros de viaje.		110
Dios te socorra.		124
El señor Sabelo-todo.		128
Juan en la prosperidad.		132
El hombre de la piel de oso.		140
Juanita y Juanito.		148
El joven gigante.		152
El oso y el reyezuelo.		163
Los doce cazadores.		167
El sustrecillo valeroso.		172
El festín celestial.		185
Los tres pelos de oro del diablo.		188
Tom Pouce.		198
El dinero llevado del cielo.		207

Los tres herederos afortunados.	Pág. 209
Historia de uno que hizo un viaje para saber lo que era miedo.	212
La madre vieja.	226
La odina del estanque.	228
Los tres ramos verdes.	236
Los seis compañeras que lo consiguen todo.	240
La liebre y el erizo.	248
El huso, la lanzadera y la aguja.	254
El abuelo y el nieto.	259
La mesa, el asno y la vara maravillosa.	261
Los tres hermanos.	275
La sepultura.	278
La manírota.	284
Los enanos mágicos.	286
La hija de la Virgen María.	291
Los huéspedes importunos.	298
Por faltar un clavo.	302

